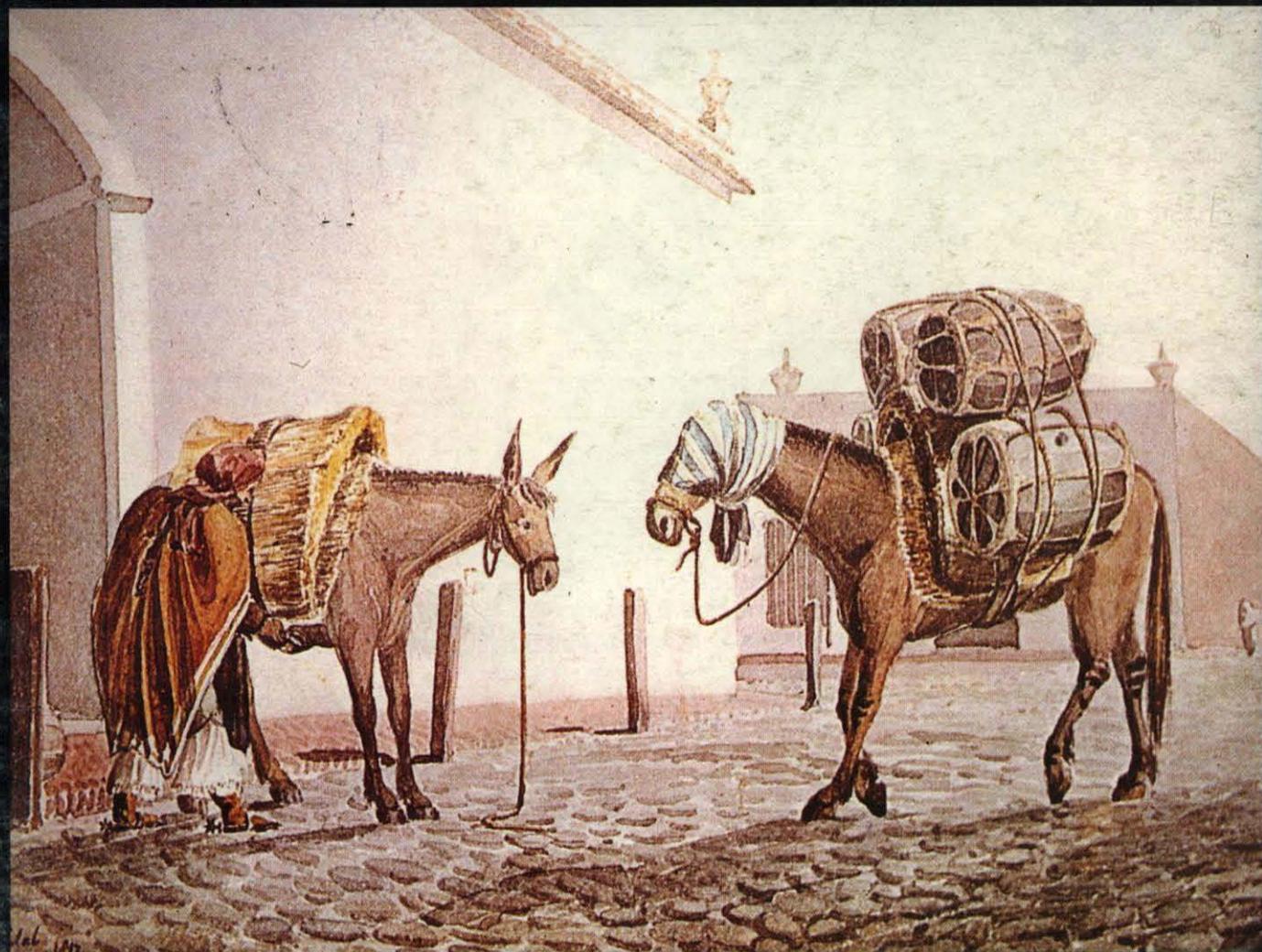


HISTORIA

TODO ES

registra la memoria nacional

Nº 332 Marzo de 1995 - \$6.-



Historia de las **MARAVILLOSAS MULAS**

LAS ESCUELAS JUDIAS DE ENTRE RIOS

Buenos Aires inundable

Participa el
5 de septiembre 8.30 hs.
en la XI Maratón Adidas

Del Oro-Tripa



ATP On Tour 1

ATP Desma

Crush Lo

**La clave del tenis está en la concentración.
Mire fijo este aviso
y va a ganar muchos partidos.**

Adidas tenis. Mayor confort. Mayor calidad. Menor peso.
Si va a jugar tenis, concéntrese.
Es la única manera de salir bien parado de un court.



Hecho con orgullo en Argentina.

adidas 
PASION POR EL DEPORTE

AÑO XXVIII
Marzo de 1995

«Historia, émula del tiempo, depósito de las acciones, testigo de lo pasado, ejemplo y aviso de lo presente, advertencia de lo por venir...»

CERVANTES, *Quijote*, I, IX

EDITOR

EMILIO PERINA

DIRECTOR

FELIX LUNA

SUBDIRECTORA

MARIA SAENZ QUESADA

SECRETARIO DE REDACCION

GREGORIO CARO FIGUEROA

COORDINACION EDITORIAL

CORRECCION

SERGIO RICARDO FA

ARTE Y DIAGRAMACION

LUCY VIOLINI

COLABORAN EN ESTA EDICION

JOSÉ ANDRÉS CARRAZZONI

MÓNICA LILIANA SALOMÓN

ROY HORA

JAVIER TRIMBOLI

PAULO A. RAMÍREZ

RICARDO ALTINIER

ANTONIO ELIO BRAILOVSKY

FEDERICO PERGOLA

LIDIA GABRIELA CAJAL

DIRECTORA ADMINISTRATIVA

MARTHA DE GRAZIA

SUBDIRECTORA

SUSANA E. SLIK

DIRECTORA COMERCIAL

MARTHA S. EGGERS

ARCHIVO

FELICITAS LUNA

HISTORIA

TODO ES

Todo es Historia, número 332, Marzo de 1995. Director: Félix Luna. Redacción y Administración: Viamonte 773, 3° piso. Teléfonos: 322-4703/4803/4903. Inscripción en la Dirección Nacional de Derechos de Autor con el número 331.987. Miembro de la Asociación Argentina de Editores de Revistas. Distribuidor en Capital Federal: RUBBO de Alicia Rubbo, Garay 4228, Buenos Aires; distribuidor en el interior y exterior: SADYE S.A.C.I., Belgrano 335, Buenos Aires. Impresión y encuadernación: Sociedad Impresora Americana S.A.I.C., Lavardén 153/57 (1437) Capital Federal.

Editorial

Con cierta frecuencia, la historia y su enseñanza despiertan fugaz interés en medios de información masivos. No porque el propio periodismo se considere hacedor de historia del presente. Tampoco por el apoyo que el marco histórico presta a la comprensión del acontecimiento cotidiano de los que él se nutre.

Aquí y en el mundo, los medios suelen acordarse a veces de la historia. Dirigen su mirada allí cuando, escandalizados, descubren que jóvenes y viejos están aquejados de una supina ignorancia en la materia. Presentan a Napoleón batiéndose con Hitler o a San Martín como primer presidente argentino.

Además de ser cuestionables los métodos empleados en estos sondeos, no despiertan menos dudas las conclusiones que apresuradamente se extraen de ellos. Si se hicieran preguntas referidas a los antepasados de los mismos consultados, es probable que los resultados revelarían el mismo gran desconocimiento de la historia familiar.

La discusión sobre la enseñanza de la historia tiene la misma antigüedad que esa asignatura. Como reflejo de la pugna ideológica, en nuestro país esta polémica se centró, durante años, en programas y contenidos de textos. Este énfasis en los contenidos relegó el abordaje de la discusión sobre la incorporación de los métodos dinámicos de enseñanza.

A fines de 1994, en los mismos días en que se divulgaban en Buenos Aires los resultados de un sondeo realizado por el semanario *La Maga*, en los Estados Unidos se avivaba la polémica sobre la reforma de la enseñanza de la historia. El tema sobrepasó los ámbitos especializados y se instaló en amplios sectores de la sociedad norteamericana.

El proyecto de revisión de la enseñanza de la historia se elaboró durante dos años y medio por un equipo de la Universidad de California, con el que colaboraron 35 asociaciones. Al final de los trabajos hubo consenso en una serie de criterios que aportan una nueva concepción de la enseñanza de esta materia.

De allí se desprende que no se trata que los alumnos no memoricen una serie de acontecimientos, fechas, nombres de batallas o citen textualmente artículos de tratados o convenciones. El objetivo es estimular y desarrollar su capacidad de análisis y comprensión de los hechos.

Hace más de sesenta años, Lucien Febvre comenzaba sus reflexiones sobre la enseñanza de la historia con una frase de Paul Valery: ella, la historia, es «el producto más peligroso que haya elaborado la química del espíritu». Y las cerraba recusando los excesos memoristas y propiciando una enseñanza que presente perspectivas de conjunto e ideas directrices «que sirvan a la formación general de los hombres y su espíritu».

EL EDITOR

Sumario



Un par de pacientes mulas en una calle empedrada, frente a un despacho de bebidas de un barrio del antiguo Buenos Aires, según las vio en 1817 Emeric Essex Vidal, autor de esta acuarela.

LA MULA: «EL FULGURANTE ANIMAL DEL SIGLO XVIII»

Un historiador tan sabio como Fernand Braudel, hace más de medio siglo, llamó la atención sobre la ausencia de una notable protagonista de la historia colonial de la América española: la mula. La construcción de las redes comerciales, la conexión entre los centros poblados, la movilización de personas y mercancías, la explotación de minerales, no hubieran sido posible sin este valioso y, a la vez, despreciado animal. JOSÉ ANDRÉS CARRAZZONI rescata a la olvidada mula y devolviéndola a su vital rol relevante de la que fue despojada por cierta historia que jerarquizó lo trivial y subestimó lo importante.

página
8

LAS ESCUELAS JUDÍAS EN ENTRE RÍOS (1908-1912)

Joaquín Costa, de los más destacados expositores del «regeneracionismo» español de fines del siglo XIX, sintetizó el programa reformista en una consigna: «Despensa y escuelas». Por esos mismos años, la Argentina que se abría a la inmigración recibía los primeros grupos de judíos, escapados de las persecuciones en la Rusia zarista. Muchos no se quedaron en Buenos Aires: siguieron camino a Entre Ríos. Allí fundaron colonias agrícolas, levantaron sus casas, edificaron sus templos, conservaron sus costumbres y adquirieron otras. Establecieron cooperativas y sintieron la necesidad de añadir escuelas para sus hijos. MÓNICA LILIANA SALOMÓN, joven historiadora entrerriana descendiente de colonos, recuerda aquellas escuelas, atacadas por quienes las veían como peligrosas cuñas «extranjeras».

página
30

ENTREVISTA A HORACIO GIBERTI: «AQUELLOS QUE NO VALORABAN LA TECNOLOGÍA, ATACABAN AL INTA»

Horacio Giberti reúne en su interesante personalidad rasgos que no suelen aparecer juntos. Su formación universitaria de ingeniero agrónomo, lejos de encerrarle en una pequeña parcela, le proporcionó una plataforma para abrirse a la economía y a la historia económica. De sus cursos sobre historia de la ganadería argentina surgió su primer libro, insoslayable al momento de abordar el tema. Fue asesor de la Sociedad Rural Argentina, presidió una de las etapas más dinámicas del INTA, fue secretario de Agricultura del tercer gobierno de Perón, se enfrentó a los grandes propietarios y fue amenazado por la Triple A. ROY HORA y JAVIER TRIMBOLI mantuvieron una interesantísima charla con él.

página
50

ANGEL BOHIGAS, UN PERIODISTA EXCEPCIONAL

Los viejos periodistas no se sentían llamados a protagonizar las noticias: se conformaban con ser fieles testigos y transmisores de los hechos. Preferían que hablaran sus crónicas, antes que colocarse ellos mismos en el centro de la escena. Un exponente de ese estilo fue Angel Bohigas. Nacido en España en 1882, ingresó al diario *La Nación* cuando tenía 21 años. Con su talento compensó su juventud. Muerto el general Mitre, se le confió al joven Bohigas colaborar en la amplia crónica de su sepelio. Al leerla, Emilio Mitre quedó impresionado por la impecable pluma que aportó un boceto del funeral. Abandonó sus tareas en 1950 y, doce años más tarde, falleció. PABLO A. RAMÍREZ recuerda al Bohigas periodista, a quien conoció y sigue admirando.

página
58

EL JUEZ BERMEJO Y EL PRESTIGIO DE LA SUPREMA CORTE

Don RICARDO ALTIERI, antiguo colaborador de *Todo es Historia*, rescata de un injusto olvido al doctor Antonio Bermejo, uno de los más relevantes juriconsultos argentinos, quien presidió la Corte Suprema de Justicia de la Nación entre 1905 y 1929. Legislador, profesor universitario y ministro de Justicia e Instrucción Pública, Bermejo recogió el reconocimiento elogioso de contemporáneos suyos como Carlos Ibarguren o Figueroa Alcorta.

página
64

EL AISLAMIENTO DE LOS ENFERMOS CONTAGIOSOS EN BUENOS AIRES

En la antigua Buenos Aires, con frágiles redes de prevención y defensa frente a las epidemias, la presencia y propagación de enfermedades infecto-contagiosas provocaba miedo y hasta desataba pánico. No había murallas capaces de contener las epidemias que diezmaban la escasa población de los primeros tiempos coloniales. Sólo las grandes distancias y la dispersión de los habitantes, proporcionaba una barrera natural protectora. FEDERICO PERCOLA, especialista en el tema, nos cuenta de estos peligros, antes y después de la llegada de la vacuna y del surgimiento de las primeras casas de aislamiento.

página
72

BUENOS AIRES, CIUDAD INUNDABLE

Hay males que duran cien años, podría decirse con afán de remar contra corriente de los refranes. Las inundaciones de Buenos Aires vienen de tan lejos que se confunden con sus mismos orígenes. Los fundadores de ciudades debían ajustarse a una serie de normas contenidas en las Leyes de Indias. Algunas establecían restricciones para edificarlas en terrenos inundables. Don Juan de Garay observó cuidadosamente tales disposiciones, rectificando a su antecesor que prefirió ignorar las limitaciones del medio natural. Antonio Elío Brallovsky nos muestra el semblante de esta Buenos Aires inundable entre 1580 y 1800.

página
82

Todo el material gráfico que se reproduce en la revista pertenece al Archivo General de la Nación. En el caso de que la procedencia del material gráfico sea de otra institución, se aclarará debidamente.

HISTORIA

TODO ES

MARZO DE 1995

Número **332**

Y ADEMÁS:

«Video»

por ERNESTO G. CASTRILLON

página 40

«El desván de Clío»

por LEÓN BENARÓS

página 42

«Redescubriendo Buenos Aires»

por HORACIO SPINETTO

página 44

«Entonces la mujer»

por LIDIA GABRIELA CAJAL

página 46

«Libros»

página 68

«La fotohistoria del mes»

página 71

«Notistoria»

página 93

«Efemérides»

por ANA ZIGÓN

página 95

«Lectores amigos»

página 97



María Sáenz Zuesada

DOS FRONTERAS

Desde principios de 1995, América latina ocupa el centro de la información. Pero fuera del hecho positivo de la puesta en marcha del Mercosur, no se trata de novedades gratas para quienes sentimos como propio el acontecer de los países del continente. Los enfrentamientos armados que estallaron en enero en el incierto límite entre Ecuador y Perú, y el recrudecimiento de la lucha en el estado mexicano de Chiapas, representan en buena medida una derrota. No porque nos conforme la poco creíble idea, enunciada no hace tanto por Francis Fukuyama, acerca del fin de la historia, pero el rumbo de la política continental parecía asegurar, en medio de tanto eficientismo, pragmatismo y racionalidad, la extinción de los conflictos armados de rasgos clásicos. Y precisamente, tanto en el río Cenepa como en Chiapas el pasado parece volver, como si la historia tuviera el carácter circular que algunas culturas le han atribuido erróneamente.

La guerra peruano-ecuatoriana que al momento de escribir esta nota se hallaría en vías de solución, o al menos ha sido congelada por voluntad de las partes, se inscribe en el marco de los problemas

fronterizos tradicionales: abundan ejemplos de estas cuestiones de límites pendientes entre las repúblicas latinoamericanas, herederas de los virreinos, capitanías y audiencias hispánicas. Razón tenía Alberdi cuando, en 1844, este joven intelectual argentino, exiliado en Chile, propuso reunir un congreso general americano para tratar tres temas.

El primero por su importancia era el arreglo de los límites entre los nuevos estados. Esta cuestión, prioritaria en el siglo XIX para las potencias europeas —especialmente en la frontera franco-alemana y en los Balcanes— afloró asimismo en América y contribuyó a hacer más difícil el camino de la modernidad. Póngase por caso la Guerra del Paraguay contra la Triple Alianza (1865-1870); la del Pacífico que enfrentó a Chile con Bolivia y Perú (1879-1884); o la más reciente del Paraguay y Bolivia por el Chaco (1932-1935). Estos conflictos exacerbaron el militarismo y las dictaduras, además de diezmar y empobrecer a los pueblos que lucharon en el frente mientras beneficiaban y fortalecían a los sectores dirigentes gracias a los negocios propios del tiempo de guerra. Dejaron asimismo un saldo doloroso de heridas que

sangran todavía, reivindicaciones pendientes que alimentan nuevos enfrentamientos y que tienen que ver con la lectura que cada país hace de la historia.

La guerra en Chiapas se relaciona asimismo con la frontera; esa frontera que dentro de una misma nación constituye una valla más infranqueable que la de un accidente geográfico entre la región rica, donde se toman las decisiones políticas que afectan al conjunto, y las regiones marginales, pauperizadas a consecuencia de esas mismas decisiones y, para colmo, tratadas autoritariamente desde el poder central. Este es el caso de Chiapas, donde el conflicto ha tomado el rostro de la guerrilla rural, con largos antecedentes en los estados del centro y sur de México desde los más remotos zapatistas a los más cercanos levantamientos de campesinos armados en Morelos y Guerrero.

Tales acciones de carácter localizado, con fuerte apoyo en la población local, según explica Jorge Castañeda en *La utopía desarmada*, más que para negociar mejores condiciones de vida han servido para generar más pobreza y más represión. Pero subsisten porque crean ilusión en la posibilidad de un cambio mágico, como si la vieja historia de David y Goliat pudiera volver a repetirse en las profundidades de la selva lacandona. En cuanto a la guerra peruano-ecuatoriana que se desarrolla también en un territorio selvático, parece reunir asimismo la rara virtud de poner de pie a pueblos cuyos problemas cotidianos están más vinculados con el deterioro progresivo de su forma de vida que con las glorias militares del tipo clásico. Naturalmente, la lucha que ya ha causado decenas de víctimas a un costo diario estimado en uno, diez o más millones de dólares, está justificando la fabricación de armamentos nacionales y ha vuelto otra vez indispensable la existencia de fuerzas armadas considerables. Todo lo cual implica postergar indefinidamente cualquier otro género de proyectos, en caso de que los hubiese, destinados al bienestar común.

¿El conocimiento del pasado puede contribuir a que estos hechos disminuyan

en intensidad, reciban menos apoyo popular o desaparezcan? Creerlo sería atribuir un rol desmesurado a la historia. Si resulta oportuno, en cambio, el compromiso moral de los historiadores para evitar una lectura negativa de aquellos aspectos de la identidad nacional que, a partir de la historia, asimilan el patriotismo con la desconfianza y hasta el odio al vecino, ese vecino que en cierto modo es la representación del otro. En ese sentido, es oportuna la observación de Marc Ferro: «No nos engañemos: la imagen que tenemos de otros pueblos, y hasta de nosotros mismos, está asociada a la Historia tal como se nos contó cuando éramos niños. Ella deja su huella en nosotros para toda la existencia. Sobre esta imagen que para cada quien es un descubrimiento del mundo y del pasado de las sociedades, se incorporan de inmediato opiniones, ideas fugitivas o duraderas, como un amor... al tiempo que permanecen, indelebles, las huellas de nuestras primeras curiosidades y de nuestras primeras emociones», escribe Ferro en el prefacio de *Cómo se cuenta la historia a los niños en el mundo entero*.

El historiador puede contribuir a elaborar la otra identidad, más positiva, que hace compatible el orgullo de haber nacido en nuestra patria con el respeto por el otro y el renovado interés por los emprendimientos comunes que van más allá de las fronteras y se relacionan con la salud, la educación, las comunicaciones, la economía, la cultura. Convocar a los historiadores para revisar, desde una perspectiva renovada, los temas ásperos en las historias nacionales, las exageraciones, distorsiones y hasta delirios que se aprenden como verdades absolutas en los primeros años, sería una buena manera de no sentirnos desmovilizados e inermes cuando la guerra golpea a este continente. Aquí el único frente de lucha debería ser contra la pobreza y la marginalidad, para que en vez de frontera haya un «puente de humanidad» entre naciones de una misma cultura y entre ciudadanos de una misma nación.

José Andrés Carrazzoni

Sin mulas, San Martín no hubiera podido concretar el cruce de los Andes. Tampoco el rey hubiese logrado vincular entre sí a las distintas regiones del virreinato.

«Si la mula no existiera, habría que inventarla.»

JACQUES BOJALUT



LA MULA:

«El fulgurante
animal
del siglo XVII»

Pacientes, infatigables, testarudas, las mulas formaron parte sustancial del paisaje argentino hasta que el ferrocarril las relegó a las zonas marginales. Este simpático animal, híbrido desde el punto de vista biológico, posee sin embargo un buen definido perfil en la historia económica del país: sirvió de nexo entre las distintas regiones del virreinato, fue el producto más cotizado de las estancias del litoral y el único medio de transporte en los caminos agrestes y en la cordillera. A pesar de su utilidad, no ha merecido ocupar un sitio de relevancia en nuestra historiografía.

No obstante que la mula (también denominada acémila), no es una especie animal sino el producto del cruzamiento entre un asno y una yegua, es conocida de muy antiguo, como lo prueban las figuras esculpidas en los bajorrelieves asirios. Sin embargo, no se la encuentra en las inscripciones egipcias, lo que lleva a suponer que la cruce de esos animales se hizo por primera vez en la región situada entre el río Ganges y Siria, poco después de ser invadida por los mongoles. Parece que los hebreos no la conocieron hasta el reinado del rey David (1050-1015 a.C.).

Los romanos le dieron gran importancia, dedicándole tanto o más interés que al caballo. En Italia ya era utilizada 350 años antes de Cristo. El dictador Sulpicio Peticus, durante una batalla con los galos, ordenó descargarlas y montarlas para cargar contra ellos. Esta estratagema sería imitada muchos años después por Julio César. Fueron los ejércitos romanos los que la introdujeron en Francia y España. Finalizado el tiempo de la conquista, los romanos las emplearon en tareas agrícolas y de trans-

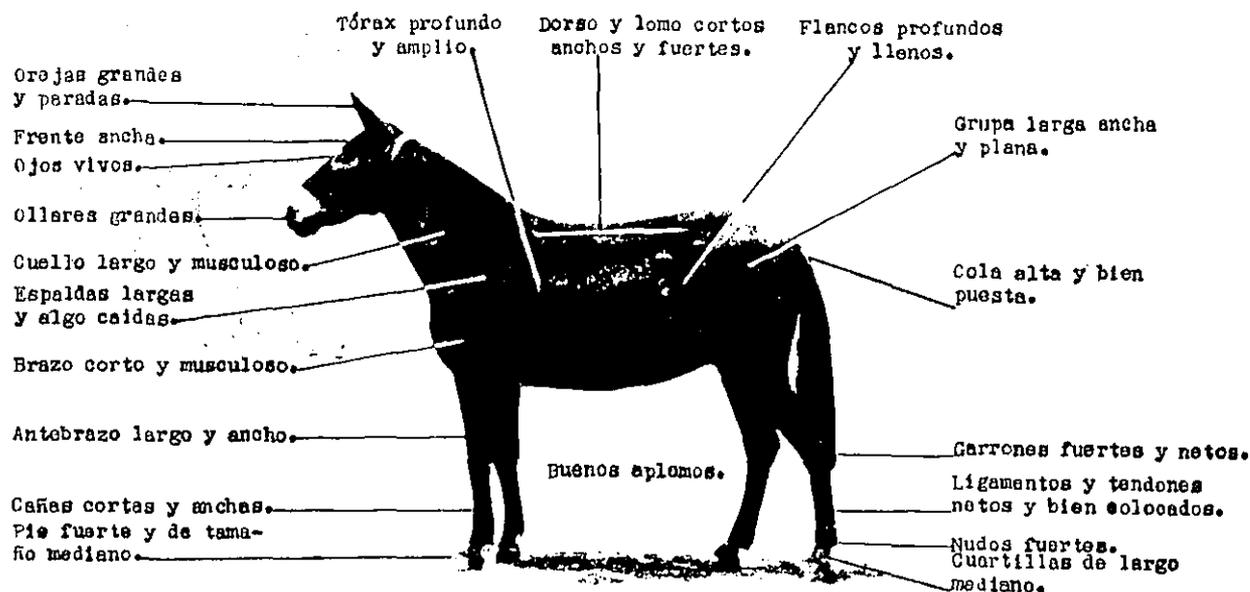
porte. En la Edad Media, en Italia, los grandes personajes la utilizaron como montura de lujo. A fines del siglo XVIII los artilleros las destinaban al transporte de bagajes, cañones y municiones, en la región alpina. En España, el hispano-romano Columela, contemporáneo de Jesucristo, en su célebre obra *Los doce libros de la agricultura*, le dedica dos capítulos. Debido a la popularidad de estos animales en la península ibérica, durante el reinado de Felipe IV (1605-1665), hubo problemas para reunir 80.000 caballos y en los tiempos de Molière (1622-1673) eran la montura preferida de médicos, magistrados y prelados, lo que originó que La Fontaine dijera: «La mula es un prelado que se las echa de noble».

Durante el siglo XVIII la cría de mulas tuvo altibajos en España y Francia, llegándose a reglamentar como se debía cubrir las yeguas por los garañones. Para evitar la cría de caballos bajos o poco vigorosos, se prohibió destinar al cruzamiento yeguas que tuvieran más de cuatro pies de alzada bajo pena de muerte y confiscación, dejando así aquéllas para ser cubiertas por padrillos.

Un arriero en la provincia de Jujuy hacia 1940. La fotografía muestra la utilidad de las mulas para tirar de este carro de altas ruedas apto para transitar los frágiles caminos de la región.



CARACTERÍSTICAS DE UN BUEN MULAR



ANIMAL DE TEMPERAMENTO ACTIVO, BUENA TALLA, PESO Y CONFORMACION

El ganado mular es casi siempre infecundo, pero desde la más remota antigüedad se conocen algunas mulas que han dado cría. Como esto fue considerado obra de brujas o de funesto prestigio, se puso cuidado en ocultarlo. El primer caso conocido tuvo lugar en Roma en 1627 y, poco después, trascendieron otros dos en la isla de Santo Domingo.

Esta breve síntesis no agota la historia de la mula, sólo pretende dar una idea de su empleo a través de los siglos en el mundo occidental. Antes de proseguir puede ser útil aclarar que se denomina «arria» a la caravana de mulas utilizada para el transporte durante el período colonial y del virreinato. También se llamaron así, impropriamente, las tropas o manadas de mulas que se trasladaban de los criaderos a los mercados para ser vendidas y que, generalmente, no estaban amansadas (se las conocía como «chúcaras»).

La mula llega a América

Por distintos medios el rey de España procuró mantener en tierras americanas la

Rasgos característicos de un buen mular según una publicación de la Sociedad Rural Argentina.

supremacía que el caballo le daba al conquistador, como lo demuestran las disposiciones reales de la época del descubrimiento. Así se llegó al extremo que cuando Cristóbal Colón, debido a su mal estado de salud no pudo andar a caballo, debió solicitar permiso para montar en mula, porque desde 1494 se había prohibido a todos los habitantes del reino emplear ese animal como cabalgadura. Como lo que pretendía era fomentar la crianza del caballo, el rey dio el ejemplo dejando de andar en mula, como habitualmente lo hacía. En América se prohibió también utilizar carruajes de cualquier tipo, porque se consideraba que con ello los hombres perdían la habilidad para cabalgar. La prohibición de montar mulas se reiteró el año 1505, exceptuando de esta medida sólo a los clérigos y a las mujeres.

En 1528 se dieron instrucciones a la Audiencia de México para que: «(...) so pena de muerte, que no se vendieran a los indios (...) caballos ni yeguas, porque no se hiciesen diestros de andar a caballo y que no se permitiesen mulas, para que hubiese más caballos (...)».

No obstante las medidas dictadas para impedir el empleo de mulas, los caballeros que

lucharon durante la conquista, corrientemente hacían largas jornadas montados en ese animal, llevando de tiro a su caballo de guerra para que estuviese descansado al entrar en batalla. Más aún, se sabe que utilizaron algunas veces compañías montadas exclusivamente en mulas desde la misma época del descubrimiento.

En América se criaron distintos tipos de mulas, según se produjeran en el norte o en la América española. Para las colonias del norte se importaron reproductores de buena calidad de Europa, durante el siglo XVIII, para cruzarlos con yeguas de buen porte y tener acémilas de gran alzada, que se destinaban en gran parte a los establecimientos del sur.

Los españoles trajeron asnos de su país para producirlos en México, Guadalupe y el Río de la Plata, pensando en la utilidad que podían prestar en las regiones mineras.

Gregorio Caro Figueroa escribió en *Viajeros al Tucumán en el siglo XVI*: «La mula vino, pues, a servir de apoyo al conquistador de estas tierras para luego prestar servicios como medio de transporte, carga y silla: como necesario suplemento del tráfico marítimo hacia el interior del virreinato; de vinculante entre distancias pequeñas y medianas, impulsando el nexo en el interior de la región: de fuerza motriz de los molinos, de fertilizante natural en los campos de engorde; de animal de tiro para las calesas limeñas y de mercancía misma, dando lugar al surgimiento de un importante movimiento económico (...). La producción y venta de mulas constituyó una de las actividades más importantes del noroeste y el litoral argentino (...). Pero si el comercio de mulas aparece más claro en cuanto a su

Hubo épocas en que las mulas se preferieron a los caballos, y en que la mayoría de las yeguas eran servidas por asnos y no por padrillos.

organización en los siglos XVII y XVIII, no lo están de igual manera en los primeros años de esta actividad, que algunos autores ubican en 1650 pero parece remontarse bastante más atrás».

La sustitución de la llama por la mula como animal de carga en la región andina, entre los años 1600 y 1630, convierte al discutido híbrido del siglo XVI en «el fulgurante animal del siglo XVII».

Importancia de la mula en el comercio de la colonia y el virreinato

En 1562, Francisco de Aguirre le escribió al virrey Toledo diciéndole que el Tucumán era la región «mejor y más rica de cuantas yo he visto», y agregaba que el Río de la Plata podía ser su salida al Atlántico, como así también la de Chile y Perú para ir a España en 30 o 40 días y sin peligro de encontrarse con corsarios. Casi veinte años más tarde, Hernando de Lerma le pedía al rey la inclusión de Buenos Aires en la gobernación, haciéndole notar la importancia creciente que tenía el Río de la Plata para los intereses españoles relacionados con el trato y comercio de las provincias del norte con las de Paraguay, Chile y Perú.

Estas y otras consideraciones llevaron a establecer el eje Tucumán-Potosí-Lima que, con Buenos Aires como puerto, predominó



DON FRANCISCO ANTONIO DE CANDIOTI

Varios historiadores y viajeros escribieron sobre este hombre de fuerte personalidad, que se destacó como estanciero, arriero y político. Nació en Santa Fe el 25 de julio de 1743, donde cursó estudios con los padres franciscanos. Desde joven estableció relaciones comerciales con el virreinato del Perú. Los hermanos Robertson, que lo trataron, escribieron que durante su juventud realizó como arriero frecuentes viajes a Lima y Asunción, siendo el origen de su gran fortuna un arriá que vendió en Perú y que le dejó una ganancia de 10.000 pesos, con los cuales compró un campo en Entre Ríos, donde se dedicó a la cría de mulas. A partir de 1764 invirtió todo el dinero que ganaba en tierras, que poblaba con ganado vacuno y equino, llegando a poseer más de medio millón de cabezas. Uno de los viajeros que lo trató lo denominó «El príncipe de los gauchos», debido a la cantidad de campos y haciendas que poseía.

Los miles y miles de mulas que Candiotti envió al mercado de Sumalao, durante algunos años asociado a su hermano Francisco Vicente (que falleció en el Perú en 1787), y en otro tiempo como integrante de la sociedad encabezada por Olavegoya (desde 1804 hasta 1810), así como la gran cantidad de personal que movilizaba con su empresa, lo convirtieron en un importante promotor de la integración del Litoral con las provincias de Córdoba y del norte, y sobre todo, con el virreinato del Perú, pues tejó una verdadera red de vinculaciones e intereses.

El virrey del Perú, al enterarse de la Revolución de Mayo, descargó su furia contra los comerciantes criollos, ordenando confiscar sus bienes. Calculóse en alrededor de cuatro millones de pesos el capital perteneciente a los propietarios de arrias que no se pagó, de los cuales 60.000 pesos eran de Candiotti y constituían una gran fortuna.

Después de la Revolución, Candiotti colaboró con el gobierno patrio, y cuando Belgrano fue al Paraguay acompañó la expedición hasta su estancia en Arroyo Hondo, en Entre Ríos, donde le suministró alimentos, vituallas y carretas. Después se hizo partidario del general Artigas, con quien obligó al representante de Buenos Aires, general E. Díaz Vélez, a marcharse de Santa Fe en marzo de 1815. El 26 de abril asumió como gobernador de su provincia, pero falleció poco después, el 25 de agosto de 1815. Además de promover la agricultura y la ganadería, se interesó por evitar las luchas con los indios del norte santafecino, estableciendo poblaciones como barrera definitiva y enviando misiones para pacificar y convertir a los aborígenes.

Fue un patriota de la primera hora y un notable impulsor de una de las más importantes fuentes económicas del país, pero para resumir su atrayente personalidad, nada mejor que las palabras de Florencia Cornejo: «No podemos dejar de admirar la humana dimensión de Candiotti, que supo ser un criollo emprendedor, que con su solo esfuerzo llegó a ser un poderoso ganadero, pero al mismo tiempo fue el hombre sufrido por los duros desgastes de las ciclópeas jornadas hasta la Lima virreinal. A través de Candiotti admiramos a todos estos hombres que hicieron la Patria a lomo de mula y caballo.»

durante dos siglos y medio.

A comienzos de la segunda mitad del siglo *xvi*, debido al agotamiento de las vetas más ricas de las minas de plata de Potosí, toda la región sufrió los efectos de una depresión económica. La recuperación operada entre 1574 y 1582, en que la producción se multiplicó por ocho, permitió una notable reactivación de los centros mineros que se propagó a las regiones vecinas, lo que incidió en una mayor demanda e implementos, manufacturas y medios de transporte.

G. Caro Figueroa describe así la situación que se vivió por esos años: «Pero tanto el intercambio interregional como el enlace con el sistema de navíos en el tráfico comercial Portobelo-Lima, chocaban con no pocos obstáculos. A las enormes distancias, oscilantes entre los 200 y 2.500 kilómetros, se añadían las dificultades derivadas de senderos escarpados, estrechos y ásperos situados entre los 1.000 y 5.000 metros sobre el nivel del mar y donde las temperaturas variaban de los 25 grados sobre cero en horas diurnas hasta los 10 bajo cero en las nocturnas. En una dilatada extensión estos caminos atravesaban salares inmensos, suelos desnudos de toda hierba y erizados de matas espinosas, cactus, tunas y matorrales de "tola" (...). Los sitios más fértiles y acogedores, los dotados de agua y mejores pastos, eran la excepción que un buen baquiano debía necesariamente conocer». Prosigue el autor citado: «Estos fuertes condicionamientos impuestos por la naturaleza, no podían sortearse con las carretas que comenzaron luego a circular de Tucumán bajando al sur hasta el litoral y el río de la Plata. La solución de este problema estuvo dada por la utilización masiva de la mula como medio de transporte insustituible para complementar el que se hacía hasta los puertos del Pacífico. Empleada y a la vez combatida en la península, la mula fue introducida en el Nuevo Mundo por los españoles revolucionando el sistema de transporte hasta entonces conocido. Si en 1949 Robert Ricard lamentó que el asno no hubiera ocupado una mayor atención en una obra como la de Fernand Braudel, pese al cuidado de éste en hacerlo, cuánto más cabría lamentar la desatención de nuestra historiografía en este punto clave para la comprensión de la dinámica económica americana.

«A fines del siglo *xvi*, ante la necesidad de comunicar mejor el norte argentino con

Bolivia y Perú, a los españoles se le plantearon, fundamentalmente, dos problemas: la infraestructura vial y la fuerza y capacidad de carga suficiente para el transporte de mercancías. Al primero lo encontraron casi resuelto, pues la red caminera del imperio incaico era mucho mejor de lo que pudieron suponer. Al segundo, los incas lo habían encarado con la llama, pero este animal ahora no era el indicado por su reducida capacidad de carga, por el corto tramo que podía recorrer por jornada y porque su número se había reducido considerablemente. La fuerza del hombre, que se había empleado abusivamente durante la conquista y primeros años de la colonización, no era la solución, sin contar que se agudizaba la crisis demográfica y nuevos sectores de la producción requerían más cantidad de mano de obra. Finalmente, para los caminos angostos y pedregosos de zonas montañosas, la mula es mucho más apta que el caballo. Entonces, la producción y el comercio de mulas acapara la atención de la población española y "es el sustento y trato de la tierra".

A diferencia del ganado equino cimarrón que se reproducía libremente, la mula exigió especial dedicación, tanto para su producción como para su cría, pero alguien dijo, y con razón: «La mula es una mercancía que se transporta a sí misma».

Durante mucho tiempo, la producción de mulas se constituyó en el siglo XVII y XVIII en el comercio más importante entre el Perú y las provincias del norte, Córdoba, Cuyo y litoral, con la salvedad de que la mayor parte de las cuyanas se vendían a Chile. Especialmente de Santa Fe y Buenos Aires se llevaban anualmente grandes tropas hacia campos de Córdoba para invernarlas allí. Generalmente eran arrees de 600 o 700 animales de un año y medio a dos años de edad, guiados por una docena de hombres. No se llevaban tropas más numerosas ante la dificultad de encerrarlas durante la noche y por la escasez de aguadas en el trayecto. Ante la falta de árboles, era necesario transportar estacones y sogas de cuero para improvisar cercas y para contener el ganado. Durante la noche la tropa se dividía en grupos y los hombres se turnaban para cuidarlos. En Córdoba, los rodeos se reponian en potreros bien empastados, cuyos dueños cobraban por mantenerlos hasta el otoño en que se formaba una nueva tropa, que esta vez tenía entre 1.200 y 1.400 cabezas, que arreada lentamente por 20

Versión libre del hacendado Candiotti. Se vestía, según el relato de Robertson, al modo del país, como un gaucho principesco.



Firma de Francisco Antonio de Candiotti, el patriarca santafesino que se hizo rico llevando tropas de mulas al mercado alto peruano.

Arrias de mulas transportando vino de las bodegas de Cuyo. La imagen fue captada por el artista Emeric Essex Vidal en el álbum de 1820.



hombres tenía que llegar a Salta a más tardar en junio. Las ferias más célebres por la cantidad de cabezas vendidas y el movimiento económico que provocaban, fueron la de Sumalao, ubicada a diez leguas de la capital salteña, y la de Jujuy, llamada de la Tablada. Esta se hacía para Pascua (marzo o abril), mientras que la de Sumalao se realizaba en mayo, o junio, a más tardar, y era la más importante, tanto por la clientela como por el capital que se invertía. Hubo años que se comercializaron 70.000 animales, lo que indujo a Concolorcorvo a escribir en 1773 (en su conocido *El lazarillo de ciegos y caminantes*): «El principal comercio de esta ciudad (Salta) y su jurisdicción consiste en las utilidades que reportan las invernadas de mulas, por lo que toca a los dueños de los potreros, y respecto a los comerciantes en las compras particulares que cada uno hace y habilitación de su salida para el Perú en la gran Feria que se abre por el mes de febrero y dura todo marzo y ésta es la Asamblea mejor de mulas que hay en todo el mundo (...).

En la gran feria de Salta hay muchos interesados. La mayor parte se componen de cordobeses, europeos y americanos». Después refiere que las tropas que salen para el Perú están compuestas por 1.700 a 1.800 cabezas y que son arreadas a caballo hasta sesenta leguas al norte, hasta el Abra de Queta, porque salen lozanas y briosas des-

pués de la invernada, pero que para el resto del camino no se necesitan caballos, porque además de haber perdido el ímpetu, caminan encajonadas entre cerros y ya no es preciso hacer corrales para las noches, sino dejarlas descansar y pastorear en alguna ensenada o valle entre montañas. En 1783, al pasar por la ciudad de Santa Fe, Félix de Azara escribe en su diario de viaje: «Además del comercio viven estas gentes de la cría de ganados, principalmente mulas para el Perú. Sus estancias las tienen a la otra banda del Paraná, y también se llevan mulas y caballos al Paraguay».

Las ferias provocaban una gran concentración de gente y animales en el valle de Lerma durante el otoño, y como ésta era una temporada de lluvias se producían verdaderos lodazales que obligaban a cambiar de lugar constantemente las carpas donde se alojaban los visitantes y los lugares de los corrales. Por otra parte, el terreno embarrado provocaba frecuentemente en las mulas «el mal del vaso», que producía grandes pérdidas de animales cuando transitaban los caminos pedregosos rumbo al Alto Perú.¹

A.C. Montoya comenta que son escasas, generalmente, en la historia de la ganadería argentina, las noticias sobre el comercio de vacunos en pie desarrollado entre el Río de la Plata y el Perú, durante la segunda mitad del siglo XVII y comienzos del XVIII. En cambio, abundan las referencias sobre los arreo-

Galera cruzando al galope los caminos de la pampa.



de mulas, siendo uno de los más famosos el que hiciera el hacendado don Amador de Rojas y Acevedo, que partió hacia el Perú desde Buenos Aires a mediados del siglo xvii, con una tropa de 20.000 cabezas, entre vacunos y mulares. Se fue con más de 30.000 pesos para afrontar los gastos del viaje y volvió con sólo 12.000, lo que indica que en esos tiempos era un negocio de riesgo.

Norberto Ras dice que «desde Córdoba saldrían hacia Potosí 13.000 mulares por año en la primera mitad del siglo xvii, llegarían a ser unos 20.000 hacia su final, para registrar un sensible descenso luego».

Según María T.C. de Hessling, «el primer envío de mulas desde Salta al Alto Perú data de 1657, con una recua de mulas compuesta por 9 de arreo y 12 de carga». Otros autores creen, como Ras, que hubo otros envíos anteriormente, pues Fray Diego de Ocaña escribió en 1602 que desde allí se vendían mulas para el Perú. La citada autora dice después: «Se inicia así un activo comercio que daría lugar a las ferias más importantes del mundo por el número de animales que se concentraban».

En Salta, una mula «chúcara» valía siete reales, y una mansa, diez. Ese precio se elevaba a 14 reales en Oruro y 21 en Cuzco. El pago se hacía a veces en metálico y otras veces en productos de la región, especialmente tejidos. Solamente entre los años 1762 y 1772 se vendieron al virreinato del Perú medio millón de acémilas y, no obstante, este último año no había 50.000 en buenas condiciones o aptas para el trabajo. Como no se exportaban, lo lógico es suponer que gran cantidad se inutilizaban y morían por año, por lo que era necesario reponerlas. No debe extrañar que las pérdidas de esos animales llegasen a cifras muy altas, si se tiene en cuenta que eran destinados al transporte de pesadas cargas, en terrenos montañosos, durante largas travesías, sin gastos nutricios que les permitieran reponer las energías gastadas. Se puede afirmar que la mula nació y se criaba en el virreinato del Río de la Plata para ir a trabajar al virreinato del Perú, donde moría agotada por el exceso de trabajo y falta de cuidados.

Sin embargo, por Real Cédula de diciembre de 1614, el rey Felipe III había ordenado a los mercaderes de Portobelo y Panamá que no cargasen los animales con más de ocho arrobas (aproximadamente 95 kilos), para evitar los excesos que se cometían, pero,



La mula era la cabalgadura favorita de los clérigos alto-peruanos. Aquí, un fraile de la orden de San Camilo visto por el artista limeño Pancho Fierro.

como tantas otras, no se cumplió. Durante el período de las vaquerías (que tuvieron su auge durante el siglo xvii), aunque los vacunos proveían productos muy valiosos para esa época, los caballos y las mulas poblaban las estancias. El viajero Acarette de Bisay, que en 1658 viajó de Buenos Aires al Perú, al referirse a los establecimientos sólo menciona como ganado a aquellos animales. También acota: «Los habitantes de Córdoba son ricos en oro y plata, adquiridos por el comercio que hacen las mulas, supliendo de ellas al Perú y otros puntos; y es tan considerable éste que venden de 28.000 a 30.000 al año, que crían en sus haciendas (...).

Los mercaderes que vienen a comprarlas las llevan a Santiago, Salta y Jujuy, donde las conservan (...) hasta que se hayan criado y robustecido bien, llevándolas después al Perú.»

Los ganaderos no se preocupaban por los vacunos, a los que podían «cazar» sin demasiadas dificultades, pero distinto era el caso de los equinos: si bien existían abundantes cantidades de cimarrones, también había gran demanda de ellos, motivado por un sistema de comunicaciones basado exclu-

LAS MULAS TIENEN OIDO MUSICAL

Me cuento como intruso en la nota del doctor José Andrés Carrazoni para dar testimonio personal de que las mulas, a sus maravillosas condiciones, agregan la virtud de tener oído musical.

Hace muchos años yo formaba parte de un cuarteto de amigos con el que recorríamos comarcas remotas del país a caballo, en verano. En una de estas excursiones, entre la Sierra de los Llanos, en La Rioja, y San Bartolo, en la Sierra de Comechingones (Córdoba) me ocurrió lo que cuento.

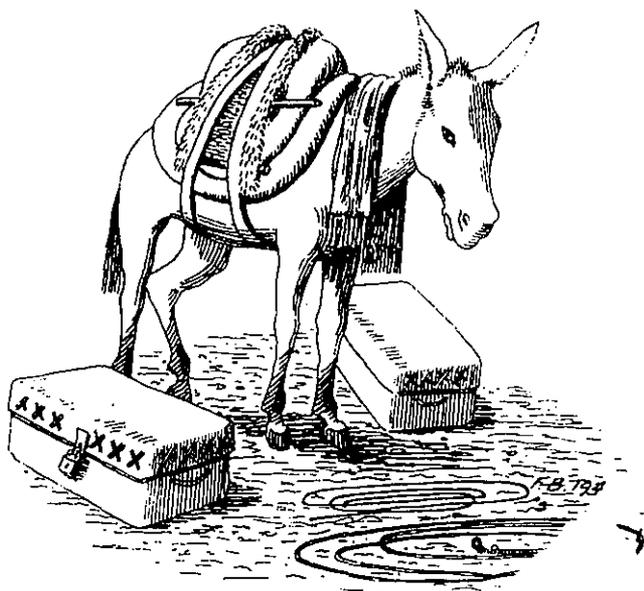
Andábamos por una senda que atravesaba un monte bajo, en el sur de los llanos, ya cerca de la línea de San Luis. Habíamos comprado unas mulas que resultaron excelentes. En un momento dado, aburrido de la marcha uniforme y de la monotonía del paisaje, me puse a cantar un variadísimo repertorio. De pronto arranqué con aquello de «Pecos Bill andaba solo en el desierto» y cuando llegué a la parte del estribillo («... y Pecos Bill, sí, sí, / lo digo yo, / fue el vaquero más auténtico que existió»), no se me pasó por la mente cosa mejor que sacar el revólver y disparar dos tiros.

Fue la catástrofe. Las mulas se espantaron, corcovaron, nos tiraron al suelo, desparramaron toda la carga (paños de carpa, víveres, armas, etc.) y escaparon por el monte. Nos costó dos horas recomponer el desastre. Excuso decir lo que me gritaron mis amigos durante esas dos horas.

Al día siguiente, en otra larga marcha, también me puse a cantar. Tranquilidad absoluta de nuestros animales. De pronto experimenté con Pecos Bill, claro está que sin tiros. Hubo mucha inquietud, las tuvimos firmes y no se espantaron pero costó un buen rato tranquilizarlas. En las jornadas siguientes maticé la marcha con tangos, zarzuelas y óperas; cuando llegaba a Pecos Bill había inquietud en las bestias, pero cada vez menos. Al terminar la excursión, la cancioncita sólo generaba una parada de orejas y un ligero rebuzno.

Sin duda, las mulas tienen oído musical y así lo atestiguo. ¡Admirables mulas!

FÉLIX LUJA



Humilde, lo mismo que las petacas que debe transportar en las travesías, la mula también formó parte del álbum de viaje de Germán Burnmeister.

sivamente en el caballo para la llanura y la mula para la montaña. Además, hay que recordar que los indios de la pampa se llevaban grandes cantidades para comercializar en Chile y que eran hipófagos.

El padre Pedro Parras, que vivió en el virreinato del Río de la Plata y que fue rector de la Universidad de Córdoba, escribió sobre lo que observó en la estancia de don Antonio Rodríguez, en la zona de la actual ciudad de San Pedro (Buenos Aires), en 1750: «Detúveme en ella 20 días y no faltaba aquella diversión que puede ofrecer el campo. Una de las mayores fue ver un día en una ensenada que hace el río, encerradas 18.000 yeguas, y más de la mitad de ellas con sus crías. Habían recogido este ganado de todas las tierras de la estancia, que son siete leguas, a fin de matar algunos caballos enteros (que acá llaman baguales) para que las yeguas con esta diligencia procreasen mulas, quedando con los borricos». Más adelante, el padre Parras describe una espantada de mulas que vio en otra estancia: «A vista de nosotros, este día disparó y se desparramó la dicha tropa de tres mil mulas y salió dividida en más de veinte partes; pero tuvieron los conductores la fortuna de que eran las diez del día, y, ocupándose hasta ponerse el sol, pudieron reunir las en una manada como antes iban. (...) Esta conducción de tropas tan numerosas, causa mucha admiración, cuando se refiere en España y otras partes, donde fuera imposible ejecutar lo mismo».

N. Ras comenta este hecho poco conocido: la sal fue un elemento muy codiciado por la población española e indígena del sur de Chile, donde no había salitrales de calidad. Desde los primeros tiempos, la Capitanía General de Chile envió expedicionarios y mercaderes, con arrias de mulas compuestas por cientos de animales, a través de la cordillera, para llevar de las salinas ubicadas en Neuquén, bajo dominio de los indios pehuenches, grandes cantidades de ese producto. Se conoce, entre otras luchas, un notable combate que tuvo lugar el año 1757, por la posesión de 500 mulas cargadas de sal, entre españoles y criollos con los indios huilliches, que habitaban del lado chileno. Este hecho demuestra que las mulas no sólo eran importantes como medio de transporte en el norte y el altiplano sino también en Chile y toda la región cordillerana argentina.

A fines del virreinato, entre 1795 y 1808, la venta de mulas al Perú alcanzó un promedio

SUMALAO.

ESPLÉNDIDA
FÉRIA



PROVINCIA
DE
SALTA.

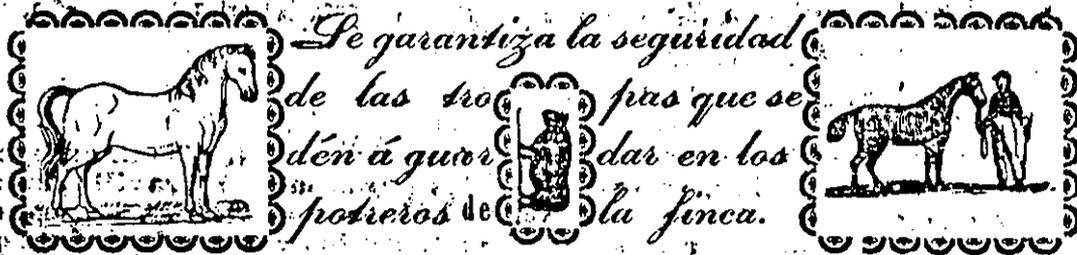
DE LA

PARA

1883.

GRANDES PREPARATIVOS para la COMODIDAD de los CONCURRENTES

MAGNÍFICOS POTREROS DE ALFALFA Y PASTO DE CAMPO



NOTABLE REBAJA EN PRECIOS DE PISOS ETC.

La fiesta de NUESTRO SEÑOR DE SUMALAO promete ser espléndidamente festejada como nunca se ha visto.

Interesa a los negociantes, no faltar a la GRAN FERIA si quieren hacer buenos negocios.

Ocurrir por localidades a casa de—

HECTOR A. BAVIO.

(Calle "Victoria" núm. 242)

La disponibilidad de alfalfares para el engorde de ganados hizo la riqueza de muchas familias salteñas. La feria de Sumalao era particularmente acreditada entre los traficantes de mulas.

de más de 30.000 cabezas anuales. Por esos años se destacaba como criador Francisco A. Candiotti, estanciero santafecino que tenía un permiso real para vender 20.000 mulas anuales al Perú. Le seguía en importancia un ganadero cordobés, Gaspar Sáenz Bravo, con quien por muchos años fueron los principales abastecedores de los mercados del norte.

Florencia Cornejo, en un documentado trabajo, resalta la importancia de una compañía que pasaría a la historia por lo que significó para la economía del virreinato del Río de la Plata. En *El Litoral, Salta y Perú, unidos por una compañía de mulas*, escribe: «Estas actividades no pueden dejarse de lado al estudiar la colonización y la inmigración en nuestro país, ya que movilizaron un gran caudal humano. Lo integraron además en una amplia red comercial que no sólo tocaba los principales centros del país sino que lo conectaron con los otros centros comerciales diseminados en el Alto Perú, Perú y Chile.

«En el cerrado monopolio español, el comercio de mulas abría una importante fuente de recursos a los criadores, ganaderos, invernadores, traficantes, comerciantes, mineros, industriales, peones y arrieros, ya que las mulas eran un elemento imprescindible e insustituible en el desarrollo del comercio, el transporte y la vida social. Por ello nacieron grandes productores de mulas diseminados a lo largo y ancho del país, que se unieron en una poderosa red comercial que tenía como epicentro la ciudad de Salta.»

La principal compañía dedicada al comercio de mulas fue la que fundaron, el 31 de octubre de 1798, don Andrés del Castillo y don Domingo Olavegoya, que se declararon mineros, poniendo el primero 20.000 pesos y 8.000 el segundo, para emplearlos en la feria salteña del año siguiente en la compra de mulas, para, según contrato, venderlas después al Perú.

Bernardo Frías, recordado historiador salteño, en sus *Tradiciones históricas* dice que en el año 1804 dicha sociedad recibió el aporte de José Rincón, siendo los tres españoles y de rango. Y agrega que a los tres se asoció «Francisco Antonio Candiotti (sic), que remesaba año a año del inagotable vivero de Santa Fe y del Entre Ríos los millares de mulas a la Plaza de Salta». Para dar una idea de la importancia de esta sociedad, baste decir que en 1805 vendieron siete tropas con un total de 8.337



La casa de Aguirre, Salta, con el balcón característico en el piso alto.

cabezas y luego seis con 8.100. En esos años, el precio de una mula chúcará en Sumalao era de aproximadamente 15 pesos, lo que demuestra las grandes sumas que estaban en juego. Como comparación se puede agregar que una vaca se pagaba tres pesos, y por algo menos se conseguía un buen caballo. Pero no se crea que todo era muy fácil. Los gastos que demandaba el envío de una tropa era digno de considerarse. Cuando el número de animales no pasaba de 1.500, se contrataba un capataz, uno o dos ayudantes y 15 peones, que cobraban, respectivamente, entre 300 y 500 pesos, de 100 a 300 y entre 75 y 100. Cuando la cantidad de mulas superaba la cifra indicada, los sueldos eran mayores. Los capataces generalmente comenzaban a trabajar desde muy jóvenes, lo que les daba experiencia para afrontar los problemas del camino, pero, además, tenían conocimientos suficientes de escritura y aritmética para encarar los negocios. Habilitar una tropa significaba abonar impuestos y pagar jornales y adquirir vituallas. Muchas veces el monto de los impuestos era tan elevado que el fletero daba una fianza y se comprometía a pagarlos en el destino final o a la vuelta. Como ejemplo se puede decir que para habilitar un arria de unas 1.500 cabezas para el Perú se pagaba el equivalente del valor de 150 animales. Sobre este comercio se publicaron dos artículos (con fecha 9 de setiembre y 13 de diciembre de 1802) en el *Telégrafo Mercantil* que dirigiera Francisco Cabello y Mesa, donde se hacen diferentes apreciaciones sobre costos y ganancias, y se demuestra su importancia.



Ramón J. Cárcano publicó en 1893 *Historia de los medios de comunicación y transporte de la República Argentina*, de la que es interesante transcribir algunos párrafos: «En toda la circunscripción del virreinato la especie mular fue aplicada al transporte de cargas, y en este destino el beneficio que aportara al comercio y a las relaciones comunes fue muchos mayor que el simple tráfico de exportación al mercado de Lima. «En las provincias se encuentran todavía marchando lenta y silenciosamente en la ancha carretera, o trepando por el áspero sendero de la montaña, las arrias de mulas con grandes aparejos ceñidos por doble cincha (...). Eran en la Colonia el elemento de transporte empleado en las regiones donde la pesada carreta no podía entrar (...).»

Luego describe los distintos tipos de mulas: las chúcaras, que estaban destinadas a recibir la carga, para lo que había que cubrirles la cabeza con un trapo o poncho, para que no pudiesen ver lo que pasaba a su alrededor.

Sobre el lomo se les colocaba unos bastos como paja en forma de tejado y encima y a los costados de este liviano aparejo se aseguraba la carga, de manera que nada, fuera de su peso, molestase al animal. La mula de silla era mansa y tranqueadora, suave y

Mulas, caballos, algún coche. Vista de la plaza de la ciudad de Salta publicada en el álbum de la Sociedad de Fotógrafos Aficionados.

firme en su paso rendidor; era la cabalgadura ideal para los viajes. La mula madrina, que era tirada del cabestro, indicaba el camino al resto de la tropa al ritmo del cencerro colgado en su cogote. En el llano iban tras ella en desordenado pelotón, pero en la sierra lo hacían de una en fondo, subiendo o bajando con sumo cuidado, poniendo con precisión el vaso en la huella de la precedente, como si dijeran «por aquí hermana o ten cuidado compañera...». Diffloth dice que «si llegan a caer (por una pendiente) saben formar una bola con su cuerpo, con lo que descienden rodando, salvando la vida en la mayoría de los casos». R.J. Cárcano también escribe: «Los dueños de cargas vendían mercaderías en el tránsito y las arrias siempre se detenían en los suburbios de los pueblos que llegaban. Penetraban en la ciudad generalmente por grupos de diez mulas para no obstruir el movimiento de las calles (...).

«El arribo de una tropa a una población era un interesante acontecimiento que no pasaba inadvertido para nadie. La correspondencia privada, los intereses y relaciones de la vida social, tenían en ella su elemento de comunicación y transporte (...) por eso en cada vecindario, especialmente en los alejados de vías principales, casi perdidos en el aislamiento de regiones desiertas, se

recibían la llegada de las arrias con simpatía y emoción.»

Las carretas y las arrias fueron los únicos medios de transporte terrestre que la colonia le legó a la civilización de los argentinos. Además, no muchos saben que fue a lomo de mula que Juan Adrián Cornejo trajo desde el Perú al valle del Campo Santo de Salta, las primeras cañas dulces para la Argentina, que fueron la base de la industria azucarera. Finalmente, fue con parte de los impuestos percibidos por el comercio de mulas con los que se pudo erigir la Universidad de Córdoba (1614), conocida por ello durante muchos años como la «universidad de las mulas».

La crisis del mercado de mulas

La Revolución de Mayo afectó gravemente el comercio de mulas y llevó a la disolución a la sociedad de Olavegoya, Castillo, Rincón y Candiotti en 1810. B. Frías escribe al respecto: «Sus negocios en el Perú los arrancaban del hogar por largos meses (*se refiere a los dos primeros*); la Revolución los separó para siempre de sus jóvenes esposas. Rincón, confinado por Belgrano en 1814, a Santiago del Estero, cuando su vencedor el general Pezuela bajaba en su marcha a tomar Buenos Aires, murió en el destierro por el pecado original, que llamaban entonces, de ser español; y el otro, el señor Olavegoya, mirándose tan cerca en este espejo que le ofrecía su misma casa, no quiso volver a Salta, mientras la revolución durara. Y como la revolución seguía y seguía como un mal endémico, sin concluir a pesar de los años y los años que corrían en su revuelta y trastorno general, lo tomó la muerte en 1823, allá en uno de los pueblos del Perú, cercano a Pasco.»

A Candiotti, que se plegó al bando patriota, le costó no cobrar una fuerte suma que le adeudaban en Lima.

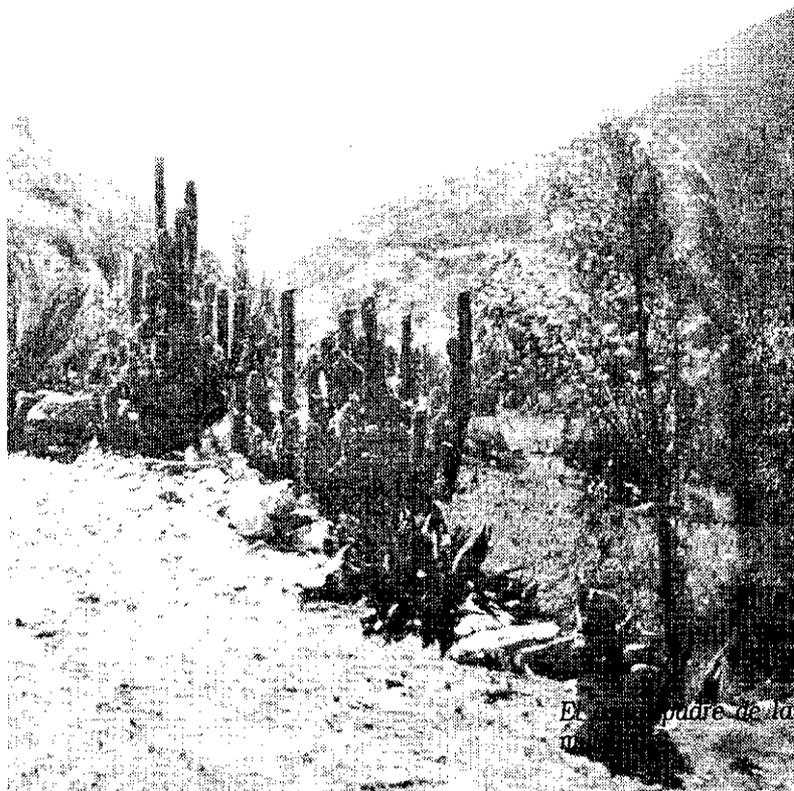
Además del trastorno que significó una guerra de 15 años para el mercado de mulas, otro inconveniente fue el uso que hicieron de las mismas ambos bandos en lucha. Baste decir que sólo en 1810 el ejército patriota decomisó 33.000 mulas y 73.000 caballos sólo en la provincia de Salta. Otro ramo que sufrió grandemente los efectos de la Revolución fue el de los



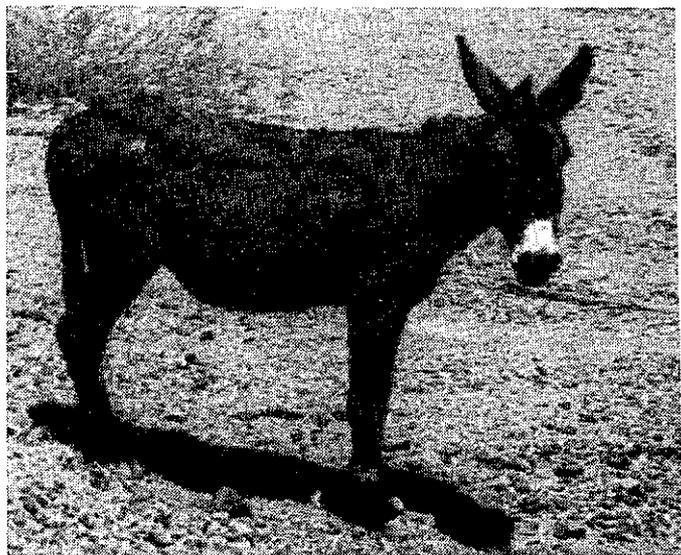
invernadores salteños, o sea los propietarios de los potreros donde se reponían durante meses las mulas llegadas del sur. Apellidos famosos se contaban entre ellos, muchos de los cuales descollaron durante la guerra de la Independencia: Gorriti, Puch, Arias, Burela, Figueroa, Toledo y varios más. También fueron afectadas las órdenes religiosas, que exportaban hasta 3.000 mulas anuales desde Córdoba.

Lógicamente no sólo el mercado de mulas sufrió los efectos de la Revolución, ya que el virrey del Perú como represalia cortó inmediatamente el comercio con las «provincias rebeldes», con grandes perjuicios para una y otra parte. Los criollos se quedaron sin el oro y la plata que recibían por los productos y los ganados, y los españoles sin las mercaderías que les llegaban desde el puerto de Buenos Aires, y sin las mulas. Belgrano, en una carta que le escribió a Güemes en 1818,

Para atravesar los pasos andinos, los viajeros debían abandonar el coche o el caballo e internarse a lomo de mula.



El padre de la mula



calcula que los productos depositados en la Aduana tienen un valor de 40 millones de pesos, suma notable para esa época.

A este respecto vale la pena acotar algo más: al ser vencidos durante la primera invasión inglesa, los militares británicos regresaron, pero los navíos de los comerciantes quedaron frente al puerto de Buenos Aires. Estos llegaron a un acuerdo con los porteños por el cual se desembarcaron las mercaderías y se embarcó el oro y la plata para la Vieja Albión; quizá por aquello de «negocios son negocios»... se olvidó la sangre derramada.

Se cargaron las carretas y gran parte de los productos europeos tomó rumbo al Perú; al llegar a Salta, como era lo usual, la carga se pasó a las arrias de mulas y para agosto de 1807 comenzaron a llegar al mercado peruano. O sea que este intercambio se hizo entre la primera y la segunda invasión inglesa. Para dar una idea de su magnitud bastará agregar que una sola tropa de mulas transportó mercaderías por un valor de medio millón de pesos, cifra muy importante para esos años. Parte del dinero obtenido con este comercio sería empleado, años después, por algunos comerciantes patriotas en la lucha contra los españoles.

C. Sempat Assadourian, que hizo un pormenorizado estudio sobre el comercio de mulas entre Córdoba y Salta, dice que a partir del año 1807 el mercado de estos animales entró en crisis y que al año siguiente el Cabildo cordobés declaró que el ramo de mulas se halla «(...) tan abatido y caído que por lo mismo lo van abandonando los criadores», situación que empeora con los acontecimientos revolucionarios de 1809, que producirán pérdidas millonarias a los comerciantes de Salta, pues son deudas que no se pagan en el Perú.

En 1813, el gobernador de esa provincia es informado de que «(...) es imposible vender mulas en las circunstancias presentes por no haber compradores que se expongan a ello».

Al perderse el mercado peruano debido a la guerra, no sólo los grandes criadores soportaron la desaparición de una importante fuente de ingresos, sino también la masa de pequeños criadores, que producían entre 5 y 30 animales por año; y gran cantidad de asalariados, especialmente capataces y peones. Después del triunfo de las armas patriotas, en Bolivia y Perú, el negocio de las mulas no mostró una recuperación sustantiva.

El autor citado dice que en la provincia de Córdoba, que antaño había sido gran proveedora del mercado del norte, entre 1825 y 1851 sólo envía, oficialmente, 2.114 mulas a ese destino.

Agrega que, paradójicamente, en la segunda mitad del siglo pasado es el ferrocarril el que hace revivir el comercio de esos animales, ya que carros tirados por ellos son los que traían y llevaban las cargas de las estaciones.

También influyó en una mayor demanda la expansión de la industria azucarera argentina y el prestigio de que seguían gozando los mercados bolivianos.

En 1862, cuando el interior del país ha perdido el esplendor de la época virreinal (debido al desarrollo de sus industrias regionales), como consecuencia de la desaparición del mercado peruano y de las guerras civiles, a lo que se suma el alto precio de las mercaderías importadas por el puerto de Buenos Aires, se descubre oro en California y toda la costa del Pacífico es alcanzada por el *boom* minero. Esta circunstancia le da una nueva oportunidad al interior, que canaliza su producción y comercio a través de la cordillera, a lomo de mula, hacia los mercados chilenos. La exportación de vacunos para el consumo de mulas para el trabajo con esos destinos, afianzan la actividades ganaderas por un tiempo.

En 1879, el gobernador de Salta, don Juan Solá, ordenó a una comisión que estudiase los motivos por los cuales había declinado tanto el comercio de mulas.

Esta respondió que las compras de mulas ya no se efectuaban debido a: «1ª (...) el descubrimiento del árbol de la quinina en Cartagena, provincia de Nueva Granada y, 2ª) por las importantes líneas férreas construidas en el Perú que han hecho innecesaria la ocupación de mulas.

«Lo primero porque la quinina boliviana, en cuya extracción de las montañas se consumían millares de mulas, no pueden hacer competencia hoy a la que se produce en Cartagena y Piyo, que sin atravesar los Andes es embarcada al pie del árbol en el río Magdalena que desemboca en el golfo de México y llega a los mercados de Europa con un 70% de menor costo que la boliviana».

Pero los salteños tenían otra fuente de recursos: la ganadería vacuna, que había tenido un lugar secundario durante el siglo XVIII, en el siguiente (a partir de 1830) ocupó su lugar, abasteciendo los mercados locales y de Chile y Bolivia.



La melonera, vendedora ambulante, en la visión de Pancho Fierro.

La mula en la sociedad argentina del siglo pasado

Si bien la mula tuvo años de gran demanda como producto de exportación, nunca dejó de emplearse en nuestro país, dadas sus cualidades como animal de silla, transporte y carga. Así lo ratifica una rápida recorrida por la literatura del siglo pasado, escrita por viajeros e historiadores o simples observadores de la vida cotidiana.

Samuel Haigh, comerciante inglés que conoció a San Martín y Belgrano, describió la ciudad de Buenos Aires en el año 1817 y dice que vio «damas en sus calesas (*cochecitos de dos ruedas muy vistosamente pintados y tirados por una mula montada por un postillón negro*) y otras caminando para ir a las tiendas».

El capitán Francis Head, que fue un representante de la Compañía Minera del Río de la Plata, interesada en invertir capital en explotaciones de minas en la América del Sur, escribió un libro en 1826 donde hace

interesantes observaciones: cuenta que había cierto peligro en el cruce de la cordillera, pues ocurría, a veces, que se cargaban las mulas sin calcular bien las dimensiones del equipaje, y al andar demasiado cerca de la ladera de la montaña, chocaban contra ésta y caían a los precipicios. Agregaba que supo de 400 mulas de carga que se habían despeñado en un solo paso y que la gran cantidad de esqueletos de estos animales que se veían al fondo del precipicio era el mejor testimonio del peligro que se corría.

Otros viajeros extranjeros que escribieron sobre el tema resaltan lo arriesgado que era el cruce en mula, a pesar de la seguridad que éstas daban en comparación con el caballo, debido a lo estrecho de los senderos. Por la forma de montar la mujer, con las dos piernas hacia un mismo lado, sus accidentes eran más comunes que los de los hombres. No obstante, otro viajero también interesado en la explotación minera, John Miers, que escribió en 1826 un relato sobre su viaje de Buenos Aires a Chile, dice al respecto, refiriéndose a que el jinete no tenía nada que temer si se confiaba al instinto de la mula: «Ningún animal puede exhibir mayores precauciones que una mula, siempre está en guardia; y, aunque lenta de movimientos, puede confiarse en ella cuando se la deja sin riendas».

Charles Darwin, casi diez años después, comentará que las mulas parecen evitar instintivamente los lugares peligrosos y que guiadas por una madrina (vieja mula conocedora del camino, de paso seguro y con una campanilla atada al cogote), seguirán detrás de ella como si fuesen niños donde quiera que vaya.

El autor de *Viaje a caballo por las provincias argentinas-1845*, W. Mac Cann, cita que en la estancia de Mr. Taylor, ubicada 15 leguas al sur de la ciudad de Buenos Aires, se criaban yeguas, asnos y mulas, además de vacunos y lanares. Agregaba: «La cría de mulas está muy desarrollada en esta región. Mr. Taylor posee gran número de ellas y las exporta a Rio de Janeiro, a las Antillas y a la isla Mauricio.» Más adelante describe el «pueblito» de Morón y la posta, y dice: «Por la tarde, habiendo reanudado el camino, dejamos atrás un arria de mulas que marchaba de regreso a su provincia, distante 600 millas».

Antonio King fue un viajero norteamericano, testigo y actor de la vida argentina entre 1817 y 1841, que publicó en Londres en 1846 un libro con sus memorias, donde

anota: «En las provincias de Salta y Tucumán se prepara la sal en grandes panes, que miden como tres pies de ancho y ocho pulgadas de espesor; dos de estos panes suspendidos a uno y otro lado del lomo, forma la carga de una mula y, de este modo se la acarrea a distintos puntos del país». Por su parte, B. Frías, después de describir minuciosamente la galera, «rodado que servía para los viajes y de uso de los personajes de opulencia y riqueza», y aclarar que «andaba por los caminos carreteros desde Jujuy a Buenos Aires y desde Cuyo al Río de la Plata, mas no de Jujuy al Perú, porque aquellos caminos montañosos no eran para ruedas sino para herraduras», agregaba: «Para hacer rodar tan enorme mueble empleaban tres yuntas de caballos o de mulas».

Más adelante, después de alabar la fortaleza admirable de los conductores de galeras, completa: «No era solamente que tenían que dirigir tres o cuatro yuntas de mulas para el tiro, cabalgando, como todo general en una de ellas, de retaguardia, como para poder dirigir a vista propia, la tropa entera puesta a sus órdenes, soportando allí, sobre los lomos el continuo y áspero trote, que era el paso regular del viaje».

Vicente Quesada, al describir cómo era la campaña en la provincia de Santa Fe a mediados del siglo pasado, escribe: «Aquella planicie ondulada no tenía árboles ni accidentes que distrajeran la vista del viajero. No había poblaciones ni cortijos, chacras ni labranza. La soledad era interrumpida por las tropas de carretas o las arrias de mulas, expuestas a ser atacadas y robadas por los indios».

Esta fotografía, tomada de un álbum del Ministerio de Guerra, enseña cómo una mula carguera puede trepar pendientes de 45 grados con una carga de 200 kilos.



Al referirse a la ciudad de Santa Fe, dice: «En la calle de Maipú, llamada de los mendocinos, se encontraban las casas de comercio de artículos de las provincias (...) los quesos de Tafi y Cafayate, el arrope, el patay, el maní, la algarroba de vaina amarilla, las pasas de uva y de hijo, las aceitunas de Mendoza, los orejones, las frutas secas, los vinos de Cuyo y tantas otras cosas que conducían aquellas pesadas tropas de carretas tiradas por seis bueyes, o las arrias de mulas venidas de la provincia de Cuyo».

En su libro *Anales de la ciudad de Rosario de Santa Fe*, E. y G. Carrasco, en la parte dedicada a la mensajería, escriben: «Hasta 1854 las comunicaciones entre el inmenso territorio de la República Argentina ofrecían a cada viajero un problema pavoroso, en cuya solución solía arriesgarse la vida. Los viajes y los envíos de encomiendas y correspondencia entre las diversas provincias y ciudades se efectuaban por medio de tropas de carretas o de arrias de mulas, que tardaban un mes de Rosario a Córdoba y cuatro más entre Buenos Aires y Jujuy (...). Esas tropas marchaban a razón de tres o cuatro leguas por día, en tiempo bueno».

El historiador chileno B. Vicuña Mackenna, en su libro *La Argentina en 1855*, describe un viaje que realiza por la pampa donde recorre 200 leguas entre Rosario y San Luis, y comenta: «De la ponderada abundancia de animales, que según Azara, llegaba a principios del siglo en todo el país a doce millones de cabezas, no tuvimos muestra alguna que justificara las antiguas exageraciones. Días enteros hemos andado en la Pampa sin encontrar un solo animal.

«De cuando en cuando alcanzábamos algunas arrias de vacas y mulas en dirección a Mendoza y Chile, pero rara vez vimos ganados criollos paciendo en abundancia, y sólo las tropillas de mulas cordobesas mimaban de tarde en tarde la desierta perspectiva, y nos hacían reír con su extraña curiosidad, pues, apenas avistaban el carruaje, galopaban en grupos de 40 y 50 y se acercaban al camino, olfateando, echadas adelante las orejas y mirándonos con gran asombro».

También por esa época la escritora francesa Lina Beck-Bernard, que vivió en la provincia de Santa Fe entre 1857 y 1862, dejó un libro con sus observaciones, donde dice: «El transporte de productos del interior a los mercados de Rosario y Buenos Aires se efectúa a lomo de mula o en carretas de bueyes.

Las mulas, equipadas graciosamente con penachos y pompones de colores, marchan en tropas, conducidos por uno o dos mulateros, llamados arrieros, cuyos trajes pintorescos (chaqueta de terciopelo con botones de metal pulido, sombrero e fieltro adornado con plumas de aves y grandes polainas de cuero) despiertan recuerdos de la vieja España (...).

«Los arrieros gozan de estima general, por su probidad, su sobriedad y la abnegación que demuestran con bastante frecuencia para con los viandantes en los pasos largos y peligrosos de la cordillera».

E.S. Zeballos, al referirse a la situación por la que atravesaban los viajeros que hacían el trayecto entre Rosario y Mendoza en la década del 60, escribe: «No se viajaba sino cediendo a necesidades supremas de negocios, de familia o de política, porque nadie, fuera de los casos imprescindibles, ofrece la vida, el honor o la libertad a las manos impuras de una horda de salvajes. «Generalmente se reunían varias arrias o tropas para cruzar la terrible travesía.

«Peones y capataces eran hombres de alma grande, como se requería para vivir sobre un teatro de sangre y de muerte en bestias que, como la mula, corren al tranquito».

En 1882 publica José Hernández *Instrucción al estanciero*, donde hace los comentarios siguientes: «Durante muchísimos años, la cría y venta de mulas ha constituido un importante ramo de la industria rural de esta provincia (*Buenos Aires*), y han entrado al país ingentes sumas, producto del comercio mular con las Repúblicas del Pacífico. (...) ahora en las Provincias tienen diversas aplicaciones, las necesita el ejército para la artillería y las marchas, y en especialidad en la región Andina (...).»

Por esos años, una mula valía lo que 6 u 8 yeguas, por lo que Hernández continúa así: «Hoy no se encuentra dónde comprarlas sino a precios muy elevados.

«El único criadero de alguna importancia que el país tiene actualmente, es en el Chaco Santiagueño, donde ese negocio adquiere cada día mayor importancia, y de donde se están abasteciendo todas las Provincias.

«El año pasado se hicieron también algunas exportaciones para el Cabo de Buena Esperanza.»

La mula tuvo, pues, un importante papel en el desarrollo de la nación durante el siglo pasado, que aún no se ha valorizado suficientemente.

La mula en los ejércitos del país en el siglo

XIX

Sobre la utilidad que la mula le prestó a nuestros ejércitos desde 1810 hasta hoy hay una gran cantidad de literatura. En homenaje a la brevedad, sólo se expondrán algunos referidos al siglo XIX, que pueden ser suficientes para demostrar cuánto le debe también nuestro país en este aspecto a este sufrido animal. Los comerciantes ingleses J.P. y G.O. Robertson, que vivieron varios años en el Paraguay y la Argentina en la época de la Independencia, relatan en sus libros con sus memorias, que después de la derrota de Huaqui (junio de 1811), las fuerzas patriotas al mando de Juan M. de Pueyrredón, ante la imposibilidad de mantenerse en Potosí, decidieron evacuarlo. Luego prosigue así: «A las doce de la noche, Pueyrredón dispuso que las mulas fueran llevadas a la Casa de Moneda, con orden a los comisionados de que empezaran a cargarlas (...). A eso de las cuatro de la mañana la tropa empezó a salir de la ciudad en el

Tropilla de mulas con la madrina al frente.

más absoluto silencio (...) Se les había quitado el cencerro a las mulas para no despertar a quienes ya se consideraban como tenaces enemigos.

«A pesar de todas las precauciones, desaparecieron tres mulas cargadas de plata (...) Atravesó así calles muy pobladas sin que pudiese oírse otro ruido que las pisadas de los animales. Cuando la luz del día se iluminó la caravana, advirtiéndose que ya se encontraban fuera del peligroso Paso del Socavón y el jefe respiró al hallarse en campo abierto.»

Lo relatado lleva a dos reflexiones: la primera, que en toda época ha habido hombres corruptos, porque a las tres mulas cargadas con metales preciosos alguien las hizo desaparecer. La segunda, que la actitud valiente y decidida de Pueyrredón y sus hombres logró salvar el tesoro que iba a caer en manos de los españoles y que así se pudo destinar a la causa patriótica.

Cuenta el general Paz en sus memorias que, ante la invasión realista del año 1817, se produjo la retirada del ejército patriota, al que le faltaban toda clase de recursos, por lo que a veces hubo que recurrir para alimentarse a la carne de mula.

Quizá el ejemplo más importante de lo que significó la mula para nuestros ejércitos se





pueda leer en la *Historia de San Martín* escrita por B. Mitre.

El Libertador utilizó este animal tanto para la silla como para la carga y el transporte. Cuenta Mitre que a fines de 1816 el gobierno nacional le negó a San Martín un envío de fondos, parte de los cuales necesitaba para comprar más de 12.000 mulas. Escribe el historiador: «Fue entonces cuando el general de los Andes lanzó con su sencillez y gravedad habitual, sus gritos más heroicos, que resonarán en la posteridad: "Si no puedo reunir las mulas que necesito, me voy de a pie".» Agrega Mitre: «Y Cuyo dio las trece mil mulas (...) y el 12 (tres días antes de lo calculado) el triunfo coronaba las armas redentoras de la revolución argentina», refiriéndose a la victoria de Chacabuco. Otro párrafo que es útil transcribir de la obra citada es el siguiente: «El infatigable Fray Luis Beltrán ejecutaba las nuevas máquinas con que, según su expresión, debían volar los cañones por encima de las montañas, a la manera de los cóndores. El ingenioso fraile había inventado, más bien, adaptado una especie de carros angostos, conocidos con el nombre de zorras, de construcción tosca pero sólida, que montado sobre cuatro ruedas bajas y tirados por mulas, reemplazasen los montajes de los cañones de batalla, mientras éstos los acompañaban desarmados y a lomo de mula por los estrechos senderos de la cordillera hasta pisar el llano. A prevención proveyóse de largas perchas para suspender las zorras y los cañones en los pasos frágiles, conduciéndolas entre dos mulas a la manera de literas.»

De más está decir que estos animales llevaron también sobre sus lomos gran cantidad de vituallas, armamentos y alimentos, entre muchas cosas que eran indispensables

En esta calle de Tilcara, donde el tiempo parece haberse detenido, mulas y asnos están en consonancia con el ambiente.

para este ejército que libertaría Chile y Perú. Continúa Mitre: «Toda la tropa iba montada en mulas, y marchaba en desfilada por los estrechos senderos pero organizada a la manera de arrias. Las cuatro mil mulas montadas estaban divididas en 200 piaras, y cada 20 soldados ocupaban una piara a cargo de un peón».

Y cuando San Martín cruzó los Andes, a pesar de tantos cuadros que lo muestran montado en briosos corceles, lo real es que lo hizo sobre una mula, como Napoleón al tramontar el San Bernardo. No lo hizo por imitación o por modestia, sino porque era la mejor cabalgadura, cuyo paso firme y marcha equilibrada permite orillar los peligrosos abismos.

Saltando en el tiempo hasta la época en que Adolfo Alsina era ministro de Guerra del presidente Avellaneda, se conoce una comunicación del general Julio Roca, cuando era comandante de la frontera en Córdoba, donde le informa que dispone de 500 mulas para enviarle a la frontera bonaerense, lo que revela un alto índice de utilización de esos animales en las guerras fronterizas con los indios. A su vez, el coronel Eduardo Racedo, antes de que se iniciara la conquista del desierto comandada por Roca, le envía a éste un telegrama donde le dice: «Con 600 mulas más, mi División estará pronta para la gran expedición».

Eduardo Ramayón, en su libro *Las caballadas en la guerra del indio*, hace muy interesantes observaciones sobre el tema; algunas se transcriben a continuación.

«Puede afirmarse que sin la mula las operaciones militares hubiéranse retardado muchísimo y sin los óptimos resultados alcanzados en tal corto número de años. Sobre la mula realizáronse los avances de las fronteras; las persecuciones del indio; los cambios de ubicación de las unidades; amén de los bastantes y largos viajes con cargas desproporcionadas.

«La artillería fue llevada a lomo de mula en la gran campaña al lago Nahuel Huapí, durante el año 1881, como lo habían hecho nuestros antepasados los guerreros de la Independencia cuando cruzaban los Andes. «Donde la mula resultó inestimable y hasta admirable, si se quiere, fueron en las operaciones de nuestras tropas en la región cordillerana durante la campaña de los Andes, en los años 1882 y 1883.

«Nunca fue desmentida la fe ciega que tenía el soldado en la firmeza de la mula para tales cruzadas. Las riendas, en ocasiones,

dejábanse flojas, particularmente en trances difícilísimos que debían quedar a merced de este animal tan rastreador y seguro.» Ramayón también explica características no muy conocidas de la mula, al decir que ésta, como el perro, participaba en la vigilancia en la frontera con el indio. En los fortines, pequeños reductos guarnecidos por escasas fuerzas, para detectar al aborigen y a los pumas se colocaban mulas aisladas en puestos estratégicos para reemplazar a los centinelas. Más de una vez el perro se hacía eco del rebuzno de una mula, repetido dos o más veces, lo que era señal de peligro, pues delataba la presencia de algo extraño. La mula y el perro son, en la obscuridad y la soledad, sobresalientes avizores. La primera denota un pánico indescriptible cuando ve o escucha algo que la asusta. En ciertas ocasiones extremas sirvieron como alimento para los soldados, tanto en los fortines como en los campamentos.

Ramayón finaliza sus consideraciones sobre la mula con estas palabras: «Sintetizando, decimos: que la mula durante tan largas y severas campañas sirvió como el caballo». Pero a diferencia de nuestro caballito criollo, no tuvo poeta que le cantara...

La mula entra en la leyenda

Un animal que tuvo tanto que ver en la vida de los argentinos tenía que tener alguna leyenda. Una superstición fantástica, convertida en leyenda por los pobladores de los valles de Lerma y Cafayate, habla de una mula blanca ensillada, de singulares condiciones y formas, en la que se encarna un espíritu dañino que espera ser liberado por la mano del hombre, para lo cual se le debe quitar el freno de plata que lleva.

Cuentan que se la denominaba «Mula Anima» y que era imposible de enlazar, o tan sólo de acercársele, pues daba resoplidos de fuego y se lanzaba a la carrera, mientras sus cascos despedían chispas que parecían rayos. El dramaturgo José González Castillo utilizó esta leyenda para una narración. B. Frías recoge una importante tradición relacionada con el mercado de mulas de Sumalao. Cuenta que un tropero llamado Gabriel Torres volvía del Perú en las vísperas de la Revolución de Mayo, trayendo en

una mula del arria junto con la carga, un lienzo arrollado que era la copia al óleo del Señor de Vilque, a cuyos costados y abajo, según la costumbre de la época, aparecían arrodillados él y su esposa.

Quería rendirle culto haciéndole un templo en su propia casa situada en Pucará. Cerca de su destino, la mula que llevaba el lienzo se extravió y luego de intensa búsqueda se la encontró arrodillada en el campo de Sumalao. Fue incorporada de nuevo a la tropa, pero a la mañana siguiente había desaparecido nuevamente. Fueron por ella y la encontraron en el mismo lugar y en la misma posición.



FUNDACION BANCO DE BOSTON

Pero si la primera vez no ofreció resistencia, esta vez no hubo forma de hacerla regresar. Recién cuando le descargaron del lomo los bultos, entre los que se contaba la pintura, se levantó. Frías prosigue así: «Aquí vino la interpretación. Uno de los dos quiere quedarse aquí; dijo don Gabriel. La mula no puede ser, porque sirve de instrumento a la Divinidad; luego es el Señor quien dispone no pase de aquí, ni retroceder tampoco (...) el Señor quiere que se levante aquí una capilla pública, y no acepta la privada de mi casa, el Pucará. Y, pues; Dios lo quiere, Dios lo tendrá.

«Luego la fe religiosa de las gentes llegó a la conclusión que aquel Señor de Sumalao curaba mejor las enfermedades que los mismos médicos y terminó tomando el nombre de Señor de la Salud...»

Hasta aquí las leyendas, pero lo cierto es que la mula, sufrido animal, durante siglos marchó por los anchos y polvorientos caminos de la llanura y por los estrechos y pedregosos de la montaña, haciéndolos blanquear con sus huesos, pero sin despertar demasiada compasión.

NOTA

1. «El mal del vaso» era consecuencia del ablandamiento y ensanchamiento del casco que producía el mantenimiento de las mulas en campos anegados por las lluvias. Un vaso en esas condiciones se lastima fácilmente al transitar por los caminos pedregosos, produciéndose lesiones de distinto orden.

BIBLIOGRAFIA

BUSANICHE, J.L., *Estampas del pasado*, Hachette, Buenos Aires, 1959.

CABELLO Y MESA, *El Telégrafo Mercantil*, números del 9-9 y 13-12 de 1801. Ed. facsimilar de la J. de Hist. y

Num. Amer., Buenos Aires, 1914.

CARCAÑO, R.J., *Historia de los medios de comunicación y transporte de la Rep. Argentina*, Lajoanne, Buenos Aires, 1893.

CARO FIGUEROA, G., *Viajeros al Tucumán en el siglo XVI*, C.S.I.C., Inst. Gonzalo Fernández de Oviedo, Madrid, 1983.

CORNEJO, F., *El Litoral, Salta y el Perú, unidos por una compañía de mulas*, Acad. Nac. de la Historia, 1977.

FRIAS, B., *Tradiciones históricas*, Segunda serie, Ed. J. Menéndez e hijo, Buenos Aires, 1924.

GIBERTI, H.C., *Historia económica de la ganadería argentina*, Hyspamérica, Buenos Aires, 1985.

HESSLING, M.T.C., «Los comercios de Salta», *El Tribuno*, 21-9-79, Salta.

LA FUENTE, C., *El virreinato. Mi país, tu país*, Ed. CEAL, Buenos Aires, 1968.

MAC CANN, W., *Viaje a caballo*, Imprenta Ferrari, Buenos Aires, 1939.

MITRE, B., *Historia de San Martín*, Ed. La Nación, Buenos Aires, 1907.

MONTOYA, A.J., *Cómo evolucionó la ganadería en la época del virreinato*, Ed. Plus Ultra, Buenos Aires, 1984.

RAMAYÓN, E., *Las caballadas en la guerra del indio*, Eudeba, Buenos Aires, 1975.

RAS, N., *Crónica de la frontera sur*, Ed. Hemisferio Sur, Buenos Aires, 1994.

SALAS, A.M., *Las armas de la conquista*, Emecé, Buenos Aires, 1950.

SALAS, A.A., «La carteta», *Todo es Historia* número 315, 1993.

SEMPAT ASSADOURIAN, C., *El sistema de la economía colonial*, Ed. Nueva Imagen, México, 1983.

TAGLE, E., *Producción de mulas en la Rep. Argentina*, Ed. S.R.A.

TORRES, H.C., «El virreinato del Río de la Plata», *Polémica* número 1, Ed. CEAL, Buenos Aires, 1970.

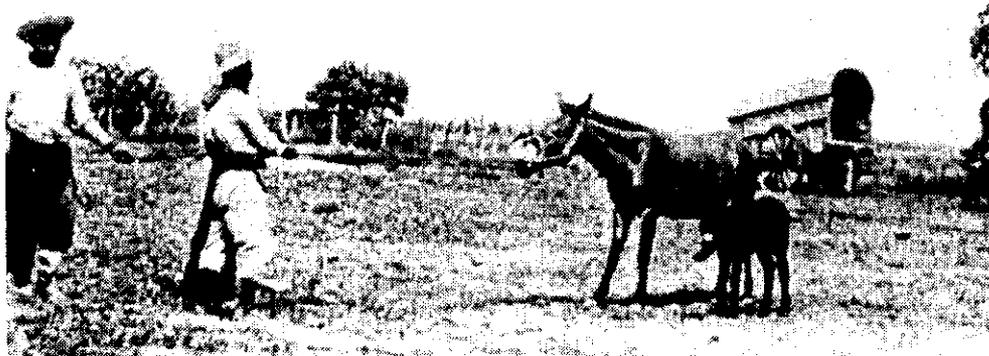
URANGA, F., *Ganado mular y asnal*, Ed. Martín Campo, Madrid, 1933.

WALTHER, J.C., *La conquista del desierto*, Eudeba, Buenos Aires, 1980.

ZEBALLOS, E.S., *Calbucurá y la Dinastía de los Piedra*, Ed. Hachette, Buenos Aires, 1954.

Agradecemos la colaboración brindada por NORMA SZPAK Y CLAUDIA TURRI DE LA BIBLIOTECA DE LA SOC. RURAL ARGENTINA.

Infecunda por regla general, la mula podía dar agradables sorpresas a sus amos. Mula fértil con su hijo al pie fotografiada en 1918.





REUNION CUMBRE

*Qualitas, Visa y Banco Shaw
se reúnen para brindarle un
servicio único y exclusivo.*

*Una sola tarjeta con los
servicios de Qualitas, los
beneficios de Visa y el sólido
respaldo de Banco Shaw.*

*Sea parte de esta
reunión que cambiará
la historia de la
medicina privada.*



QUALITAS





La escuela, junto al templo, los servicios sanitarios, la cooperativa y el centro cultural, constituyó uno de los núcleos de la vida de las colonias de Entre Ríos.

La persecución de los judíos en Europa y en la Rusia zarista coincidió con la apertura del suelo argentino a los inmigrantes del Viejo Mundo que quisieran habitarlo. A partir de 1891, por iniciativa del barón de Hirsh, una pequeña parte de esa enorme diáspora judía se dirigió a la Argentina. Muchos de sus integrantes se asentaron como colonos en Entre Ríos. Allí labraron la tierra, agrandaron sus familias, mantuvieron sus tradiciones, comenzaron a asimilar otras y educaron a sus hijos. Esas escuelas, lejos de convertirse en cerrado reducto, favorecieron la integración de los recién llegados al país que los acogía.

Mónica Liliana Salomón



LAS ESCUELAS JUDÍAS de Entre Ríos (1908-1912)

La colonización judía en la provincia de Entre Ríos marcó un hito importante en el desarrollo de la vida provinciana y desde allí se proyectó a la Nación en lo político, económico y cultural.

Desde el comienzo del ciclo inmigratorio, los periódicos de la época incluyeron en todas sus ediciones noticias sobre la llegada de los inmigrantes judíos, incluyendo detalles sobre sus hábitos, el desarrollo de las colonias y sus instituciones. Uno de ellos, *La Juventud*, que comenzó a editarse en Concepción del Uruguay a partir de noviembre de 1908, incluyó grandes titulares de primera plana referidos a las escuelas judías de las colonias.

La educación brindada por estas escuelas fue criticada por algunos, entre ellos, Ricardo Rojas, autor de *La restauración nacionalista*, y Ernesto Bavio, aunque también fue valorizada por otras personalidades tales como Maldonado, Schenone, Antequeda. Trataremos aquí de dilucidar la situación de esas escuelas en las colonias entrerrianas en la primera década de este siglo, a través de la percepción que algunos periodistas y parte de sus protagonistas tuvieron de ellas. La provincia de Entre Ríos se caracterizó por contar dentro de su ámbito con numerosas colonias de distintos orígenes. Los primeros asentamientos de inmigrantes en Calera Barquín y los establecidos

Los judíos víctimas de la persecución desatada en la Rusia zarista promovida por las autoridades, buscaron refugio en países que respetaran su condición humana. Familias judías escapadas de esos progroms llegando a Buenos Aires.



La mayor parte de los judíos traían consigo una buena formación intelectual. Uno de ellos fue el doctor Yarcho, primer médico de los colonos, quien aparece rodeado de amigos que lo homenajearon en 1908.



posteriormente, se desarrollaron al calor de la política trazada por Justo José de Urquiza. Aunque sus realizaciones en materia de colonización son las más conocidas, distan mucho de ser las únicas. Esa tendencia colonizadora encontró continuidad durante la gestión de los gobernadores que le sucedieron, quienes propiciaron el establecimiento de aquellos grupos de inmigrantes organizados que arribaron a nuestras costas dispuestos a formar colonias o aldeas rurales. El déficit demográfico local fue materia de preocupación de esos gobernantes entrerrianos, los que, a partir de esa inquietud, se abocaron a la búsqueda de soluciones. Parte de éstas quedaron plasmadas con la sanción de un conjunto de leyes que beneficiaban la instalación de extranjeros en el campo entrerriano.

Pero si lo acontecido en la etapa urquicista fue objeto de interés por parte de los investigadores, el asentamiento posterior de grupos establecidos entre el Paraná y el Uruguay no concitó parecida atención. Los suizos franceses, catalanes e italianos instalados en la provincia recibieron a los alemanes del Volga, comúnmente llamados «rusos».

El gobierno de Francisco Antelo (1879-1883) marcó el inicio de un período que habría de resultar positivo para el crecimiento demográfico y económico de la provincia.

Esta proyección no fue casual ni estuvo aislada del contexto nacional. La Ley de Tierras y Colonias de 1876, dictada durante el gobierno de Nicolás Avellaneda, sirvió de base sobre la cual se elaboraron otras leyes sobre la materia. Las deficientes comunicaciones que habían mantenido aislada a la provincia, imposibilitando un tráfico fluido, dejaron de ser un problema. Las vías férreas comenzaron a extenderse bajo los gobiernos de Ramón Febré y Francisco Antelo, cobrando un gran impulso con Eduardo Racedo (1883-1887) y Clemente Basavilbaso (1887-1893). El auge ferroviario fue tan importante que excedió su inicial objetivo, el de comunicar, convirtiéndose pronto en nudo aglutinador y centro de las colonias.

Alrededor de 1890, la provincia ya había cambiado su perfil sociodemográfico. Numerosos grupos de inmigrantes se habían asentado en sus tierras, trayendo nuevos idiomas, diferentes rasgos físicos, otras culturas. En la última década del siglo XIX, Entre Ríos cobijó nuevos inmigrantes: los colonos de la Jewish

LLEGA LA JEWISH

La Jewish Colonization Association (JCA) fue creada el 24 de agosto de 1891 en Londres por el barón Mauricio de Hirsch, con el propósito de rescatar a los judíos que vivían en Rusia a las órdenes del zar perseguidos por los cosacos. Al poco tiempo se convirtió en la empresa que facilitó la emigración de los judíos y su instalación en países que pudieran recibirlos. En una Argentina que estaba creciendo como pocos países en el mundo a un sorprendente ritmo, la mano de obra nativa se reveló insuficiente para afrontar la demanda laboral resultante de esa expansión y para abarcar su extenso territorio apenas habitado.

Es en ese marco que se entablaron negociaciones con dicha Asociación, cuyos fines aparecían explicitados en los artículos 3 y 6 de sus estatutos, y que conviene mencionar: según el artículo tercero, se trataba de: «Facilitar la emigración de los israelitas de los países de Europa y Asia donde ellos son deprimidos por leyes restrictivas especiales y donde están privados de los derechos políticos, hacia otras regiones del mundo donde puedan gozar de éstos y los demás derechos inherentes al hombre.

«Al efecto, la Asociación se propone establecer colonias agrícolas en diversas regiones de la América del Norte y del Sud, como también en otras comarcas.»

El artículo sexto especificaba el destino de los bienes y los beneficios de la Asociación: «Las entradas y los bienes de la sociedad serán empleados exclusivamente para la realización del objeto establecido en sus estatutos. De ninguna manera y en ninguna forma, directa ni indirecta, será destinada una parte cualquiera de sus entradas o bienes en calidad de dividendos o primas de beneficio a favor de los miembros de la Asociación.»

La transferencia organizada implicaba enormes inconvenientes que no fueron oportunamente calculados, tales el apuro por emigrar a estas tierras, la falta de dinero de los inmigrantes, la escasez de sus conocimientos agrícolas, entre otros. La dificultad para conseguir la documentación provocó que, durante los años 1891-1894, todas las filiales de la JCA no lograran enviar a la Argentina más de 3.444 personas.

En 1894, el barón confiaba que en poco tiempo lograría el asentamiento de 300.000 a 400.000 judíos. No pudo alcanzarse esta

cifra: cuando el barón murió en 1895, el total de pobladores de las provincias de Entre Ríos, Buenos Aires, Santa Fe y Chaco era de 6.757 colonos, los cuales representaban muchos más, pues eran cabeza de familia. Ocupaban 910 unidades.

El total de colonos ubicados por la JCA fue de 27.448 almas en 413.059 hectáreas, correspondiendo a la provincia de Entre Ríos 231.334 hectáreas con 1.834 colonos.



El doctor Yarcho había establecido una especial relación con sus pacientes, quienes reconocieron esa entrega que iba más allá de sus desvelos profesionales.

PREOCUPADOS

POR LA EDUCACIÓN

Los inmigrantes judíos que arribaron a estas tierras no podían aceptar que sus hijos se criaran en la ignorancia. La mayoría de ellos había logrado adquirir un elevado nivel de instrucción y muchos tenían títulos universitarios; entre una serie de nombres podemos mencionar los de Miguel Sajaroff, Noe Yarcho y Miguel Kipen. Es una constante de los testimonios de hijos de colonos el mandato recibido de sus padres que los incitaba a «ser alguien», y para «ser alguien» era necesario estudiar.

«Los hijos no tenían como ser “algo” en el campo (...).»¹

El inmigrante judío considera que el sostenimiento y la transmisión de sus valores éticos, espirituales y culturales eran, en definitiva, lo que permitía a un pueblo trascender, afianzar sus raíces y adquirir armas valederas para defenderse ante quienes quisieran atacarlos o someterlos. Esta profunda convicción permanece en la idiosincrasia del judío argentino hasta el día de hoy.

Teniendo en cuenta esta necesidad es que la JCA incorporó el artículo 5 en sus Principios Básicos para la Colonización: «Para cada grupo de unas 100 familias crear una escuela, una cooperativa, un servicio sanitario, un templo, un centro cultural y disponer de un asesor administrativo, técnico y agronómico».²

Si bien es cierto que existía en nuestro país la Ley de Enseñanza Común Obligatoria, asegurada por la Constitución Nacional, las escuelas no están extendidas en todo el ámbito provincial. La enseñanza rural estaba muy diseminada, una escuela cada 30 o 40 kilómetros debido a lo deshabitado que estaba Entre Ríos en esa época.

Con la incorporación de los colonos y sus familias se agudizó este problema, y las autoridades provinciales no podían solucionarlo por la escasez de recursos económicos que impedían el hacerse cargo de la educación de los recién llegados.

La JCA se vio obligada a tomar cartas en el tema e instalar escuelas comunes para los hijos de los colonos, además de establecimientos que enseñaran idisch, hebreo, tradiciones y costumbres judaicas —para evitar la ruptura de la cadena transmisora de la identidad. Un hijo de colono, nacido en Lucienville en 1900, relata «(...) la Jewish

hizo las escuelas porque no había. Había una en cada colonia. Eramos cuatro colonos, hizo aquí la escuela y los que vivían más lejos, a 3 km venían a caballo o a pie (...).³

La prensa se hizo eco del problema educativo, y en 1908 publicó que en las 80 leguas que la sociedad poseía en Entre Ríos, había 3.400 niños en edad escolar para asistir a tres escuelas provinciales y 23 escuelas particulares. A las escuelas provinciales concurrían 180 niños, en tanto que a las particulares 1.450. Sumaban 1.630 escolares, quedando 1.770 niños sin recibir educación primaria.

Las veintitrés escuelas particulares de las que habla el periódico *La Juventud* de Concepción del Uruguay (E.R.), correspondían a la red escolar judía de la JCA y estaba distribuidas: doce en Villaguay, ocho en Uruguay, dos en Colón y una en Gualeguaychú, previéndose la instalación de nueve escuelas más durante el siguiente año. Fue una constante: paralelamente a la incorporación de nuevos colonos a sus chacras se construían nuevas escuelas. Durante esos años, fueron creadas cuarenta y tres escuelas laicas, sostenidas por la JCA y por el aporte anual de 30 pesos por cada colono.

ENTRE EL IDISH Y EL CASTELLANO

Por tratarse de colonias en pleno proceso de formación, el elemento humano que las conformaba ignoraba por completo el idioma. Acostumbrados al ruso y al idish, era necesario emplear para la enseñanza el idioma nacional, maestros de origen judío que pudieran comunicarse con los alumnos en otro idioma y, al mismo tiempo, entender la mentalidad de los padres.

Como la inmigración era muy incipiente, aquí era imposible encontrar los docentes adecuados. La JCA decidió dirigirse a la Alianza Israelita Universal de París para pedirle que pusiera a disposición de su obra escolar en la República Argentina cierto número de profesores judíos egresados de la Escuela Normal de París, de origen sefaradí, quienes tenían la ventaja de conocer el ladino, idioma similar al castellano. La llegada de estos maestros posibilitó a la primera generación de hijos de colonos adquirir los conocimientos básicos. «(...) No

había más de tres grados, yo no tengo más de tres grados y en ese tiempo tanto los maestros idishes o los maestros castellanos tenían la intención de que el chico aprenda, no el interés de llegar a fin de mes o de cobrar el sueldo (...).⁴

Este testimonio, brindado por un señor que en 1907 cursaba segundo grado, pone en evidencia cuán significativo fue para él su proceso de aprendizaje y la percepción que tuvo del rol desempeñado por sus maestros: «tenían la intención de que el chico aprenda».

«(...) los primeros libros nuestros fueron *Paso a Paso* y *El Trabajo* (en castellano). En idish nos enseñaron a leer y escribir. Esa era toda la instrucción que nos dieron.» En estas escuelas se le daba la misma importancia al castellano que al idish. Un testimonio nos cuenta: «Nos enseñaban todas las materias de las que se usan actualmente y la historia argentina (...) había maestros buenos, tenían interés en enseñarnos matemáticas (...).⁵

En algunas colonias existían dos escuelas, una donde se enseñaba castellano y otra, enfrente, donde se daba idish. En otras había dos aulas, en un turno enseñanza laica y en otro idish.

Las escuelas de la Jewish, como se las llamaba, eran mantenidas por la empresa colonizadora (Jewish Colonization Association, JCA) y por el aporte que hacían los colonos.

Generalmente funcionaban en el mismo edificio la escuela «castellana» y la escuela «idish» en diferentes turnos.

A medida que los colonos fueron contratando peones, los hijos «criollos» concurrían a los mismos establecimientos. Y, si lo común hubiera sido que lo hicieran en un solo turno, los niños se quedaban toda la jornada y aprendían también idish.

Por este motivo, aún hoy, en los pueblos cercanos a lo que fueron las colonias, es posible encontrar personas no judías que hablan idish.

De esta manera se produjo un proceso de interacción entre el hijo inmigrante y el hijo de criollos.

Asimismo, los hijos de colonos aprendieron a tomar mate, a usar el cuchillo, a domar, enlazar, a participar en las yerras y en las ruedas de payadores que por las noches se realizaban en los campos.

RECHAZO INTOLERANTE

El creciente sentimiento antiextranjero que existió en el país a principios de siglo se puso de manifiesto, entre otras cosas, al acusar a los judíos de inculcar ideas extranjerizantes a sus hijos.

Ernesto Bavio (ex director de educación de Entre Ríos, por los años noventa) publicó en noviembre de 1908 en *El Monitor de la Educación Común* un informe sobre las escuelas ruso-alemanas y las judías. Hacia hincapié en que la enseñanza era totalmente extranjerizante, especialmente en las escuelas judías donde «fundamental y manifiestamente se da preferencia a la enseñanza del hebreo, a la religiosa a que tal idioma conduce, a la historia antigua y contemporánea de los israelitas, quedando relegado al olvido o a último término, y siendo algo así como una etiqueta que se usa malamente, por una previsión y exigencia de la propia conservación, la del mínimo obligatorio que marcan la ley y los reglamentos de la materia.»⁶ Basándose en este informe, Ricardo Rojas agrega: «El peligro

Los ataques a las escuelas de las colonias judías alimentaron la prédica de los antisemitas. Pedían la clausura de esas aulas, pues, decían, en ellas se inculcan ideas extranjerizantes».

de las escuelas hebreas reside en que al traer sus fanatismos nos traen el germen de una cuestión semítica que felizmente no existía aquí, pero que existirá apenas el hijo criollo del inmigrante semita prefiera ser judío, en vez de ser argentino en completa comunión con el pueblo y el suelo donde naciera».⁷

Estas apreciaciones no son compartidas por quienes concurrieron a esos establecimientos. «Tuvimos la suerte de tener una maestra judía, Sara Dachevsky, hija de un colono de "La Capilla" (...). Ella me enseñó (...) me dio la primera noción de lo que es patria (...) el concepto romántico como era toda la vida intelectual argentina (...) ella me dijo que Patria era hasta el ranchito que se veía por la ventana de la escuela. Esto es un concepto maravilloso (...)»⁸

El informe Bavio provocó tal revuelo que inmediatamente las autoridades provinciales ordenaron a los inspectores que realizaran una gira por cada una de las jurisdicciones para evaluar la situación. Los informes presentados luego del viaje diferían mucho de las denuncias efectuadas en Buenos Aires, tal es así que el inspector Maldonado





escribe: «Los alumnos más adelantados hablan castellano, y se usan los mismos textos que se usan en nuestras escuelas, prestando alguna atención a la instrucción cívica e historia nacional.»⁹

En tanto, el comisionado seccional Schenone se dirigió al director general de la Enseñanza (Paraná) expresando:

«1- Las escuelas israelitas de esta sección tienen un plan de estudios que abarca más del mínimum establecido para las escuelas particulares.

«2- La enseñanza común se da en el idioma nacional y los horarios están divididos en dos secciones: una de tres a cuatro horas, según la escuela, dedicada a la enseñanza en castellano y otra de una a dos horas destinadas a la enseñanza del hebreo.

«3- Desde el primer grado los niños hablan castellano y el estado de la enseñanza es en general satisfactorio.

«4- Los maestros son en su totalidad judíos, pero, fuera de los maestros especiales de idioma hebreo, que sólo poseen las escuelas más importantes, los demás dominan perfectamente el castellano y dan la enseñanza sin dificultad. De éstos algunos tienen diplomas extranjeros expedidos en facultades normales, otros poseen diplomas provinciales, existiendo algunos que no son diplomados.

«5- Siendo los núcleos de población judía de constitución homogénea, las escuelas son concurridas casi en absoluto por hijos de judíos, todos de idénticas costumbres y que hablan la misma lengua.

«6- Las escuelas judías cumplen con las exigencias de la Ley, pero será difícil que los niños asimilen por completo los elementos propios de nuestra nacionalidad, puesto

Para cada grupo de cien familias de colonos, además de una escuela, había que crear una cooperativa, sostenían los principios de la Asociación de Colonización Judía.

que fuera de la escuela observan las costumbres, hablan la lengua, practican la religión judía, sin que la enseñanza se dé en el idioma nacional por maestros, que no son argentinos, sea suficiente para contrarrestar y destruir la influencia del medio ambiente».¹⁰

Las apreciaciones de este comisionado son las que más se ajustan a la realidad: él conocía muy bien el proceso por el cual atravesaba la educación, pues tenía a su cargo la red escolar de la colonia Lucienville y la visitaba periódicamente.

Quizás se apresuró con sus afirmaciones acerca de la falta de integración del judío al medio al perder de vista que muchos grupos o aldeas padecían un aislamiento impuesto por los condicionantes geográficos y reforzados por la baja densidad de población de la campaña entrerriana.

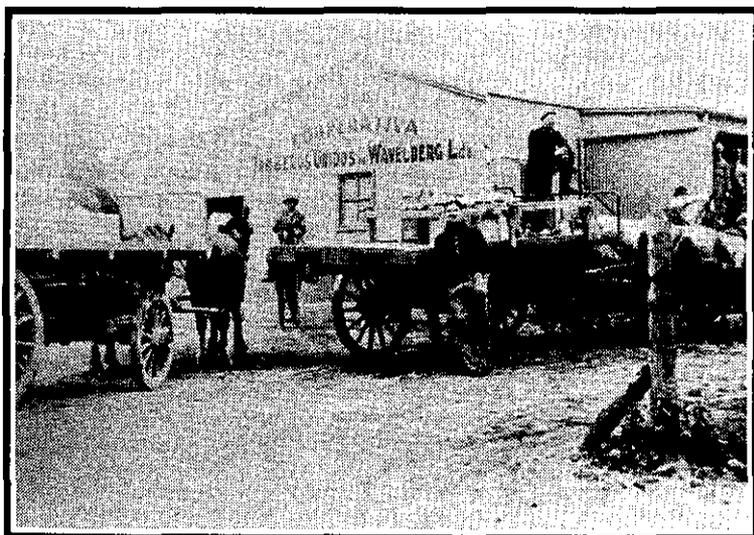
DEL AISLAMIENTO A LA INTEGRACIÓN

La ausencia de no judíos obedecía, en los inicios del proceso colonizador, al cumplimiento de las órdenes recibidas de la Jewish Colonization Association. Las tierras debían ser trabajadas por el colono y su familia, sin la incorporación de peones. Esta situación se vio modificada por dos factores: por un lado, la instalación de grupos judíos cerca de algunos pueblos y, por el otro, por el posterior resurgimiento económico que trajo como consecuencia la contratación de criollos o gauchos debido a la falta de hijos varones. Este proceso de integración se pudo originar tanto al compartir la actividad agrícola como la actividad en las aulas: «No había escuelas y había muchachos grandes, del lugar, si no hubiera sido por la Jewish quién sabe cuántos años hubieran pasado sin escuelas...»¹¹.

Otro testimonio agrega: «Mi padre tomaba mate mientras dictaba clases. A él le gustaba la historia argentina, él canturreaba una ranchera. En ese sentido era un integracionista, o sea que era un individuo que queriendo a la Argentina y adaptándose a ella afirmó su condición de judío...»¹²

Mientras las autoridades provinciales tenían muy en claro la realidad por la que atravesaban con la incorporación de estos inmigrantes que presentaban características propias, las autoridades nacionales y los medios periodísticos se encargaban de

Superado el aislamiento impuesto por las distancias geográficas y el idioma, los colonos judíos comenzaron a integrarse al medio, adaptando las costumbres, la indumentaria y los bailes de los paisanos entrerrianos.



realizar una activa propaganda en contra. Había que prevenir a la sociedad de los «males» que acarrearía la incorporación de estos «elementos nocivos».

El diario *La Nación* pidió la enérgica intervención del gobierno, llamado a ejercitar con dignidad el más noble y patriótico de sus deberes. *La Prensa* recomendaba que el gobierno de Entre Ríos no procedía con la urgencia que la gravedad del caso requería, el gobierno nacional debía ordenar de inmediato la argentinización de las escuelas o cerrarlas en caso de desobediencia, «lo mandaba un supremo deber patriótico».

A estas acusaciones se sumaban las del subinspector nacional Juan J. Nissen, que hacían referencia a la cantidad de horas-cátedra que se dedica a cada materia, a que

Oficinas y depósitos de la Cooperativa de Tambores Unidos de Wavelberg Limitada. La foto es de 1936. Aunque sin que se alcanzaran los ambiciosos objetivos del barón de Hirsch, las colonias judías entrerrianas adquirieron importancia.

las escuelas funcionan los días domingos —los sábados permanecían cerradas por *shabat*—, a la falta de interés por enseñarse la historia argentina. Lo notable en estas críticas es el enfrentamiento entre la Capital y la provincia, una vez más se muestra lo poco que gustaba a Buenos Aires que las provincias ejercieran su autonomía.

¿Sería posible aventurar que dadas las características de aislamiento que caracterizaba a la Mesopotamia —pésimas comunicaciones— el gobierno nacional temía que con un aumento demográfico la provincia de Entre Ríos logre un avance económico que podría perjudicarla?

¿Podría pensarse que se atacaba a los judíos y a la red escolar por ellos creada porque abría nuevos rumbos para los entrerrianos?

Planteamos estos interrogantes porque es evidente la profunda molestia causada por estos inmigrantes a quienes no tenían que convivir con ellos. Paradójicamente, las autoridades provinciales no se sintieron involucradas en el tema, continuaron recibéndolos y, más aún, brindándoles ayuda. Para subsanar los perjuicios causados a la red escolar judía, y a sus directivos, la Dirección de Enseñanza de Entre Ríos resolvió: «Acordar diez becas que el Presupuesto crea para la Escuela Alberdi a igual número de jóvenes israelitas argentinos, quienes contraerán la obligación de servir por lo menos tres años en las escuelas judías una vez que se reciban de maestros rurales.



«2- Requerir del Directorio de la JCA que en toda escuela de su dependencia que tenga dos o más maestros haya por lo menos uno, argentino, quien tendrá a su cargo la enseñanza del idioma nacional, Historia, Geografía Argentina, Instrucción Moral y Agricultura.»¹³

Después de haber transcurrido una considerable cantidad de años, es posible observar el resultado de la educación brindada por las escuelas de las colonias.

De los testimonios de quienes fueron los receptores de los conocimientos impartidos por dichos establecimientos, notamos que la percepción que tuvieron fue totalmente contraria a las críticas. En todo momento estuvieron consustanciados con la patria

Una típica familia de colonos judíos radicados en Entre Ríos. El matrimonio y sus seis hijos vestidos «de fiesta» posan para el retrato de grupo a comienzos de nuestro siglo.

«La juventud en el campo era muy activa y no sólo en los trabajos agrícolas, ganaderos y avícolas. Culturalmente se cultivaban.

«En todos los lugares había escuelas, las dos escuelas, idisch y castellana. Había una biblioteca y la salida era los sábados a la tarde que no trabajábamos, nos juntábamos en la biblioteca.

«Para ir a la escuela tenía que recorrer tres kilómetros a caballo. En mi familia había músicos y mi papá creyó que yo podía ser uno de ellos. Me compró un violín. Yo salía a la mañana, de un lado llevaba una bolsita de comida, la clásica botellita de leche, la cartera con los útiles de la escuela idisch, del otro lado la cartera con los útiles de la escuela castellana, el violín. Con el tiempo el caballo me tomó el tiempo y caminaba un paso para adelante y dos para atrás.

Esta escuela estaba en el límite que dividía Las Moscas de colonia Rosh Pina. Salía a las siete de la mañana de mi casa y hasta las doce estaba en la escuela castellana y después iba hasta las cinco de la tarde a la escuela idisch. Teníamos una hora para comer. Llevábamos carne, arenques, bursch, jalvá.»

Testimonio de Salomón Magrán, nacido en Colonia Curbelo en 1918, vivió su infancia en Las Moscas

que los albergaba, con su historia, con las ganas de ser ciudadanos. Además, desde la empresa colonizadora, Jewish, no existió en ningún momento el ánimo de enclaustrar a sus colonos dentro de sus propias costumbres, tal es así que finalmente la red escolar judía de las colonias pasó a formar parte del Consejo Nacional de Educación a partir de 1916 (Ley Láinez).

NOTAS

1. Testimonio de MOISÉS SALOMÓN, nacido en Colonia Lucienville, línea n° 7 (1906).

2. *Jewish Colonization Association, su obra en la República Argentina 1891-1914*, Buenos Aires, 1942, p. 9.

3. Testimonio de NOE BANCHIK, nacido en Colonia Lucienville, grupo 1300 (1900-1993).

4. *Idem*.

5. Testimonio de MOISÉS SALOMÓN.

6. ROJAS, RICARDO, *La restauración nacionalista*, A. Peña Lillo Editor, Buenos Aires, 1971, p. 127.

7. *Idem, ibidem*, p. 128.

8. Testimonio de MÁXIMO YAGUPSKY, nacido en La Capilla (1906).

9. *La Juventud*, dirigido por Lorenzo Sartorio, Concepción del Uruguay, diciembre 3 de 1908.

10. *Ibidem*, 16 de enero de 1909.

11. Testimonio de Samuel Rabinovich

12. Testimonio de Maximo Yagupsky.

13. *La Juventud*, 26 de enero de 1909.

BIBLIOGRAFIA

AVNI, HAIM, *Argentina y la historia de la inmigración judía (1810-1950)*, Ed. Magnes Universidad Hebrea Jerusalem, AMIA, Buenos Aires, 1983.

BOSCH, BEATRIZ, *Historia de Entre Ríos (1520-1969)*, Ed. Plus Ultra, Buenos Aires, 1978.

Jewish Colonization Association, su obra en la República Argentina (1891-1941), Buenos Aires, 1942.

REULA, FILIBERTO, *Historia de Entre Ríos, política, étnica, económica, social, cultural y moral*, tomo II, Ed. Castelví S.A., Santa Fe, 1971.

ROJAS, RICARDO, *La restauración nacionalista*, A. Peña Editor S.R.L., Buenos Aires, 1971.

TESTIMONIOS ORALES

Banchik, Noe

Salomón, Moisés

Yagupsky, Máximo

INFORMANTES

Rabinovich, Samuel

Lanfír, Jacobo

Kipen, Olga

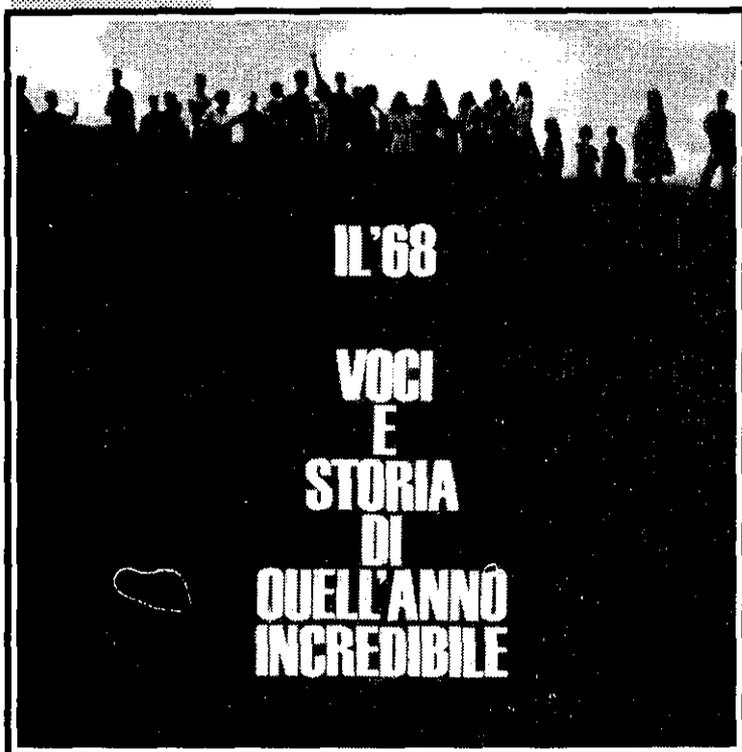
FUENTES

Testimonios orales: Archivo de la Palabra, Centro Marc Turkow, AMIA.

El material fotográfico de esta nota es gentileza del CENTRO MARC TURKOW-AMIA.

1968, el dramatismo de un año singular reconstruido en una rarísima grabación

ERNESTO G. CASTRILLON



1968 fue un año crucial en el desarrollo de la apasionante década de los sesenta. Precisamente el año en que comienzan a resquebrajarse y sacudirse los más nobles ideales de un tiempo singular.

Una rara y casi inaccesible edición discográfica nos permite reconstruir este año clave en detalle. Se trata de *Il '68. Voci e Storia Di Quell'Anno Incredibile*, una prolija y muy curiosa edición de 6 discos flexibles editada por L'Espresso en 1980.

En ordenada sucesión los sonidos mismos de la historia nos devuelven el torbellino del Mayo Francés. Desde las palabras de Daniel Cohn-Bendit, o del mismo Sartre hablando



en la Sorbona ocupada por los estudiantes rebeldes, hasta terminar en el descomunal caos callejero que acompaña el incendio de la Bolsa de París, o la palabra desafiante y preocupada del propio De Gaulle.

Los asesinatos políticos (desgraciado lugar común ese año) tienen su parte, ya sea en los últimos discursos de Luther King o la escalofriante, por lo imprevista, grabación del asesinato de Bob Kennedy, despedido luego por la voz quebrada de su hermano Edward con hermosas e inolvidables palabras.

Tanto las matanzas diarias de las junglas de Vietnam, como el interminable ronroneo de los motores de los tanques rusos aplastando la Primavera de Praga, o los fríos y tecnológicos sonidos de la conquista del espacio, todos los sucesos del año encuentran su lugar en esta apasionante colección.

El montaje sonoro y el libreto periodístico de esta rarísima joya histórica fue realizado por Mario Scialoja, indudablemente un experto y brillante especialista en el tema. Imposible de conseguir en el país, *Il '68...* de L'Espresso constituye un ejemplo único y valiosísimo de cómo la historia del siglo xx puede llegar al público masivo evadiendo las concurridas vías del tedio y la solemnidad.

MATEYKO

MIDACHI

MOVIDA 630

VIATT

NITO ARTAZA

M.A. CHERUTTI



**93.3 FM
ATLANTICA**

Jorge Troiani y Alejandro Gardinetti

Lunes a Viernes de 13 a 17 hs. desde Mar del Plata



El Desván de Clío

León Benarós

«¡SI TATITA ES TAN BUENO»: UN CURIOSO TANGO ANTIRROSISTA

La época de Rosas ha inspirado piezas teatrales como *La divisa punzó*, de Paul Groussac; obras líricas como el *Cancionero federal*, de Héctor Pedro Blomberg, y aun canciones como *La pulpera de Santa Lucía* o *La mazorquera de Monserrat*, con letra del mismo Blomberg. Pero no teníamos noticias de que el tema haya llegado al tango. Sin embargo, llegó... Manuelita Rosas fue —como se sabe— el «ángel bueno» de la Federación. Al pie del hoy seco «aroma del perdón» consiguió más de un condescendiente perdón de su todopoderoso padre, a quien siempre llamó su «tatita». Loas, canciones e himnos a «Manuelita» no son escasos en la época, de lo cual tenía una no desdeñable colección el doctor Emilio Azzarini, cuya biblioteca enriquece hoy la de la Universidad de La Plata.

El tango al que aludimos —de título sin duda irónico— se titula *¡Si tatita es tan bueno!*, recogiendo, quizá, aunque sarcásticamente, un dicho habitual de «Manuelita» (Manuela Robustiana Rozas y Ezcurra).

La tapa de la partitura —que no podemos reproducir en colores— muestra a un espantable mazorquero, vestido de rojo, con gorro de manga del mismo color, de blanco calzoncillo cribado y bota de potro, en actitud de clavar un ensangrentado puñal sobre un tronco, mientras en el suelo se ven recipientes con el letrado «sangre». En el interior de la partitura (se trata de un tango sin letra), se lee: «tango predilecto de los abonados al Colón» (se refiere al teatro). Y se expresa: «Tema:» de «La angelical Manuelita». ¿Se trata de una ópera de tal título? No lo

sabemos. El autor de la pieza, según se indica en la tapa, es Fernando Riñón, músico del que no tenemos otro antecedente.

LATIN OBLIGATORIO EN JURISPRUDENCIA Y MEDICINA, EN LA EPOCA DE ROSAS. CONTESTAR TODAS LAS REPLICAS Y PREGUNTAS EN LATIN

En la época de Rosas, con la firma del doctor Tomás Manuel de Anchorena (1783-1847), doctor en teología y abogado, amigo y consejero de Belgrano, para entonces ministro de Gobierno y Relaciones Exteriores del gobierno de Rosas, durante menos de un año, se dictó la resolución siguiente:

«Buenos Aires, Agosto 10 de 1831

«Aunque con arreglo a lo dispuesto en el decreto de 9 de Mayo de 1826, debiera suponerse que los alumnos de la Universidad, que han recibido hasta el presente grado de doctor en jurisprudencia y medicina, posean suficientemente el latín, sin embargo, una experiencia harto dolorosa ha demostrado que no siempre sucede así, quedando por consiguiente ilusorias unas disposiciones tan útiles como son las que ordenan que los profesores de Derecho y Medicina tengan un perfecto conocimiento de la lengua latina, en que se hallan escritas las obras más antiguas y clásicas de aquellas facultades, y sin la que no se puede tener sino un conocimiento de las leyes que forman la base de nuestra actual jurisprudencia.

«No pudiendo el Gobierno ser indiferente a un mal de tan grave trascendencia, que puede llegar a ser en extremo funesto a la buena administración de la justicia, ha ordenado y decreta:

«Art. 1º. Los alumnos de la Universidad que hayan recibido el grado de doctor en jurisprudencia, deberán dar en lengua latina, al tiempo de su ingreso a la Academia de esta Facultad, pruebas prácticas de su suficiencia.

«Art. 2º. Las pruebas que determina el artículo anterior, serán principalmente las siguientes:

«1º. Disertar en latín media hora sobre un punto de la *Instituta* de Justiniano, de tres que picará a la suerte treinta horas antes de hecha su disertación.

«2º. Contestar en latín todas las réplicas y preguntas que se le hagan por vía de examen.

«3º. Los practicantes que actualmente se hallen en la Academia, sin haber dado las pruebas que determina el artículo anterior, las darán al tiempo de su egreso de ella, y los que hubiesen ya egresado, deberán darla antes de ser admitidos a examen para recibirse de abogados.

Personajes,
hechos,
anécdotas y
curiosidades
de la
historia

«4º. El término de práctica no se dará por cumplido, sin haber llenado lo prescrito en los artículos anteriores.

«5º. El Tribunal de Medicina exigirá indispensablemente a los doctores de esta Facultad que quieran ejercerla, presenten sus disertaciones y presten ante él sus exámenes en latín.

«6º. Comuníquese a quien corresponde, publíquese e insértese en el Registro Oficial.

«Fdo.: TOMÁS MANUEL DE ANCHORENA.»

El controvertido asunto de la eliminación del latín en los estudios actuales merece ser considerado con detención. Es verdad que los grandes textos científicos de la época estaban escritos en latín, y los actuales lo están en inglés, en francés y aun en ruso y en castellano. Pero no hay verdadera cultura sin una buena base de latín, ni se puede escribir perfecto castellano sin haberse asomado a esa lengua madre, hoy tenida por «lengua muerta».

Si las exigencias actuales se inclinan por hacer del inglés la lengua común y universal, quien quiera redondear una formación cultural sólida no deberá ser ajeno al estudio del latín.

Y quien pretenda ser de un lugar del mundo (además de serlo del dilatado universo) deberá tener por obligación frecuentar la lengua regional (quichua, guaraní o lo que sea), como modo de no despintar en lo universalmente incoloro el carácter propio de la tierra de cada uno.

CARA Y POESIA DE OLEGARIO VICTOR ANDRADE

¿Quién, de niño, no recitó aquello de *En la negra tiniebla se destaca/ como un brazo extendido hacia el vacío...*? El caso es que en la negra tiniebla no se destaca nada, por ser precisamente eso: una negra tiniebla. Tampoco el cóndor del poema famoso se cuelga de un peñasco, como si fuera un vulgar nido de boyero... Ello no le impidió a Andrade la gloria o gloriola de sus días, considerado como gran poeta nacional, categoría que el implacable tiempo redujo a sus justos límites.

¿Qué cara tenía este vate hugoniano y declamatorio? Un rostro impassible, nada acorde con la tónica de su lira. En sus jugosos *Recuerdos literarios*, Martín García Merou expresa: «Andrade era una especie de sonámbulo con cara de esfinge, incolora, irregular, sin expresión y sin movilidad. Nada predisponía menos que su aspecto y el descuido de su persona. Y, sin embargo, aquel hombre era un notable y elocuente periodista, un talento vasto y seguro, un estilista de primera fuerza, un poeta esclarecido.» Generosa concesión, sin duda, a un estimable pero no tan sobresaliente talento. El propio García Mérou reproduce un juicio de

Jacobo Larrain, que se incluye en el prólogo de este escritor a la edición de los poemas del autor de *El nido de cóndores*. Comenta Larrain en su prólogo: «Aparecía mustia y decaída la figura del poeta, porque era encogido de cuerpo y de maneras, no obstante su bien proporcionada estatura; tenía la frente de regular amplitud, aunque prematuramente cubierta de arrugas; vaga y sin brillo la mirada, e inmóviles y resecos los labios, como si se negara a dar paso a la corriente viva de la palabra que comunica vida y animación a la fisonomía.»

En sus interesantes *Retratos a pluma*, Bernardo González Arrili reproduce un texto sobre Andrade, de Carlos V. Urien, incluido en sus *Apuntes sobre Juan María Gutiérrez*. Dice Urien: «Andrade era de estatura elevada, algo corpulento, y solía caminar un poco inclinado. Vestía con cierto desaliño y desgachamiento, y quien, sin conocerlo, encontraba al paso a aquel hombre de fisonomía apagada y melancólica, de color blanco pálido, de bigote algo ralo y patilla castaño clara que arrancaba del mentón para caer en el pecho con abandono, y cuya mirada era vaga, perdida, cualquiera que lo encontrase, estaba lejos de imaginarse que aquel hombre que no tenía un adarme de orgullo ni un punto de vanidad, hacía vibrar tan elocuentemente las cuerdas de su lira...

«Escribía con una rapidez asombrosa y con esta particularidad: tenía una letra ininteligible a veces y comenzaba la página como todos en la parte izquierda superior, pero a medida que avanzaba iba trazando una diagonal de manera que las hojas de sus originales formaban un triángulo escaleno, de lados desiguales...

«¿Quién, sin embargo, no memorizó alguna vez las páginas simples pero emotivas de aquella *Vuelta al hogar*: *Todo está como era entonces...?* ¿Quién, en la infancia, no se emocionó con el consejo maternal: *Ven para acá, me dijo dulcemente/ mi madre cierto día...?*»

La tristeza de Andrade pudo originarse en ese caudal de dolores que el poeta (nacido en Alegrete, Brasil, pero tenido por entrerriano) pudo ocultar en su interior, con pudor callado, como en la confesión de Evaristo Carriego: *¡Tantas cosas/ se pueden ocultar dentro del pecho!*...





Redescubriendo BUENOS AIRES

HORACIO J. SPINETTO



LEON UNTROIB,
MAESTRO
FILETEADOR

En los primeros días de noviembre del año pasado, fallecía en Buenos Aires el fileteador León Untroib. Me enteré a raíz de una conversación que mantuve con el pintor catalán Nicolás Rubió y su esposa, la escultora Esther Barugel, permanentes estudiosos del arte del filete.

Conoci personalmente a don León en 1984. En la Biblioteca Municipal de Toulouse, Francia, se iba a realizar la exposición denominada «Le Tango de Carlos Gardel», y su organizadora Anne Marie Duffau deseaba poder exhibir «un trabajo, de esos muy coloridos, que se hacían para decorar y distinguir los carros y los camiones», y que ella consideraba, y bien, característicos de la ornamentación popular porteña. En definitiva, estaba pidiendo un filete. No tuve ninguna duda, debía ver al maestro León Untroib. Fue así, que previo llamado telefónico, llegué al 1945 de la calle Catamarca, entre Brasil y Pedro Echagüe, a media cuadra del Instituto Bernasconi, en el barrio de Parque de los Patricios.

León me abrió la puerta. Lo seguí hasta el departamento H del primer piso, su casa-taller, su mundo. Allí estaba Emilia, su mujer. Le conté en detalle lo que me pedían desde Toulouse, donde además existía la idea de crear un museo gardeliano. Me escuchó atentamente, amablemente, mientras la música de Beethoven surgía de un grabador oculto entre libros, bocetos y pinceles de fabricación propia. Cuando terminé, Untroib dijo: «Voy a hacer el filete y lo donaré para el futuro museo».

En noviembre del 84 viajé a Toulouse, yo debía realizar una exposición de mis pinturas con temas de tango. Conmigo llevé el flamante filete, con la imagen de Gardel en el centro. El trabajo de don León ocupó un lugar preferencial en la muestra de la biblioteca, los visitantes se fotografiaban a su lado.

Untroib nació el 25 de diciembre de 1911 en Ostrow, en la provincia de Wolyn, Polonia. Su padre se dedicaba a la decoración de arcones. Allí comenzó su aprendizaje.

La familia decide viajar a América. El 6 de octubre de 1923 arriban a Buenos Aires, León tenía once años. Eran los tiempos de Marcelo T. de Alvear.

A los trece años, su padre le confió la responsabilidad de dibujar unas azucenas en dos jardineras que eran utilizadas para reparto de pan, «lo hice tan bien que al año siguiente comencé a trabajar solo».

León amaba su oficio, y reconocía como precursores a Salvador Venturo y a Miguelito, su hijo; a Vicente Brunetti e hijos (Enrique y Alfredo) y a Cecilio Pascarella, sin olvidar a Carlos Carboni. Cuando escucho a Angel Vargas cantar el tango *Mano Blanca*, con letra

de Homero Manzi: «donde vas carrerito del Once...», la memoria me lleva al corralón que existía en Los Patos entre Colonia y Luna, era una verdadera exposición de carros fileteados, especialmente de lecheros, como el de don Diéguez, al que paraba orgullosamente en la puerta de su casa, en la esquina de Uspallata y Colonia antes de iniciar el reparto.

Untroib sostenía, mientras pintaba carrocerías y cajas de camiones en el taller La Véneta, que lo más difícil era dar unidad al trabajo. Eran los tiempos de oro del filete: «T.B.C. y T.D.G.»; «Gracias a los viejos»; «Andá que te cure Hortensia que Lola está de licencia»; «Nena, qué curvas y yo sin freno» o «El morocho del Abasto», eran algunas de las inscripciones; rescatadas por Norberto Folino en el libro *Chofer buena banana busca chica buena mandarina*; que acompañaban a los sutiles delineados, a los dragones, las banderas, las sirenas, las aves, las flores de cinco pétalos, o las imágenes, encerradas en círculos, de Gardel, Quinquela, Filliberto, San Martín, Villoldo o la Virgen de Luján.

Entre las obras de Untroib no aplicadas a vehículos destacamos especialmente la puerta de la legendaria «Corrientes 348»; la placa ubicada en Suárez y Necochea, en La Boca, esquina mítica de la historia del tango, y el mural de la estación Carlos Gardel de la línea B de subterráneos, que hasta 1990 se llamó Agüero, situación que motivó la inspiración anónima para decir: «Si Cangallo es Perón, yo soy Gardel. Firmado: Agüero».

Con el correr del tiempo el filete se convirtió en obra de caballete.

A León lo visitaba tanto en su casa como en su puesto de la plaza Dorrego los domingos, donde ofrecía sus tablas virtuosamente pintadas.

Es interesante destacar su calidad como pintor. En el año 1964 obtuvo, con su óleo *Estación Sáenz*, el Premio Único para Extranjeros en el Salón Nacional, y en 1977 logró la Mención Especial en el Primer Salón Cerealista.

La bondad y la calidad humana de Untroib se reflejaban en su mirada, en cada uno de sus gestos y en sus palabras cordiales y mesuradas, como cuando hablaba afectuosamente de la obra de sus colegas Luis Zorz y Jorge Muscia. Con su muerte, la que ha pasado tristemente inadvertida, igualmente que las de los notables pintores Alberto Bruzzone, Alberto Altafey y Emilio Angel Strimarco, ocurridas durante 1994, el filete ha perdido, sin duda, a uno de sus más grandes representantes, y sus amigos y alumnos a un ser entrañable, que tuvo la humildad de los que saben que valen y no necesitan gritarlo a los cuatro vientos.

El refugio de la calle Catamarca está en silencio. El olor de las lacas todavía impregna el

ambiente. En la oscuridad de la noche surgirá inesperadamente una música como aquella que lo acompañaba siempre, y las sirenas, y las banderas, y las flores, y los dragones y los pinceles por él creados bailarán una última danza en su homenaje y porque el pueblo jamás olvide a sus artistas.



ENTONCES

LA MUJER



Lidia Gabriela Cajal

MAGDALENA TELLEZ, la bella dama en el patíbulo

Para dar a conocer las circunstancias en las que se desarrolla esta historia, es necesario conocer el marco en el que se desenvolvía la vida del Virreinato del Perú en el siglo XVII.

En ese entonces la situación social estaba claramente diferenciada de la del siglo anterior. Al cumplir sus primeros cien años, los que dominaban el virreinato eran las familias de los españoles europeos y de los españoles nacidos en América, los llamados criollos. Estos ocupaban funciones públicas en las Audiencias y Cabildo Secular o eran mercaderes o hacendados. Quedaban pocas de las viejas familias de encomenderos, ya empobrecidas, debido a que las encomiendas y sus indios tributarios se habían concedido por una o dos vidas. Por tal motivo, los nietos y bisnietos no tenían sino el recuerdo y el orgullo de lo que fuera la grandeza y riqueza de sus antepasados. Las poblaciones no eran numerosas, si pensamos que, según un cálculo aproximado, en Chuquisaca vivían sólo unas 15.000 personas. Allí convivían oidores, abogados, regidores, comerciantes, hacendados, religiosos, artesanos, mercachifles, verduleras, indios yamaconas, cargadores, aguateros y esclavos. Este reducido radio urbano de costumbres rígidas, era influenciado absolutamente por el clericalismo y sus formulismos, aunque en el fondo las pasiones sacudían sus temperamentos disimulados por la cortesanía.

Las cúpulas de la sociedad la formaban el presidente de la Audiencia y el arzobispo, quienes no siempre se encontraban relacionados armoniosamente. El presidente tenía más

autoridad, pero el arzobispo, más popularidad. Infantas señoriales tuvo esa ciudad desde los primeros años. El cronista Pedro Ramírez del Aguila que vivió varios años en ella, escribió en 1638: «Los conquistadores edificaron muy buenas casas, magníficas para aquellos tiempos, con torres y todos los cumplimientos de casas solariegas que hasta hoy se conservan. las casas principales ostentaban salones y cuartos suntuosos, adornados de artesonados dorados, portales, ventanas y esquinas de ladrillos con arquitectura variada: jónica, corintia y compósita. La construcción de adobes con techos de tejas se componía de dos plantas con jardines, galerías, patios con corredores y arquerías.

«Se amoblaban y adornaban con muebles de ébano e incrustaciones de marfil y carey. Alfombras, cortinajes, doseles, sillas de vaqueta de Moscovia, taburetes de terciopelo, bufetas de plata, perfumadores y braseros.» El cronista continúa diciendo que «tienen costosas pinturas traídas de España y Roma y lienzos de pintores de la tierra que son muy buenos (...). Toda la gente, aun la española ordinaria, como en vajilla de plata.» Viene al caso comentar cómo se vivía en Potosí, la Villa Imperial. «Para los favorecidos de la fortuna había de todo. Llegaban artículos de todas partes del mundo. De Francia, sombreros de castor y todo género de lencería; de Flandes, tapicerías, espejos, láminas, cambrajes y variedad de lencería; de Holanda, mantelería; de Alemania, espadas de acero; de Génova, papel; de Ceilán, diamantes; de Calabria y Pulla, sedas; de la Toscana, paños bordados; de Milán, puntas de oro; de Venecia, vidrios y cristales; de Inglaterra, batista, sombreros y tejidos de lana; de Chipre y Candia, y de las costas de Africa, cera blanca; del Asia, marfil; de las Indias Orientales, cristales, careyes, marfiles y piedras preciosas; de Arabia, aromas; de Persia, El Cairo y Turquía, alfombras; de Tennerate, Malaca y Goa, almizcle, algalia, loza blanca y variedad de especias; de Méjico, cochimilla, añil, vainilla, cacao, pimentas; de Margarita y Panamá, perlas y aljófar. Metales de Chichas, Oruro, Berenguela, Cailloma, Puno, Porco, Aullagas, Ocuri, Chicaya; azogue de Huancavelica; de los valles circunvecinos de Pitantora, Cochabamba y otros, botijas de vinos y aguardiente; azúcar de Cuzco, Abancay, Huamanga, Trujillo; del Paraguay, la popular yerba; tabaco de Brocamoros, Cuenca, Loja, Turcar, Tarija y otros puntos; de Atacama y Arica abundante pescado de mar; de los rios de Charcas, sábalos, dorados, boguillas y otros pescados menudos; de Tucumán, ganado vacuno, cecinas, millares de mulas y bravos toros para las corridas; de Chile y Cochabamba, hermosos caballos.»¹

En esta ciudad —centro principal de la economía y la mayor fuente de ingresos de la corona española en América— las peleas

continuas de vascongados, andaluces, extremeños, manchegos, vizcainos, todos españoles en aras del poder y la riqueza, contribuían a levantar los ánimos ya exaltados de sus habitantes.

Por otra parte desde hacía casi dos siglos, los chiriguanoes hostilizaban permanentemente en una lucha frontal, ya que, como bien se dice, fueron maestros en el arte de la guerra de guerrillas, con la notable diferencia que eran llamados «los come gentes», porque tal cosa ocurría. Es harto conocida la fama de los bellicosos chiriguanoes.

En este marco de pasiones y luchas, nace en Potosí Magdalena Téllez.

Hija de padres distinguidos y de fortuna, había sido dotada de singular belleza. Tanto, que se decía que entre las jóvenes de su tiempo «brillaba como el sol entre las estrellas». Orgullosa y soberbia, demostraba una indomable fiereza. El cronista Bartolomé Arsans de Ursúa y Vela la atribuyó a que cuando niña había sido amamantada por una india chiriguana.

Dicen que su primer matrimonio duró muy poco, siendo el elegido don Juan Lazcano. En segundas nupcias se unió a «un caballero noble, apacible y de angelical condición», llamado don Alonso de Escóbar. Según el historiador de Sucre, Roberto Querejazu Calvo, por razones ignoradas, ella castigaba a su marido negándole toda conversación, mesa y lecho, haciéndolo dormir en un balcón al aire libre. El clima gélido de Potosí lo condujo a una pulmonía, falleciendo prematuramente.

Tal como en el cuento de la Cenicienta, se comentaba que un día doña Magdalena mirándose al espejo, se decía a sí misma: «Hermosa eres Magdalena. El oro y la plata te sobran. Tienes joyas, esclavos, tierras. ¿Qué te falta?» Un vizcaíno que la servía de fiel escudero y la conocía desde muy niña que estaba presente le contestó: «Te falta juicio, Magdalena». La joven lo persiguió por la casa armada de un alfanje.²

Un día martes de semana santa del año 1660, tuvo un fuerte cambio de palabras con doña Ana de Robles de Sanz de Baeza, porque quería para ella un asiento en la iglesia que aquélla también pretendía. Cuando Magdalena insultaba a viva voz a doña Ana, fue escuchada por el marido de ésta, don Juan Sanz de Baeza, quien tapó la boca de Magdalena con una sonora bofetada. El escándalo fue aplacado por los sacerdotes, quienes intervinieron antes de que el incidente pasara a mayores. Si bien los ánimos se calmaron, doña Magdalena condenó a muerte en su fuero interno a Baeza.

No sabía de qué manera podía llegar a matarlo. Pidió a sus hermanos que la vengaran, pero ellos se negaron a hacerlo. Entonces, salía de noche vestida de hombre, armada de espada y rodela buscando al enemigo. La cólera que la

consumía no podía apagarla por falta de oportunidad.

Fue entonces cuando aceptó los avances amorosos del noble vascongado don Pedro de Urruchúa. Para casarse con él le impuso la condición de que matase a quien tanto odiaba. Urruchúa —su tercer marido— fue esquivando el bulto, lo que provocó en ella tal furia que determinó su muerte.

Un día que él salió a cazar con perros y halcones, ella quedó en la casa de la chacra donde vivían en Tarapaya —a pocos kilómetros de Potosí— planeando su asesinato en

compañía de dos esclavas negras. Al anochece, llegó el cazador cansado y, habiendo comido un poco, se acostó. Ella simuló que rezaba en el pequeño oratorio del dormitorio. Cuando se aseguró de que él dormía profundamente, llamó a las esclavas y entre las tres dieron fin a su vida a cuchilladas y golpes.

Magdalena pretendió luego que el capataz Lucas de Campos cargara con el cadáver en mula y lo desbarrancara para simular un accidente. Lejos de acatar su orden, el capataz salió al galope a Potosí para dar cuenta a las autoridades.

Cuando el corregidor se presentó en la casa para detenerla acompañada por varios vascongados amigos del finado marido, los enfrentó desafiante diciéndoles: «Soy criolla, enemiga vuestra».

En la cárcel alguien la previno de que sus hermanos se juntarían con otros criollos para liberarla. Magdalena les hizo decir que no los reconocía como parientes y que la dejaran en paz.

El proceso debía ser ventilado en la Audiencia de Charcas, por lo cual fue sacada de noche de la cárcel potosina en silla de manos. Ya afuera se la montó en una mula y así tuvo que recorrer unas treinta leguas que llevarían unos días de viaje.

Ninguna de las detenidas había confesado la verdad. Las esclavas fueron sometidas a tormentos para lograrlo. Se impuso a las tres la pena de muerte, la que debía ser concretada el 14 de diciembre de 1663. Ese día la población despertó alborotada. La mayoría se sentía solidaria con Magdalena por ser mujer y porque



su condición social infundía natural respeto. Era criolla.

El arzobispo del Gaspar de Villarroel, interpretando el sentir popular, acudió muy temprano a la sede de la Audiencia donde estaban reunidos los oidores la mañana de la ejecución. Pidió que se conmutara la muerte de la señora Téllez. Presentó un recibo de los oficiales de la Caja Real que probaba que habían depositado 25.000 pesos recolectados en la ciudad para salvar su vida. El presidente don Pedro Vázquez de Velasco y los ministros Joseph del Corral Calvo de la Banda, Andrés de Garavito y León Antonio Díaz de San Miguel, aplazaron su decisión hasta el día siguiente. Volvieron a reunirse a las 24 horas. Calvo opinó que no podía aceptarse ninguna suma de dinero para alterar el fallo de la justicia. Díaz de San Miguel fue de la misma opinión. Garavito de León se declaró a favor de la gestión del arzobispo para evitar una

conmoción popular. El presidente emitió su juicio en el mismo sentido. Empate a dos votos por bando. Se resolvió finalmente, elevar consulta al virrey de Lima.

Los pliegos tardaron dos meses en ir y venir. Magdalena continuó en la cárcel de la Audiencia celosamente custodiada, dando muestras de resignación y hasta de humildad, pero nunca de arrepentimiento, actitud mantenida durante los tres años y meses desde su detención hasta el cumplimiento de la sentencia.

El virrey actuó como Poncio Pilatos. Nada tenía que ver en un asunto de justicia que era exclusivamente competencia de la Audiencia de Charcas. Correspondía a ese tribunal, actuar conforme a derecho, aplicando la ley estrictamente sin necesidad de hacer consultas a ninguna autoridad superior.

Los ministros Joseph del Corral Calvo y Antonio Díaz de San Miguel, retiraron sus fallos de mediados de diciembre. El presidente Pedro Vázquez de Velasco y Andrés Garavito y León, retiraron sus votos de aceptación del donativo popular a favor de la corona y se decidieron por la ejecución de las sentencias de muerte.

Y llegó el día de la ejecución. Doña Magdalena y una de sus esclavas subieron al patíbulo y sucumbieron en el ajustamiento con el collar de hierro en sus gargantas, ante el silencio profundo del pueblo que sólo se interrumpía en sordina, apenas perceptible, por el musitar de oraciones y el sollozar de la mayoría de las mujeres.

La sentencia a la segunda esclava quedó suspendida porque se encontraba embarazada. No se consideró justo que la criatura que llevaba en su vientre, que era completamente inocente del crimen, sufriera la misma desgracia que su progenitora.

No obstante, al día siguiente del parto, la flamante madre todavía débil, tuvo que subir al patíbulo para ser agarrada.

Si bien el destino trágico de Magdalena era previsible, dado su temperamento desbordante, sin embargo, no pudo jamás saciar el ansia de terminar con la vida de su ocasional enemigo don Juan Sanz de Baeza, quien tapara su boca de una bofetada aquel martes de semana santa de 1660.

NOTAS

1 Y 2. BARTOLOMÉ ARSANS DE URSUA Y VELA, *Historia de la villa Imperial de Potosí*, 3 tomos, Providence, 1965.

L'Equipe[®] Gymnase

Cuerpo y mente en movimiento

ELEGANTEMENTE EUROPEO

Grupos Reducidos
Clases mixtas

GYM AEROBICS LOCALIZADA
 STEP MODELADORA

Complementos Aparatos y pesos
Escuela Aerobica de Competición
GIMNASIA MASCULINA

TAE KWON DO Infantil y adultos
Kung Fu Oficial y Afectivo

BOX RECREATIVO ambos sexos
CLASES DE BALSA Y RITMOS TROPICALEZ
YOGA

Gym Para Nenas y Jovencitas

ACROBACIA Y MALABARISMO

SOLARIUM: Camas Solares y Faciles - Terraza

SAUNA
SOLARIUM



Paraguay 1589 esq. Montevideo - Buenos Aires - Tel. 814-2285

**Cuando
los especialistas
hablan de "Fuentes
bien informadas"
es porque antes leyeron
El Economista.**

**Todos los viernes
en su quiosco**

El Economista
alguien en quien confiar

Entrevista a:

HORACIO GIBERTI



Aquellos que no valoraban
la tecnología, atacaban al INTA

por Roy Hora y Javier Trumboli

Horacio Giberti es un nombre de referencia en los estudios agrarios. Su *Historia económica de la ganadería argentina (1954)* fue durante décadas el trabajo de referencia para el estudio del desarrollo ganadero en la región pampeana. Autor de varios libros y trabajos, entre los que también se destaca *El desarrollo agrario argentino (1964)*, Giberti no sólo es conocido por sus contribuciones al conocimiento de los problemas de la economía agraria argentina, sino también por su acción al frente de distintos organismos públicos. Asesor de la Sociedad Rural, presidente del INTA y Secretario de Agricultura, Giberti combina a lo largo de su vida la reflexión académica y el interés directo por solucionar los problemas de la economía agraria argentina. Sobre la relación entre estas dos facetas de su vida le preguntamos en este reportaje.

Cuéntenos por qué se interesó por la agronomía, y cómo se despertó su interés por la historia agraria.

Soy de una familia netamente urbana, pero de joven me vinculé con un amigo de la familia que era ingeniero agrónomo. Allí me empezó a entusiasmar el tema agrario, y decidí estudiar en la Facultad. Me recibí de ingeniero agrónomo en abril de 1942, pero ya antes me había ido interesando por la economía agraria como estudiante y luego de egresado me fui interesando cada vez más. No encontré explicación satisfactoria a muchos de mis interrogantes en los libros que consulté. En 1946 prácticamente me dejaron cesante en el Ministerio de Agricultura, donde trabajaba, así como también a mi mujer. Una de las cosas que salí desesperadamente a hacer, para no morir de hambre, fue cumplir con un pedido que me había hecho una editorial de escribir un libro de unas cien páginas del panorama agropecuario. Pensé que un capítulo de unas diez páginas sería sobre la evolución agropecuaria, pero al introducirme más sistemáticamente aumentaron las dudas que tenía. Nunca escribí ese libro, pero como estaba forzosamente desocupado hice una requisita bibliográfica mucho mayor de la que hasta entonces había realizado, y empecé a tomar apuntes sobre cuestiones históricas de la ganadería, desde el punto de vista de un agrónomo que se pregunta por cómo se desarrolló la producción agropecuaria. Así, sin tener la menor noción de historia, y sin ser historiador, empe-

cé a incursionar en la historia. Mucho después, cuando había normalizado mi situación económica, Ricardo Ortiz, que estaba vinculado con el Colegio Libre de Estudios Superiores, me ofreció dar un curso de cuatro clases sobre el desarrollo agropecuario. Luego me ofreció dar otro curso sobre la historia de la ganadería. De allí nació la primera versión de la *Historia económica de la ganadería argentina*, porque ese curso me brindó la oportunidad de sistematizar todos los apuntes que tenía. Eso sucedía en 1952; en 1954 se publicó la primera versión del libro.

El libro tuvo, desde entonces, acogida favorable, y larga vida.

El contexto actual es muy distinto del de aquellos años. Ahora hay una verdadera historia económica, y la historia agraria tiene bastantes historiadores preocupados por el tema. Entonces no había ninguno; creo que después del mío sólo hubo algunos estudios que apuntaban a hechos puntuales, como los de Montoya y los de Sbarra. Un panorama histórico tardó mucho en hacerse; de allí que mi libro haya tenido una vida más larga de la que era predecible.

¿Cuándo le parece que surgió ese nuevo panorama en historia agraria?

Creo que tengo cierta culpa en que ese nuevo panorama se haya demorado mucho. Mi libro por primera vez hace una sistematización, al mismo tiempo que logra armar un panorama de los distintos períodos del desarrollo agropecuario. Creo que ese ordenamiento sirvió bastante, ahorrándole trabajo a bastante gente. Sólo mucho después, en los sesenta y setenta, comienzan a aparecer estudios panorámicos, aunque puntuales los hubo antes y buenos. Creo que Tulio Halperín Donghi hizo aportes contextuales, que más que nada contribuían a ubicar lo agropecuario en el panorama nacional. En lo más estrictamente agropecuario, los trabajos de Hilda Sábato (*Capitalismo y ganadería: la fiebre del lanar*), los de Jorge Sábato (*La clase dominante en la Argentina moderna*), explicando los móviles de la clase dominante, o los de Alfredo Pucciarelli (*El capitalismo agrario pampeano*), creo que fueron aportes significativos. Esto no quiere decir que esté de acuerdo con todo lo que dicen, pero son verdaderos aportes.

Entrevista a: **HORACIO GIBERTI**



En otra charla que tuvimos con usted, contó que había trabajado en la Sociedad Rural, y había sido uno de sus primeros técnicos.

En esos años, yo era un flamante casado, había alquilado un departamento... Cuando perdí mi trabajo en el Ministerio en el 46, me empecé en no salir de la profesión, pero había poco espacio para seguir en ella. Las pocas empresas que entonces contrataban técnicos no tenían intenciones de enemistarse con el gobierno y no iban a contratarme. Pasé más de un año haciendo cualquier cosa, pero lo que hacía no me alcanzaba más que para no pedirle mucho dinero a mi padre. Di clases de química, traduje un libro de genética, hice peritajes... Felizmente, al tiempo mi mujer consiguió trabajo en la empresa que elaboraba el DDT y entonces las cosas empezaron a mejorar.

Cuando Martínez de Hoz (el padre del que fue Ministro de Economía en el Proceso) asumió la presidencia de la Sociedad Rural, decidió reestructurarla. Hasta entonces, la Sociedad Rural había tenido un solo asesor, para asuntos impositivos. Martínez de Hoz reestructuró la biblioteca, contrató un bibliotecario profesional y personal capacitado. Decidió también reestructurar las asesorías. Para ello necesitaban un asesor agrario, uno veterinario, uno impositivo y uno legal. El primer asesor agrario no fui yo, sino el ingeniero Ringuélet, con el que finalmente no se llevaron del todo bien. Ringuélet no era socialista, pero era de ideas afines al Partido Socialista, y les proponía cosas que estaban bien dentro de la plataforma del Partido Socialista, pero que en la Sociedad Rural no funcionaban.

Creo, de todos modos, que la inclusión de

Ringuélet fue deliberada. Cuando Martínez de Hoz asumió, la Comisión Directiva anterior, que poco tiempo antes le había organizado una silbatina a Perón en la Exposición de Palermo, quedó muy descolocada. Perón amenazó nacionalizar los registros genealógicos, que son la fuente económica de la Sociedad Rural, así como una fuente de prestigio. Como suele suceder en esas instituciones, se pensó en cambiar la Comisión Directiva, poniendo una que estuviese bien vista por el gobierno. Entonces renunció la de la silbatina y asumió una nueva que se procuró que no estuvieran ni muy mal con la masa societaria, que la tenía que apoyar, ni con Perón. Uno de sus líderes era Martínez de Hoz, que tenía el prestigio de haber sido, junto con Pedro Pagés, el que encabezó ese cambio grande que hubo en la Rural cuando, en los años veinte, estuvieron contra los frigoríficos extranjeros. Haber luchado contra el monopolio inglés era el título que usaba el nuevo presidente. Varios de la Comisión Directiva eran de ese tipo de gente: Jorge Pereda, José Sojo, etc. Se me ocurre que como parte de esa estrategia, pensaron que los asesores podían ser figuras no tradicionales. Hasta entonces, los asesores de la Sociedad Rural eran hombres de las grandes familias tradicionales, y no los que figurábamos sólo en la guía telefónica.

Creo que por esta razón me propusieron a mí como asesor, en 1948. Fue un poco tocar el cielo nuevamente, porque hacía un año y medio que estaba en la vía. Entonces la Sociedad Rural tenía un comportamiento muy distinto del actual, porque procuraba defender sus principios sin oponerse al gobierno. Uno de los objetivos de la gestión era recomponer las relaciones con Perón. Si bien mi posición allí no era muy de mi gusto, no podría decir que tuve grandes problemas de conciencia. No se discutía la intervención del estado, ni cosas por el estilo, ya que se habían aceptado. Simplemente, se procuraba que todo fuese lo menos duro posible para la Sociedad Rural. Cuando después del 55 cambiaron las autoridades, cambié mucho mi ubicación; empezaron a ignorarme, hacían estudios y no me consultaban, etc. Entonces ofrecí mi renuncia, pero no sé por qué no me la aceptaron. Cuando se creó el Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria (INTA), me ofrecieron presidirlo. Entonces sí me fui, en el 58, luego de haber estado diez años como asesor.

Quiero agregar una anécdota, porque es

ilustrativa de cuánto puede influir una persona en una entidad. Si ustedes ven las Memorias de la Sociedad Rural de ese período, van a encontrar más de una vez anotaciones y comentarios que yo hacía, por ejemplo, sobre lo regresivo que era el proceso agrario porque la estancia sustituía a la chacra, es decir, porque la ganadería reemplazaba a la agricultura. Eso fue publicado en la Memoria de la Sociedad Rural. Yo no sé si ellos la leían, pero que la Sociedad Rural diga que es un proceso regresivo que la estancia sustituya a la chacra me parece que no compatibiliza mucho con lo que pensaban. Una de mis últimas intervenciones como asesor fue hacer un comentario sobre la creación del INTA, que salió en la Memoria. Yo me manifestaba de acuerdo con el INTA, y la Comisión Directiva, al incluir en la Memoria lo que yo había escrito, lo estaba haciendo suyo. Tiempo después, durante mi presidencia en el INTA, cuando las entidades agropecuarias se manifestaron en su contra por rechazo a la cuestión impositiva y por resistencia a la introducción de tecnología —porque su idea dominante al respecto era «qué me van a enseñar a mí que hace años que estoy en el campo»— una vez le escribí una carta a la Sociedad Rural diciéndole que no entendía por qué combatía al INTA si es que en la Memoria del año tal se había manifestado de acuerdo con su creación. ¡Me contestaron con una carta, que todavía conservo, diciendo que eso había salido en la Memoria, pero que había sido escrito por mí, y no por la Sociedad Rural!

Estos comentarios son ciertamente jugosos, porque muestran, más allá de lo anecdótico, cómo a veces funcionan las instituciones, incluso las de gran tradición...

Vistas desde fuera, las instituciones parecen monolíticas. La Sociedad Rural parece que siempre ha defendido determinadas posiciones, pero a veces se producen cosas como éstas, inexplicables...

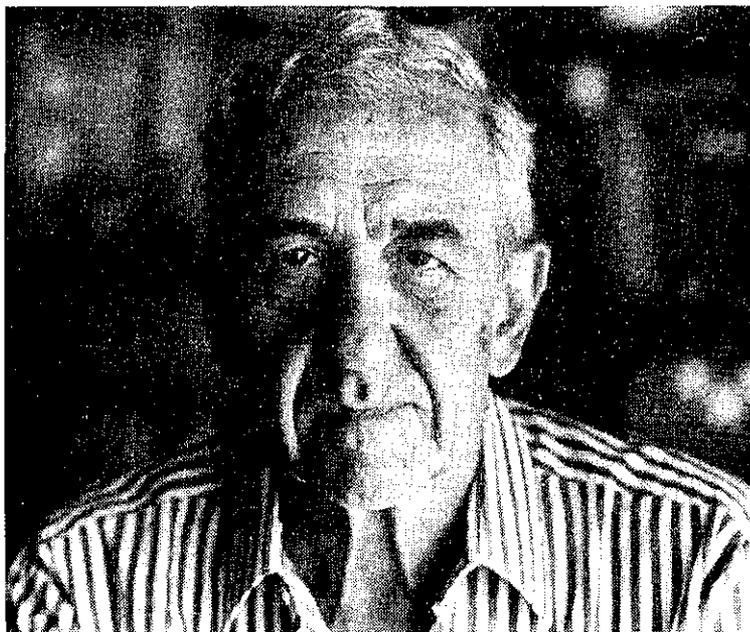
Usted decía que a Ringuet la Sociedad Rural finalmente lo había hecho dar un paso al costado. ¿Por qué le parece que a usted lo soportaron tantos años?

Creo que en el primer momento del peronismo, la Sociedad Rural hizo todo lo posible para que no salieran cosas como la Ley de Arrendamientos, el Estatuto del Peón, los precios máximos, etc. Ese fue el momento de mayor conflicto con el peronismo.

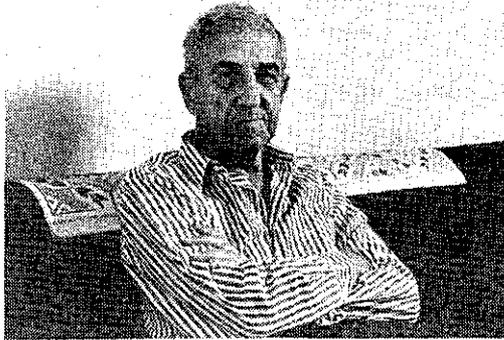
Cuando yo ingresé a la Rural, ya habían digerido los tragos más amargos del nuevo gobierno, y habían aceptado el peso de los hechos. Cuando asumí, se trataba de mejorar las relaciones; ya aceptaban la derrota frente al peronismo, y dentro de la derrota, trataban de sacarla lo más barata posible.

Cuente su paso por el INTA, así como el diagnóstico que allí hacían de los problemas de la economía agraria argentina, y cómo intentaban solucionarlos.

Quien me propuso incorporarme al INTA fue Rogelio Frigerio. Yo entonces, además de ser asesor de la Sociedad Rural, lo era de la CGE. En una cena de Frigerio con la CGE, nos conocimos personalmente, y me propuso manejar el INTA. Frigerio me propuso porque me veía como una persona que había estudiado el problema agrario, y que insistía en los aspectos ligados a la tecnificación. Fue una cosa rara que yo fuera presidente del INTA; que un economista estuviera en la presidencia de un organismo técnico era inaudito, aunque quizás era lo más lógico. En ese entonces, el INTA no tenía ningún aparato técnico en economía. La economía agraria entonces no existía; algunos de nosotros nos denominábamos economistas agrarios, pero no teníamos ninguna formación académica en economía. De la economía pura había pocos que incursionaban en la rama agraria; los ingenieros agrónomos tenían poca capacitación en economía, porque primaba la idea de que sólo debían ser buenos admi-



Entrevista a: **HORACIO GIBERTI**



nistradores agropecuarios. Por esta razón, una de las cosas que yo apoyé mucho en el INTA fue la formación de economistas agrarios, trayendo recursos humanos desde el exterior. Ante la pregunta por el enfoque económico del INTA, tengo que decir que no tenía ninguno firme. La tecnología estaba enfocada como una cuestión totalmente técnica, que tenía poco que ver con la economía. El que le dio un poco de tinte económico fui yo. La tragedia del INTA es que yo hubiera querido que tuviese un plan de trabajo insertado en un plan nacional; no había plan nacional, por lo que el plan de trabajo del INTA quedaba supeditado a las ideas de personas que no tenían, en su mayor parte, ningún enfoque económico. El INTA se manejó con las ideas que al respecto podía tener yo, discutidas y conversadas en el Consejo Directivo, pero sin mucho más.

Tengo un muy buen recuerdo de ese Consejo, incluso del representante de la Sociedad Rural, Menéndez Behety, de quien podría decirse que era un representante típico del gran latifundio, dueño de media Patagonia y de la compañía de aviación Austral. Recuerdo que incluso Menéndez Behety se peleó por mí con el presidente de la Sociedad Rural, Faustino Fano. En uno de tantos cambios de ministro de esa gestión de Frondizi, Fano le pidió a Malaccorto, que era entonces el secretario de Agricultura, que me sacara de la presidencia. Fano no le avisó esto a Menéndez Behety. Malaccorto, con el que yo no tenía ninguna afinidad ideológica, posiblemente se molestó porque le pareció una imposición. Le dije a Malaccorto que estaba dispuesto a renunciar si él me lo pedía. Malaccorto delante mío tomó el teléfono, llamó al presidente de

la Rural y le dijo un poco de todo. Luego Menéndez Behety se peleó con Fano cuando se enteró de que había pedido mi renuncia sin consultarlo, y también me apoyó. Ello hizo que la Sociedad Rural tuviese más bronca que nunca.

¿Cómo registraban los problemas de los productores, y cómo planificaban la actividad del INTA?

Nosotros en el INTA resolvimos la creación de Consejos Locales en cada estación experimental. Los Consejos eran el instrumento que nosotros utilizábamos para hacernos llegar las preocupaciones de cada zona, y se formaban con representantes de las entidades que allí existían. Esa era un poco la forma en que nos llegaban los problemas; los planes de trabajo surgían más de abajo para arriba que de arriba para abajo, porque no podríamos decir que había una orientación explícita que decía que había que hacer tal cosa o tal otra. En un gobierno que tenía muchos problemas, y en el que era más importante con quién uno se ubicaba que las razones que esgrimía para ello, buscar orientaciones oficiales en el Ministerio de Economía no siempre era posible o apropiado. Por otra parte, el Ministerio pensaba que la tecnología era algo exclusivamente técnico. De manera que nos movimos con libertad, en parte porque el INTA no era considerado un instrumento importante. Los políticos desconocían la existencia del INTA. En ese entonces, todavía se consideraba que un productor agropecuario adquiría sus conocimientos por vía de herencia. Hoy es cada vez más evidente que un productor agropecuario se forma técnicamente. Con ese enfoque, muchos creían que la tecnología tenía poco que hacer.

¿Qué cree que fue lo que despertó la animación de la Sociedad Rural hacia usted y hacia el INTA?

Hace no mucho el diario *La Nación* publicó un editorial en el que decía que todo el sector agropecuario había apoyado entusiastamente la idea de crear el INTA. Yo le mandé una carta diciendo que no era así y le detallé todos los reclamos de las sociedades rurales y entidades agropecuarias del país que habían protestado contra el INTA. Esto era fundamentalmente porque el INTA establecía un impuesto sobre las exportaciones del 1,5 por ciento, que creo no les rebajaba a los productores ni el 0,5 por ciento de su ingreso. Sigo creyendo que la

lucha verdadera debía ser por otras cosas, como la transparencia del aparato comercial, pero lo cierto es que hubo una oposición cerril que surgía de que entonces no se valoraba la técnica como algo indispensable para la producción.

Había también dos personas en la Sociedad Rural que políticamente no me tragaban, y que tenían cierto peso en la Comisión Directiva. Entonces, la Sociedad Rural empezó a difundir por cuanto lugar había que yo era un peligroso comunista. El *Economic Survey* estuvo también contra el INTA; decía que el INTA era un desastre. Un día publicó una nota sobre una compra de semillas que hicimos en un semillero de Estados Unidos y la partida salió mala. El semillero la repuso, pero ellos hicieron un escándalo. Al día siguiente que renuncié, en 1961, cuando colocaron un presidente amigo de la SRA en el INTA, el *Economic Survey* dijo que con ese cambio el INTA ya había empezado a funcionar bien.

Yo no digo que fuera muy buen presidente, y que el siguiente no fuera mejor que yo, pero ningún cambio de autoridades puede modificar radicalmente, ni al día siguiente ni en cinco meses, la acción profunda de una institución. Era una cosa personal.

Hubo también otros ataques, provenientes de los mismos sectores. Peralta Ramos, el dueño de *La Razón*, publicaba habitualmente notas contra el INTA. Peralta Ramos también escribía habitualmente contra el INTA en un periodiquito que no sale más, *Edición Rural*, y en *Correo de la Tarde*. Llegó una vez al INTA una nota de un hombre de importancia que decía que el INTA era el colmo de la burocracia porque había ido a la estación de Anguila, en La Pampa, y se encontró que tenía doce peones, y que una estancia de ese tamaño él la manejaba con tres. Ello indicaba que no tenía la menor idea de lo que estaba diciendo, porque las estaciones experimentales requieren gran cantidad de mano de obra. Ese era el criterio con el que valoraban las cosas: no tenían idea del valor de la tecnología.

Quiero agregar que cuando nació el INTA, también fue combatido acerbamente por la Facultad de Agronomía de la Universidad de Buenos Aires. Un grupo de gente propuso que el INTA fuese nada más que un distribuidor de becas, una especie de CONICET, que no hubiera un organismo que estudiara e investigara. De modo que la estructura académica agronómica no estuvo tampoco muy feliz.

Volviendo sobre el tema de la SRA y los grandes terratenientes, ¿por qué le parece que los grandes terratenientes entonces eran reacios a incorporar tecnología y modernizar sus exportaciones?

Creo que ellos eran más terratenientes rentísticos que productores agropecuarios. Como productores agropecuarios, eran amigos de una producción extensiva sin muchos dolores de cabeza. Entonces, en varias oportunidades señalé que las explotaciones más grandes tenían, a igualdad de calidades de suelo, un manejo mucho más extensivo de la tierra. Hoy es distinto.

Los datos del Censo Agropecuario de 1988 publican por primera vez información al respecto y resulta que los principales adoptantes de las técnicas más avanzadas son las grandes explotaciones. En este sentido, el panorama ha cambiado bastante, porque ha cambiado el contexto económico. Hoy la tenencia de tierra subutilizada es imposible por el aumento de los costos fijos y la mayor carga impositiva. Hoy los grandes productores son verdaderos empresarios rurales, pero antes no lo eran; apuntaban más a la renta o a una explotación extensiva que a ser empresarios.

La imagen que uno a veces tiene del gobierno de Frondizi es la de una gestión que, con mucha más fuerza que las anteriores, quiso planificar la economía. Preocupada por el desarrollo, esa gestión parecía dispuesta a indicar los rumbos por los cuales debía desarrollarse la economía, estimulando a los agentes económicos para que la Argentina creciera más rápido de lo que había venido creciendo en el pasado. Lo que usted cuenta sobre el INTA parece dar otra imagen, donde esto no era tan así, en la que la planificación estatal parecía tener muchos baches y agujeros.

Creo que al principio se aspiraba a manejar la actividad económica. Creo también que no ubicaban bien el papel esencial de la tecnología agropecuaria; a esto no le daban mucha importancia. Al poco andar, Frondizi tiró por la borda esa orientación. Cuando lo nombra ministro a Alsogaray, comienza a hacer una política de mercado. La idea de orientar la economía entonces desaparece totalmente. Habría sido a lo sumo un período de un año en el que se intentó orientar la economía en un gabinete, que por otra parte, tenía fuerzas muy dispares, que no se ponían de acuerdo sobre hacia dónde había que orientarla.

Entrevista a: **HORACIO GIBERTI**



que orientarla.

Yo, que al aceptar el cargo había pedido apoyo político, respondiéndome que lo que yo pidiera estaba hecho, al poco andar me encontré en el aire, sin ninguna fuerza política. Tuve la suerte, sin embargo, de tener un Consejo Directivo que dentro del INTA me apoyó mucho.

El Consejo estaba constituido por un representante de CONINAGRO, otro de CRA y otro de la SRA. A Menéndez Behety, el de la SRA, lo conocía desde antes. Menéndez Behety era un poco loquito. Sin pensarlo mucho se lanzaba; si uno le caía bien, lo apoyaba, más por la persona que por el valor de los argumentos. Los otros, el representante de la CRA, y el del CONINAGRO, también estaban muy conscientes de la importancia del desarrollo tecnológico, y me ayudaron mucho.

Ellos, en realidad, luchaban contra sus propias organizaciones, porque muchos hombres de CRA —pero no su presidente Otamendi— hablaban pestes del INTA, como también lo hacían los de CONINAGRO. De este modo, tuve la situación excepcional de poder orientar al INTA con el apoyo de los representantes de las instituciones que, como tales, hablaban mal del INTA. En circunstancias normales hubiera dicho que esos hombres no eran representantes legítimos, porque no expresaban a sus bases, pero en ese momento les reconocía plena validez y hacía que de arriba para abajo, los hombres de esas entidades apoyaran al INTA. Fue un apoyo totalmente desinteresado y pleno a una política de desarrollo agropecuario. Junto con la ayuda de todo el personal del INTA, en poco tiempo se pudo formar una institución de valor. Toda esa

resistencia contra el INTA al cabo fue buena, porque los técnicos se sintieron cohesionados por la presión externa y necesitados de demostrar a la gente que valían y que su acción era efectiva. El INTA trabajó mucho y produjo mucho; hoy la situación es totalmente distinta: hay un gran deterioro salarial, se aflojaron las dedicaciones exclusivas, etc.

¿Cómo llegó a la Secretaría de Agricultura en el gobierno peronista?

Lo que menos pensaba era que iba a llegar a ser secretario. Desde tiempo atrás era el asesor de la CGE y como tal participé del nucleamiento de la CGE-CGT, que elaboraron juntos las famosas Coincidencia Programáticas. La parte agropecuaria de las Coincidencias, que fueron en buena medida la plataforma del gobierno del 73 en adelante, en gran medida la elaboré yo. Sin embargo, el secretario de Agricultura debió ser una persona de la Federación Agraria, y debió ser Humberto Volando. Pero Volando no aceptó y surgió otro directivo, un viejo funcionario de la Federación, el ingeniero Strólogo. Strólogo estaba muy lejos de las ideas contenidas en las pautas programáticas, porque era cerradamente gremialista. Para él, todo consistía en lograr el más alto precio posible, y le importaban poco las relaciones de precios con los otros sectores. Una de las primeras medidas del nuevo gabinete fue bajar el precio del novillo, que estaba disparatadamente alto, lo que implicaba un aumento extraordinario del costo de vida. Strólogo hizo un escándalo, y la Federación Agraria tampoco se portó muy bien, porque dijo que no había sido consultada, a pesar de que Strólogo era un hombre de la Federación. Finalmente Strólogo renunció.

Entonces se produjo un desconcierto, porque la Federación no quería ocupar el cargo, ya que era gremialmente complicado: es duro para un gremialista rebajar los precios, yo lo entiendo. Quedé yo intimidado a aceptar, y acepté. Durante mi paso por la Secretaría se reavivaron al máximo mis conflictos con la Sociedad Rural, que tenía íntima alianza con la CRA y CARBAP, y juntas llegaron al máximo inconcebible. Teóricamente debíamos tener el apoyo de la Federación Agraria, que nos apoyaba, pero no lo suficiente, debido a su concepción corporativa y sectorial. El gremialismo intenta siempre lograr para sus afiliados el máximo ingreso sectorial, sin importarle demasiado los efectos sobre otros sectores. Nosotros fuimos culpados de arrui-

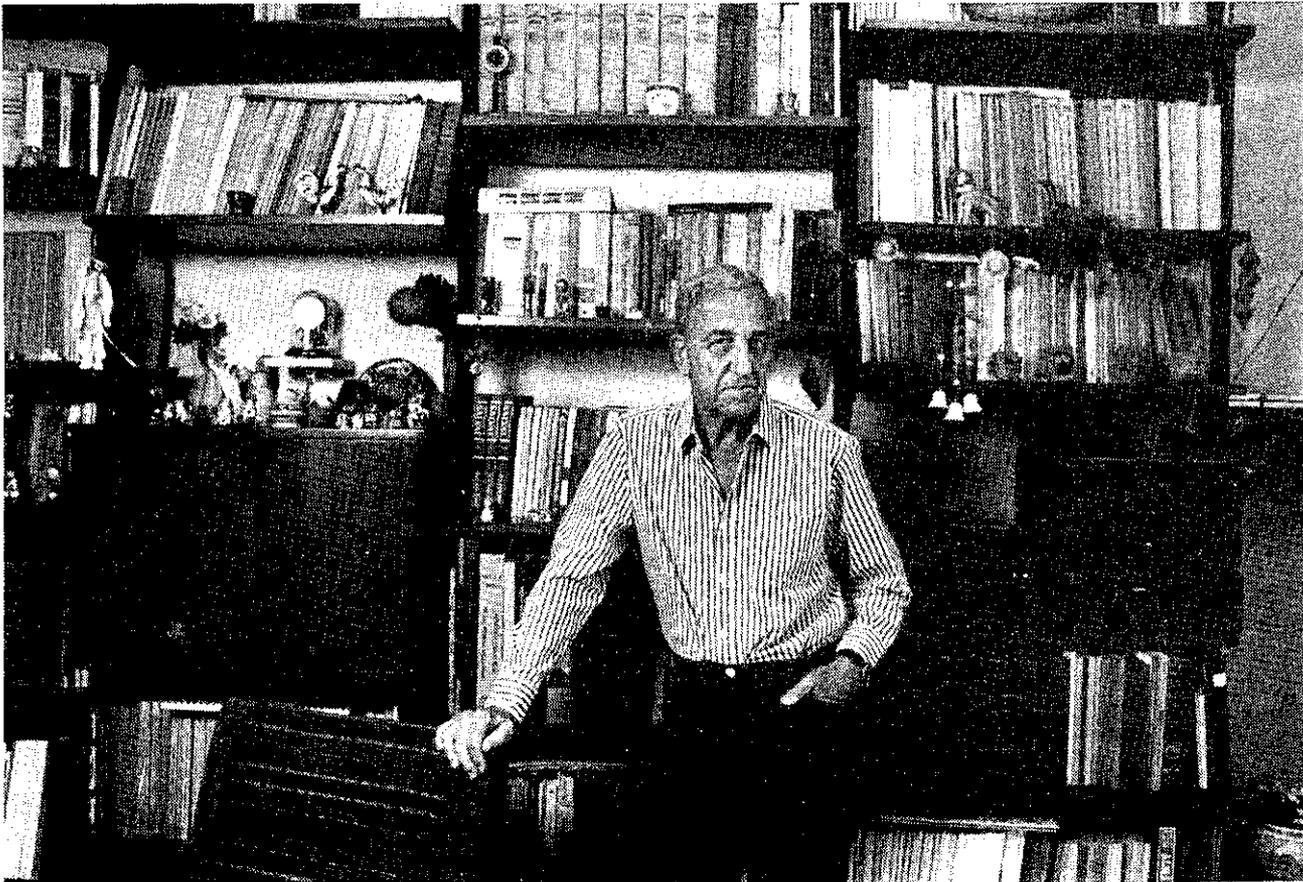
nar a los agricultores, pero la estadística que publicaba el Banco Ganadero señalaba que durante esos años, 73 y 74, el ingreso agropecuario había sido el más alto de una serie histórica que comenzaba en el año 60. En esos años, el gremialismo agropecuario no hizo una crítica constructiva, y se opuso tenazmente a cosas razonables. Renuncié, junto con todo el gabinete económico, cuando comenzó el reinado de López Rega, porque con él nuestra política económica era imposible. El Ministerio de Economía tenía 350 proyectos de decretos parados, que nunca iban a salir, así que renunciábamos en bloque. Al dejar el cargo, me encontré en una situación mucho peor que en 1946, porque entonces no se habían montado las Tres A, ni nada parecido. Tengo en mi colección de anónimos las amenazas de las Tres A; habían amenazado matarnos si no renunciábamos en una semana: yo era el primero, luego venían los subsecretarios, y así sucesivamente. Un día llegué acá y me bajé del auto. Había una persona esperándome en la vereda, y cuando me acerqué, me abrió con sus llaves la puerta de casa, y me dijo «pase». Mejor demostración de fuerza no podía haber. Yo le dije «gracias», y empecé a caminar, dándole la espalda. La persecución luego siguió, pero

no me mataron, creo que debido a que yo no tenía valor político.

Cuando dejé la Secretaría, logré por un amigo que me designaran asesor en el IICA, el Instituto Interamericano de Ciencias Agrícolas. A veinte días de estar afuera, el gobierno de Isabel manifestó su desagrado por mi designación. De allí en adelante intenté otras conexiones, porque entonces yo era bastante conocido en el ambiente internacional, pero como siempre se hacía antes de la designación una consulta extraoficial con el Ministerio, terminaban por no concretarse. Acá, desde luego, no podía ni soñar en trabajar. Estuve trabajando seis meses en Panamá, pero me sentía verdaderamente mal allá. Toda mi vida estudié los problemas de la Argentina, y no me hallaba intentando estudiar y resolver los problemas de los panameños. Estaba en Panamá y seguía acumulando las series estadísticas sobre la Argentina, tomaba mate y vino argentino... Finalmente me vine a la Argentina, y poco después me pude jubilar como secretario de Estado. Ese fue el final de mi carrera.

Reportaje realizado en noviembre de 1994.

Las fotos fueron realizadas por AXEL ALEXANDER.



Esta nota representa un homenaje a uno de los periodistas más extraordinarios del siglo. A él se debió en gran medida el impecable estilo que convirtió a La Nación en el diario mejor escrito de Sudamérica y al que Angel Bohigas sirvió con fervor ineludible. Y es también una forma de gratitud del autor de la nota para alguien que, sin conocerlo, se convirtió en su maestro.

ANGEL BOHIGAS, UN PERIODISTA EXCEPCIONAL



Promediaba la década del treinta cuando cierto día un amigo de mi infancia me pidió que lo acompañara hasta la casa de un familiar. Iba simplemente a buscar unos diarios. Llegamos al lugar destinado, y de pronto tuve una especie de deslumbramiento. A mí ya se me había despertado la pasión por el fútbol que el tiempo iría profundizando. Y ese deslumbramiento se produjo al ver un suplemento en huecograbado que *La Nación* publicaba los lunes con fotografías de gran tamaño de los equipos que habían participado en la jornada del día anterior.

Ese día nació *La Nación* para mí, y a partir de entonces y por muchos años se convertiría en mi exclusiva fuente de formación cultural que no tuve por ningún otro medio, ya que no sólo he sido un pésimo alumno en

Si no fue el periodista perfecto, Angel Bohigas estuvo cerca de serlo. (Todas las fotos que ilustran esta nota pertenecen al archivo de La Nación.)

la escuela primaria (todos mis pensamientos estaban destinados al fútbol), sino que, además, no tuve estudios secundarios.

La Nación fue para mí una especie de universidad. Primeramente me atrajeron las fotos de los suplementos de los lunes y, posteriormente, el estilo depurado de sus formidables crónicas deportivas. De una manera impensada, elegí la lectura de un diario que tenía por entonces la fama indiscutida de ser el mejor escrito del país y, seguramente, de Sudamérica.

Cuando no había cumplido los 15 años, ya tenía una especial devoción por esa lectura que de un modo notable fue formando mi estilo oral y escrito sin pensar en aquellos juveniles años, ni de la manera más remota, que alguna vez me convertiría en periodista. No dejaba de ser altamente sugestivo que

alguien que carecía de la más elemental formación se viera tan intensamente atraído por esa lectura, lo que era demostrativo de la especial calidad de su redacción.

UNA CRÓNICA FORMIDABLE

Cuando falleció el general Mitre, la dirección del diario dispuso un operativo destinado a cubrir integralmente todo el recorrido que cubriría el cortejo. En tal sentido, se distribuyó a varios periodistas a fin de realizar una nota acorde a la dolorosa circunstancia producida, que de modo tan profundo afectaba al diario.

Al día siguiente, una extensísima nota daba cuenta de la imponente y solemne con que se había despedido al ilustre patricio y fundador de *La Nación*. Fue entonces cuando el director del diario, por entonces el ingeniero Emilio Mitre, preguntó quién había hecho una parte determinada de una amplia crónica, de la que se destacaban con caracteres nítidos la perfección del estilo y la elocuencia de sus impresiones.

Se adivinaba la presencia de alguien hasta entonces desconocido, que dotado de una capacidad superlativa había hecho una descripción excepcionalmente elocuente del acto que le tocó presenciar. Pronto trascendió su nombre: Angel Bohigas, un joven de reciente aparición en el diario que de manera tan súbita ganaba la consideración de quien dirigía la publicación.

Ese fue virtualmente el punto de partida de una trayectoria que iría en constante superación. Para ello contaba con todas las cualidades requeridas para desempeñarse de la mejor manera en un diario que, a 26 años de su aparición, tendía a consolidarse de un modo muy especial.

Y allí encontró Bohigas ancho cauce para mostrar esas condiciones que estaban destinadas a convertirlo en un pilar solidísimo del diario.

Si aquella crónica de sus juveniles 24 años produjo una impresión tan profunda, calcúlese cuánto estaba destinado a exhibir ese estilo proverbial apenas se consolidase su experiencia y se profundizaran sus conocimientos en el manejo de sus tareas que pronto se fueron ampliando. A ello contribuyó tanto la multiplicidad que demostró, como la pasión con que las desempeñó, como si hubiese nacido para ser periodista de un diario al que ofrendó todos sus esfuerzos e ilusiones.

Nacido en 1892 en España, Bohigas ingresó en *La Nación* cuando tenía 21 años, en 1903, vale decir, que tuvo oportunidad de conocer al general Mitre, fallecido en enero de 1906. Su trayectoria ascendente le permitió llegar a ser subdirector desde 1929 hasta 1948, año en que se jubiló, si bien continuó trabajando hasta 1950. Falleció en 1962.

INFLUENCIA DE UN ESTILO

¿Podría afirmarse que la indiscutible condición de diario impecablemente escrito proviniera de la influencia de un solo periodista? Seguramente no. Un diario siempre ha contado con nutridos grupos de periodistas, según la variedad de secciones que invariablemente lo componen. Atribuir exclusivamente a uno de ellos aquella cualidad distintiva se hace impensable. Pero mi obsesión investigativa se propuso desentrañar bajo qué singulares dones el diario de Mitre alcanzó la grandeza que, en gran medida, signó mi propia vida.

Así llegué a la comprobación, a través de múltiples testimonios y documentos que me facilitó el periodista Alberto Laya, su sobrino, heredero de la riqueza expresiva de Bohigas, que fue este último quien de manera más intensa y efectiva contribuyó a formar, o cuando menos a profundizar, ese estilo.

Y esa comprobación se basó en la característica que tuvo Bohigas en su labor periodística. Era tan agotadora y pertinaz como aleccionadora. Tenía una increíble capacidad de trabajo mediante la cual leía todo el diario. Pero no lo hacía por un mero afán informativo. Lejos de ello, corregía los inevitables errores en que, por humana condición, suele incurrir el periodista. Y en cada caso, con su estilo sobrio e impecable, enviaba una nota a la sección correspondiente indicando el error y cuál era la forma correcta de redacción.

Calcúlese lo agotador de una tarea de ese tipo, realizada cotidianamente con un fervor y dedicación ineludibles, y que, lógicamente, debía provocar en los periodistas del diario un afán de emulación, o cuando menos, un cuidado especial en la redacción al saberse permanentemente vigilados por el celo incomparable de Bohigas.

Por otra parte, ese celo determinaba una cuidadosa elección de quienes pasaban a

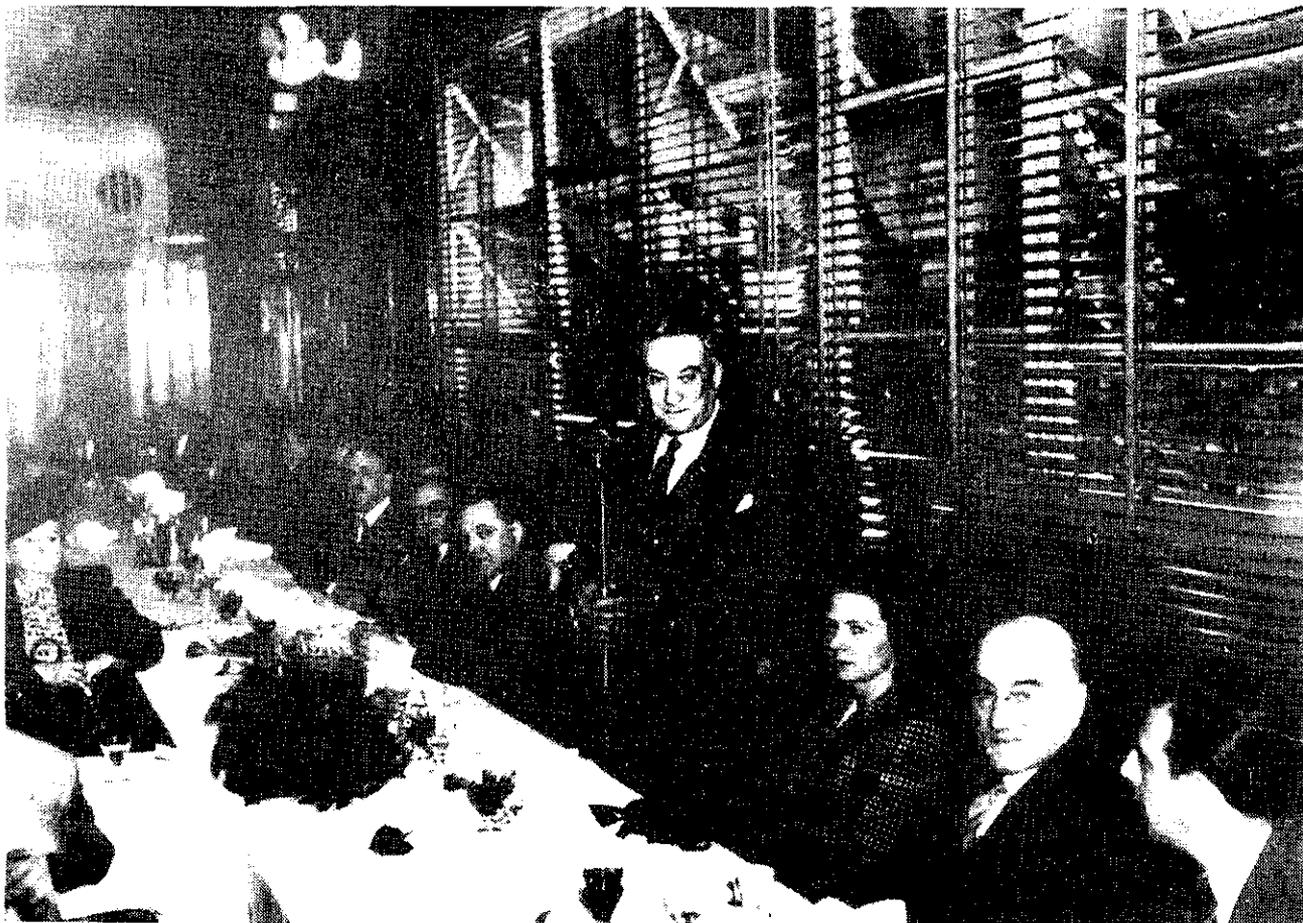
constituirse en redactores del diario, que debían tener la capacidad suficiente como para enfrentar sin desmedro la escrutadora atención de un hombre excepcional.

Parece oportuno señalar que el merecido ascenso alcanzado en 1929, que lo llevó al cargo de subdirector, no significó, como podría suponerse, un aquietamiento en su trajín, una disminución de su capacidad intelectual, presuntamente relegadas a tareas más administrativas, o propias de una conducción virtual a la que a menudo están destinados los vicedirectores ante otras responsabilidades de quienes conducen una publicación. Lejos de ello, el nuevo cargo representó para Bohigas la multiplicación no sólo de su responsabilidad, sino también de su actividad, que aunque notablemente intensa, constituía para él un deleite singular, pues había encontrado el cargo que su formidable capacidad requería.

A continuación transcribiré algunas de las notas que casi diariamente enviaba Bohigas a la sección Deportes a través de las cuales se podrá apreciar que ningún detalle escapaba a su atenta y aguda percepción. En

Bohigas, hablando a los postres en una de las comidas de celebración del aniversario de La Nación.

una de ellas decía: «El otro día publicamos algo respecto a la forma algo desconsiderada en que el club Banfield trataba a los cronistas. En el diario de hoy he encontrado dos denuncias del mismo género. Hágame el favor de prohibir terminantemente la repetición de esa clase de noticias. Los lectores de "La Nación" no compran el diario para que les contemos nuestras cuitas. Si alguna dificultad tenemos con clubs o personas, hay muchas maneras de arreglarla, sin necesidad de asumir el poco simpático papel de víctimas y en una forma pública». En otra nota, siempre enviada al jefe de Deportes, decía: «La crónica del campeonato profesional de golf que publicamos ayer empieza así "Un recovery..." No seguí leyendo porque como no conozco más que español y temí que la crónica continuase en gringo y me diese mucha rabia. ¿Cuándo reaccionaremos contra ese vicio de ciertos cronistas que creen que no dan muestras de su pericia si no recurren a un idioma extranjero? Está bien que llamemos "swing" a un golpe de boxeo que sería difícil —aunque sospecho que no imposible— indicar de otro modo. Pero en la mayoría de los casos



debemos prescindir de las denominaciones extranjeras, puesto que escribimos no solamente para los iniciados en tal o cual deporte, sino para un público en general. "Approach", por ejemplo, es en español "arrimo". Como éste podría citar otros ejemplos. Y aun cuando en los primeros tiempos chocase nuestra tendencia a llamar a las cosas por su verdadero nombre español, debemos estar seguros de que a la larga se reconocerá la razón del empeño en depurar de extranjerismos el léxico del diario».

En cierta ocasión un periodista escribió un epígrafe sobre un partido de golf en el que decía: «Harry Wesley Smith, el veterano jugador del San Andrés, que fue vencido por amplio margen, al ejecutar su salida en el hoyo seis». Y Bohigas envió su habitual nota al jefe de Deportes redactada de la siguiente forma: «La leyenda que va pegada al margen ha sido hecha, naturalmente, sin ninguna intención, pero también con un poco de inconsciencia. El señor Wesley Smith es, como usted sabe, presidente de la Editorial Haynes y, por esta circunstancia, algo así como el patrón de "El Mundo", es decir casi un colega. Desde que en el grabado referente a López Naguil se decía ya que éste había ganado por 6 y 5, ¿qué necesidad teníamos de refregarle al vencido la magnitud del desastre? Desde luego, habría sido mucho mejor y más elegante decir, simplemente, que era el otro finalista del campeonato. No exagero la importancia muy relativa del episodio, pero el caso demuestra la necesidad de que usted les pegue un vistazo a los epígrafes de los grabados de su sección, porque estoy seguro de que éste a que me refiero no pasó ante sus ojos».

En otra ocasión envió esta nota a Deportes: «Insisto en que es indispensable decir en cada caso dónde se realizan los actos deportivos de que nos ocupamos. Hoy, por ejemplo, se omite ese dato en la crónica de natación. El hecho de que ya hayamos anunciado en qué pileta iban a efectuarse los campeonatos nacionales no autoriza a omitir ese detalle, que ha de tener interés para los que no leyeron las noticias anteriores».

«Hágame el favor de prohibir el uso de la frase con que comienza hoy (8a. col. de la pág. 12) una noticia de ajedrez. Si estamos en condiciones de afirmar una cosa, afirmémosla derechamente; y si la afirmamos, claro está que estamos en condiciones de hacerlo. El "estamos en condiciones de afirmar" es un clisé tontamente presuntuoso

so y digno de sus inventores: los periodistas norteamericanos, que sí creen dar mayor fuerza a la noticia más trivial. Ya me he preocupado de desterrar del resto del diario ese modo de decir.»

Otra de sus habituales e inefables notas a Deportes, decía: «Según el diccionario de la Academia, privilegio quiere decir "gracia o prerrogativa que concede el superior, exceptuando o libertando a uno de una carga o gravamen, o concediéndole una exención de que no gozan otros".

«Si ello es así, parece bien claro que ya sería hora de proscribir de la sección Deportes esa frase, resobada, además, hasta convertirse en lugar común, que aparece hoy en el título de los matches de fútbol realizados ayer. "Puesto de privilegio..." ¿Por qué? ¿Cuál es el privilegio a que se alude? Sí, en cambio, se dijese que el primero es el puesto de honor, el caso sería distinto. Pero esa manera de expresarnos debe de sonar a vulgaridad a los oídos de algunos colaboradores de usted, empeñados en no llamar a las cosas por su nombre, que es el mejor camino para escribir bien, y hasta con cierta elegancia. Sea, pues, enérgico y no les afloje a los que se empeñan en sembrar la cursilería periodística a través de nuestras columnas de Deportes.»

Estas notas internas circulaban a diario por todas las secciones como prueba irrefutable del celo extraordinario que Bohigas ponía al servicio de la mejor redacción de la que era un maestro consumado. Y no lo hacía con el deseo de sobresalir, ni con el afán de lucimiento personal, sino motivado por la pulcritud y corrección del estilo periodístico.

SU MODESTIA

Pero como en todos aquéllos que tienen verdadera grandeza interior, la modestia era una de sus virtudes. Lo prueban elocuentemente estas dos notas que enviara a Deportes. En una que carece de fecha, afirmaba: «No hay regla sin excepción. Ahí va, pues, una. Y como se trata, como queda expresado, de una excepción, que los compañeros de Marginales no la tengan en cuenta para pasarse de las 15 líneas fijadas como máximo para cada nota.

«No me atribuya, sin embargo, la intención de aplicar en mi beneficio la ley del embudo. Cuando alguien encuentre un tema de desarrollo absolutamente imposible —como en mi caso— dentro de las 15 líneas, y,



El director de La Nación, doctor Bartolomé Mitre, descubriendo un busto que recuerda a Bohigas, en 1962.

Placa que acompaña al busto de Bohigas en la que se resaltan sus «excepcionales aptitudes».



además, la nota valga la pena, lo que tal vez no sea ya mi caso, nada tendré que observar.»

Y el 31 de agosto de 1950, cuando estaba próximo a retirarse del diario a disfrutar de su bien merecido descanso luego de medio siglo de intensa y fructuosa actividad en la que tanto enseñó, pero estando aún en la plenitud de sus cualidades intelectuales, le envió al jefe de Deportes esta nota: «Como ya había hecho usted bastante leyendo en prueba la crónica del miércoles último y es,

por lo mismo, más que probable que no advirtiera los pequeños cambios introducidos a último momento en el final, deseo hacerle presente que su amistosa indicación me movió a precisar mejor lo que acaso podría haber dado lugar a alguna confusión.

«Reitero mi afirmación de la otra tarde: no sólo agradezco las observaciones de ustedes, sino que pido que no las ahorren. Entre mis muchos defectos no figuró nunca el de creerme infalible y como ahora estoy cada vez más expuesto a errar...»

Pero su modestia innata se apreció en una oportunidad en que salía del diario. Un ordenanza que estaba sentado se puso de pie y lo saludó cortésmente. Bohigas le preguntó si también se paraba cuando saludaba a otras personas, y, ante la respuesta negativa, le dijo que en adelante tuviera para con él la misma actitud que mostraba con todos los demás sin hacer ninguna clase de distingos.

En otra ocasión, hallándose engripado, le enviaron del diario un coche para que se dirigiera al trabajo con la mayor comodidad. Y Bohigas rechazó el vehículo, argumentando que seguramente lo necesitaría con mayor urgencia algún periodista para realizar alguna nota. Y se fue a trabajar en tranvía... Todas las cualidades profesionales que distinguieron a Angel Bohigas de una manera notablemente significativa, tuvieron el adoso de una personalidad excepcionalmente moralizadora. Era el depositario obligado de casi todas las consultas que con frecuencia se originan en una empresa en constante crecimiento.

Y siempre tenía la respuesta precisa, el consejo oportuno que guiara a sus consultantes. Aunaba de modo increíble todas las virtudes necesarias para cumplir la función periodística de manera perfecta. Y se me habrá de permitir, que no sólo por esas cualidades por todos reconocidas, sino, y muy principalmente por la devoción de su estilo, que de un modo tan particular gravitó en mi formación periodística, que lo considere como uno de los hombres que de manera más decisiva influyó en la fama que *La Nación* llegó a adquirir.

Con su granito
de arena,
pasamos el verano.

Así es, para seguir impulsando proyectos en verano, **necesitamos su ayuda HOY.** \$10, \$25, \$50...todo cuenta.

BANCO CENTRAL DE LA REPUBLICA ARGENTINA

17.035.609 C

10

DIEZ PESOS
CONVERTIBLES
DE CURSO LEGAL



MANUEL BELGRANO

17.035.609 C

PRESIDENTE
B. C. R. A.

PRESIDENTE
H. C. DIPUTADOS

Porque reuniendo sumas como éstas, **Unicef Argentina** desarrolla **microemprendimientos** donde muchos chicos de **familias de bajísimos recursos se capacitan y/o trabajan para subsistir.**

Estaremos en el **(01)384-5555**, de lunes a viernes de 9 a 19 hs., recibiendo su donación a través de su tarjeta de crédito.

Para que en el verano todos podamos llevar a cabo nuestros proyectos, por favor, llame al **(01)384-5555**... Y gracias.

unicef 
argentina

(01)384-5555

Páginas olvidadas

BERMEJO Y EL PRESTIGIO DE LA CORTE SUPREMA



Siempre me ha resultado placentero pasar horas relejendo los buenos libros que están a mi alcance. Para satisfacer esta inquietud espiritual tengo entre manos, en este momento, *La historia que he vivido*, un libro de historia y recuerdos (según se anticipa en el prólogo) publicado en 1954 por el doctor Carlos Ibarguren, ciudadano eminente que fue el primer presidente de la Academia Argentina de Letras, ejerció magistralmente la cátedra universitaria y ocupó, durante

Ministros de la primera Corte Suprema de Justicia. La Constitución de 1853 fijó en nueve el número de miembros de la Corte; su texto reformado en 1860 no precisaba cuántos jueces debían integrarla; una ley de 1862 lo dejó en cinco.

una larga actuación pública, diversos cargos de responsabilidad, entre los que merecen citarse los siguientes: subsecretario de Agricultura, subsecretario de Hacienda, vocal del Consejo Nacional de Educación, ministro de Justicia e Instrucción Pública e interventor en la provincia de Córdoba. Asimismo, fue candidato a la primera magistratura de la República, sostenido por el Partido Demócrata Progresista en los comicios de 1922, en los que resultó electo el candidato del radica-

lismo doctor Marcelo T. de Alvear. En el capítulo xv (al que termino de llegar), tras rememorar sus clases en la Facultad de Derecho durante más de un cuarto de siglo, Iburguren expresa que en 1906 fue designado secretario de la Corte Suprema de Justicia —en reemplazo de su hermano Federico, que había fallecido— por decisión de dicho tribunal, integrado, a la sazón, por los doctores Antonio Bermejo, Octavio Bunge, Nicanor González del Solar, Mauricio P. Daract y Cornelio Moyano Gacitúa; acotando que la atmósfera moral que allí existía irradiábase en todo el poder judicial dándole tono y prestigio.

Modelos de jueces

Refiriéndose a los valores espirituales de los hombres que dirigen y confieren vida a las instituciones del Estado, dice que «son como la espina dorsal de la sociedad: la mantienen erguida y recia, la sostienen en medio de las crisis y de las transformaciones, condensan la conciencia ética y jurídica sin la que un país se convertiría en un rebaño o en un caos, conservan y transmiten a través de las generaciones el tesoro de la cultura y de la tradición nacional que son las esencias que definen el alma de un pueblo (...). Lejos de las pasiones y de los intereses personales y políticos, la Suprema Corte amparaba celosamente los derechos y las libertades velando por el imperio de la Constitución. Los respetables varones que la constituían eran modelos de jueces por su ilustración y sus virtudes; la presidía el doctor Antonio Bermejo, de quien fui discípulo en la Universidad. Trabajando a su lado pude apreciar de cerca al hombre, en cuyo espíritu sereno y equilibrado uníase la tolerancia y comprensión de las debilidades humanas, el criterio inflexible para condenar al delito, el vicio y todo aquello que violaba la ley o amenazaba la convivencia social. Su mente tenía la claridad sosegada y familiar de una lámpara; su alma modesta y bondadosa contemplaba la vida como un filósofo que fuera, a la vez, cristiano y estoico. Alejado de las vanidades del mundo, su austera existencia, recogida en su hogar y en su gabinete de estudio, consagróse a la justicia y al trabajo por la cultura y la patria. No pidió a la vida el placer material de gozarla y miró con indiferencia las ambiciones, la fortuna, el poderío y la popularidad, cual si fuesen brillos de espejismos.» Y cierra el capítulo con estas pala-

bras: «En la atmósfera pura y serena de la Corte Suprema, que respiré durante seis años, mi espíritu maduraba, cuando fui llamado inesperadamente a actuar en el ambiente agitado y afanoso del gobierno.» De tal manera, este prestigioso intelectual, perteneciente a una tradicional familia salteña, rememora en su interesante libro la personalidad de una figura que dio prestigio a la Corte, con la finalidad enunciada en el prefacio, escrito, como ya se ha dicho, en 1954: «Dedico este libro, de historia y de recuerdos, a las nuevas generaciones que ignoran lo que fue la Argentina y el mundo hace más de medio siglo».

Actuaciones sin mácula

Es oportuno recordar que el doctor Antonio Bermejo —legislador, profesor universitario, ministro de Justicia e Instrucción Pública— llegó a la Corte en 1903 y accedió a la presidencia de la misma en 1905. En el desempeño de estas funciones lo sorprendió la muerte el 18 de octubre de 1929; vale decir que fue presidente de la Corte durante más de veinticuatro años consecutivos. En tan extenso período fue burilando, con el cincel de los elegidos, las facetas que a la postre terminarían consagrándolo como el hombre que encarnaba el espíritu de la Corte. Así pudo decir Octavio R. Amadeo en *Vidas argentinas*: «(...) En 1915 entró Figueroa Alcorta (...). Venía de la política, cubierto con el polvo de los caminos criollos, galopados desde Córdoba hasta Buenos Aires, en viaje accidentado y discutido; jadeaba todavía por la lucha reciente. Pero descansó, cambió de ropa y se adaptó. Durante 16 años perfeccionó su tipo, y llegó a ser, por su sentido jurídico, por su estilo acabado y por la serenidad de su vida, uno de los más grandes jueces argentinos. Su colaboración generosa con Bermejo y Méndez dio a esta Corte su arquitectura definitiva.» Y termina su extensa semblanza con la siguiente alegoría: «Sobre el muro del cuartel de otro tiempo, se paseaba, arma en brazo, un centinela, guardián simbólico del orden. Más tarde, sobre sus ruinas se levantó el Palacio de Justicia. En un salón que da sobre la plaza, estaba sentado un hombre, sin armas, sin uniforme y sin penacho. Era el juez Bermejo, guardián de la Constitución. Durante un cuarto de

siglo montó esa guardia, invisible, callado. Representaba la fuerza virtual que reside en ciertos hombres y en ciertas cosas. Era como si una bandera flotara al tope de un buque almirante y esto tranquilizaba la conciencia de la Nación.»

El maestro

Al morir el doctor Bermejo, *La Nación* del 19 de octubre de 1929 publicó una extensa nota necrológica, a la que pertenecen los siguientes párrafos: «Así como la obra memorable de la Corte norteamericana contribuyó a consolidar y a afianzar la civilidad de aquella nación, a fijar definitivamente sus instituciones esenciales, así, la tarea del doctor Bermejo, en más de un cuarto de siglo, ha contribuido a cristalizar entre nosotros un criterio constitucional y a definir normas jurídicas perdurables. Era para los demás miembros de la Corte, no ya el presidente sino el maestro, cuya opinión sobreponíase, con el ascendiente de la sabiduría, a las agitaciones posibles, a las desviaciones suscitadas por la alteración de la atmósfera social. La palabra del doctor Bermejo se substraía en su perfecta prudencia y en su frío razonamiento, a los contagios peligrosos, y dictaba con clara concepción de la verdad las reglas convenientes, y el rumbo necesario. De esta manera, las sentencias de la Corte, en las cuales se percibía su noble influjo, inspiraban al país un acatamiento que define por sí solo a una nacionalidad orgánica.»

El acto de inhumación de los restos del ilustre magistrado, que constituyó una expresión multitudinaria, contó con la presencia de los siguientes magistrados: presidente de la República D. Hipólito Yrigoyen, vicepresidente doctor Enrique Martínez, ministros de la Corte doctores José Figueroa Alcorta (el de los «tres Poderes»), Roberto Repetto, Guido Lavalle y Antonio Sagarna, ministro de Relaciones Exteriores doctor Horacio B. Oyhanarte y ministro de Justicia e Instrucción Pública doctor Juan de la Campa.

Palabras de Figueroa Alcorta

Al despedir los restos de Bermejo, el ministro decano de la Corte, doctor Figueroa Alcorta, expresó, entre otros conceptos: «La justicia fue su religión, su credo, su fe y ofició en sus

Antonio Bermejo, fue legislador, ejerció la docencia universitaria y se desempeñó como ministro de Justicia e Instrucción Pública. Ingresó a la Corte en 1903 y presidió el alto tribunal entre 1905 y 1929.



altares con unción apostólica, consagrándole las más selectas aptitudes de su gran espíritu, sus desvelos y fatigas, a las que sólo ha puesto término la imposición del tributo ineludible. Su proverbial rectitud actuaba sin discrepancia con su bondad inagotable, y ello le permitía abordar situaciones en que lo equitativo, lo legal y lo justo armonizaban en perfecta concordancia; es que la ley no era en sus manos un instrumento inflexible y rígido, sino la expresión jurídica de preceptos y normas a cumplirse con criterio de humana explicación.»

El tribunal de la Constitución

En una conferencia pronunciada en 1979, con motivo de un homenaje que la Corte tributó a su ex presidente, el doctor Pedro J. Frías, a la sazón integrante del alto tribunal, expresó: «En vida de Bermejo, los argentinos estaban en paz con la Constitución. Como no llegaban a hacer suyo el dicho realista y carnal de Sarmiento —“La Constitución son las leyes, la policía y las costumbres”— relegaban a la Constitución en cierta lejanía de la vida cotidiana. Pero no hubieran aceptado la acusación de que “se acata pero no se cumple”. Más allá de sus debilidades, sus ambiciones tenían por medida la Constitución. Y aceptaban que la justicia se los recordara. Bermejo no podía dejar de percibirlo y, sin rozamientos con los Poderes de hecho o derecho, presidió una Corte que fue “sentida” como el tribunal de la Constitución.»

TALLERES DE HISTORIA ARGENTINA

DOCTOR FELIX LUNA:
**«REFLEXIONES SOBRE LA
FORMACION NACIONAL»**

Coordinación: Licenciada Florencia Guzmán
Iniciación: Mayo
Duración: 4 clases

LECTURAS Y DEBATES SOBRE LOS PROBLEMAS
PERMANENTES DE LA ARGENTINA Y SU ORIGEN
HISTORICO

LICENCIADA FLORENCIA GUZMAN:
**«FRACTURAS Y CONTINUIDADES DE LA HIS-
TORIA ARGENTINA»**

Iniciación: Abril/Mayo
Duración: Ciclo anual

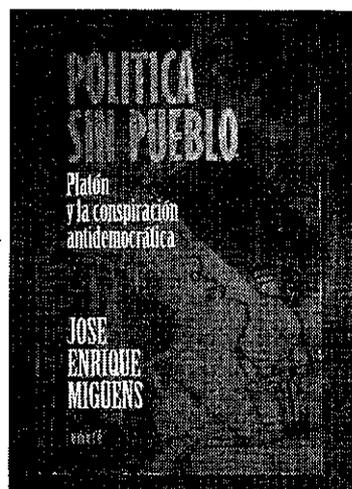
- * Lecturas grupales
- * Audiovisuales
- * Análisis de textos
- * Temáticas consensuadas

INFORMES: PACHECO DE MELO
2666 6to. A - TELEFONO: 805-5803



Libros

Lo primero que este libro nos trae a la memoria es aquella afirmación de un conocido historiador inglés especialista en historia antigua: «Allegar a los griegos, de golpe nos encontramos en casa.» La sociedad occidental no puede negar su filiación greco-romano-cristiana que aparece filtrándose en todas las dimensiones de su cosmovisión, desde su modo de razonar hasta su sensibilidad ética y estética. Son innumerables los escritores, poetas, pensadores y artistas plásticos que han utilizado temas de la tragedia griega, sublime ejemplo de la capacidad cultural del hombre, de vigencia imperecedera. Del mismo modo, los mitos son cada vez más valorados por historiadores y psicólogos como reveladores de realidades ocultas o difíciles de explicar. Pero no todo lo heredado de los clásicos puede considerarse positivo para la vida y la cultura. Así lo afirma José Enrique Miguens, con



Política sin pueblo. Platón y la conspiración antidemocrática, José ENRIQUE MIGUENS, Emecé, 1944, 313 pp.

un conocimiento exhaustivo de fuentes y bibliografía en este interesantísimo y ameno ensayo al que alguien llamó «western político filosófico». Demuestra allí la responsabilidad de Platón, uno de los máximos representantes de la filosofía griega, en las mayores calamidades de nuestro siglo: los totalitarismos de derecha e izquierda que llevaron al mundo a otra gran guerra, al holocausto y la amenaza de una destrucción atómica.

«El modelo político platónico —afirma en el prólogo de la obra— inaugura la serie de los discursos antidemocráticos de los esencialistas, o sea, de aquéllos que fundamentan sus pretensiones de dominación política sobre los demás, en algún tipo de visiones o conocimientos superiores (...). Este tipo de convicciones siempre conducen a los que las mantienen a encarar proyectos políticos de apoderamiento del poder, prescindiendo de la voluntad de los demás hombres o asumiéndose como sus únicos, excluyentes e indiscutibles agentes, llamados a redimirlos sin su permiso.»

En la convicción platónica de que el gobierno de unos pocos elegidos se justifica por la pureza y racionalidad de sus ideas al lado de la ignorancia o ineficacia de las de los demás, podemos ver las perversas raíces del totalitarismo moderno. Si los «grupos de choque» que describía Platón para atemorizar a los partidarios de la democracia «uniformados por el uso de vestimentas y cortes de cabello a la espartana y portando cachiporras», recuerdan siniestramente al nazismo, la disolución de las familias, comunidad de bienes y «amor libre» entre los guerreros o vigilantes de la República, parecen haber inspirado a algunos ideólogos del comunismo moderno.

A través de textos extraídos de la República así como de sus Diálogos y Cartas, el autor nos va mostrando el desprecio de Platón por los sofistas y los políticos democráticos que tienen que recurrir a la oratoria para vender sus ideas, al mismo tiempo que su convicción por ser un «elegido» o iluminado con una misión salvífica o libertadora que está muy por encima de la mezquina política cotidiana. Muestra también la activa intervención de Platón y sus discípulos de la Academia en la vida política de las ciudades griegas «por medio de la acción directa al margen de los modos y vías democráticas, con el fin de implantar sistemas de dominación».

Miguens ha desenmascarado a un Platón movido por una apetencia de poder que no escatima recursos drásticos para lograr sus fines justificándose en la supuesta superioridad moral e intelectual de unos hombres sobre los otros. El autor desmitifica también la imagen de la Academia que en general imaginamos como un lugar verde y sombreado por cipreses donde pasean filósofos de blancas togas enfrascados en sublimes conversaciones. Los datos concretos, aportados por el autor, sobre el comportamiento de sus miembros demuestran que entre ellos había nueve asesinos políticos, cinco tiranos y golpistas, siete consejeros o asesores de tiranos y cinco legisladores que actuaban dentro de las líneas políticas de Platón, despreciando a los oradores democráticos. Sólo había uno, Foción, reconocido como demócrata. En cuanto a filósofos o científicos, sólo figuraban tres, encabezados por el gran Aristóteles, primer crítico de su maestro. La Academia se nos presenta así como una fachada o tapadera tras la que se ocultaban inteligentes conspiradores y se alentaban las acciones tendientes a derrocar la nueva forma de gobierno de Atenas y de toda Grecia. Platón odiaba la democracia porque la consideraba un desorden y atacaba a los sofistas acusándolos de dar al gran público la oportunidad de aprender, al revelarles conocimientos que hasta entonces eran patrimonio de una clase alta ociosa. Los atacaba en forma individual apelando al ridículo o al estereotipo y criticando su manera de vestir y su falta de «clase» (como harían algunos conservadores con los radicales en tiempos de

Yrigoyen), identificando «virtud» con elegancia y «vicio» con vulgaridad.

Según Aristóteles, Platón atacaba a los sofistas por «el menosprecio que tenía de las masas y de sus contemporáneos», es decir, los demócratas atenienses. Aborrecía la política pero amaba el poder. Y mucho más fácil le parecía llegar al poder ambicionado mediante conspiraciones y acercamiento a los poderosos que recurriendo a los métodos políticos de la recién nacida democracia. Estaba convencido de que la oligarquía era la única forma posible de gobierno. (La diferencia entre el oligarca y el verdadero aristócrata consiste en que mientras el segundo se siente responsable del más débil el primero lo desprecia y explota en provecho propio.)

Platón vivió la transición hacia el nuevo orden al que consideró nefasto y sus ideas, basadas en la desigualdad humana; la convicción de que todo cambio corrompe (teoría de las formas) sirvió a muchos en distintas épocas de la historia para sentirse salvadores de la patria, justificando así su ambición. Platón denigra a la democracia porque desprecia al demos, al pueblo. Considera a todos los políticos democráticos como demagogos que sólo buscan su propio bien porque niega la posibilidad del diálogo igualitario, condición indispensable en la democracia.

Las polis griegas con sus ágoras abiertas al intercambio de ideas entre los ciudadanos, al diálogo y al debate dieron la posibilidad de llegar al poder al nuevo orden democrático, algo que Platón y sus parientes, representantes de la oligarquía ateniense no podía tolerar. Cuando en la República Platón habla de los tres estamentos de cerdos y ovejas, perros guardianes y pastores, está describiendo un orden social rígido y superado en Atenas, al cual quería volver. Para esto opina que al estrato de los «cerdos» y las «ovejas» es decir, los labradores y artesanos, no hay que darle educación alguna. «Sin que nadie lo sepa, la prole de los peores no deberá recibir educación», dice en La República, y Miguens continúa la idea: «basta sólo con limitarlos exteriormente para contener sus posibles excesos. Solamente deberán seguir sus instintos productivos y reproductivos y ser controlados para que no se salgan de su lugar y destrocen algo.» Los «perros» y «perras» es decir, la casta de guerreros, entre los que actúan también las mujeres, como en Esparta, deberán ser amaestrados o domesticados para que obedezcan a sus amos. «Deben dejarse amansar por la razón y retroceder como el perro al que llama el pastor.» Los «pastores», a quienes Sócrates, según Platón, solía llamar «salvadores» o «defensores», recibirán en cambio una esmerada educación pues serán los responsables de la conducción de la República, no sólo en su gobierno sino en la guerra, navegación y comercio. Los salvadores, claro está, serían los filósofos al estilo de los miembros de la Academia. Estos estratos deberían estar totalmente separados desde su infancia para que los

superiores vieran a los inferiores como desconocidos «y se comporten ferozmente con ellos» y en cambio deberían compartir todo con los de su estrato. (En esto seguramente se inspiró Huxley para su Mundo Feliz, con sus diferencias entre alfas, betas y deltas, conseguidas con manipuleo genético.)

Muchos otros ricos y esclarecidos temas sobre la libertad despliega este ensayo, que previene además sobre los posibles avasallamientos para que no nos llamemos a engaño. Utilizando mitos y tragedias, el autor trata de explicar el complejo paso de una sociedad mágica y clánica a una guerrera y aristocratizante y de ésta a la democracia, para esto analiza los dos caminos del orden político simbolizados en Apolo y en Atenea a través de un estudio sobre la Orestíada de Esquilo, escrita en el momento de la transición de uno a otro orden.

El autor finaliza con optimismo, afirmando que «De aquí en adelante, cada vez menos seres humanos van a aceptar vivir dentro de sociedades que no reconozcan explícitamente como principios constitutivos indiscutibles:

«- El respeto de cada uno al derecho de los demás de ser sí mismos.

«- El respeto por parte de todos al derecho de cualquier persona a crecer y desarrollarse siguiendo su propia conciencia y asumiendo su propia responsabilidad moral, porque para eso fue creada.» Nos unimos en el deseo de que así sea.

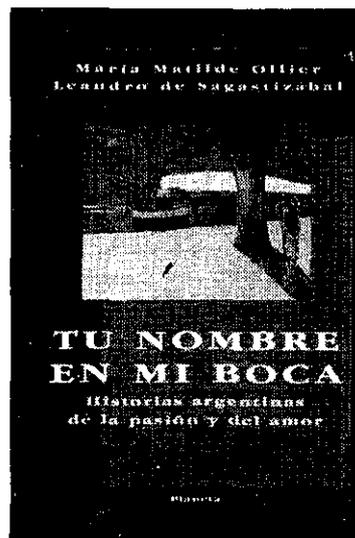
LUCÍA GÁLVEZ

El ensayo de Matilde Ollier y Leandro de Sagastizábal versa sobre el amor en la historia y en la literatura argentina y, a

pesar que la advertencia hecha por los autores en la introducción, nos dice que «Una reflexión sobre el amor difícilmente resulte sistemática, prolija, ordenada», el trabajo se presenta con una estructura temática bien organizada y clara en su contenido. Los autores dividen la investigación en cuatro partes desde los orígenes argentinos en la literatura histórica hasta una fase final titulada «pensando el amor» donde relacionan teorías del amor, psicoanálisis y el amor, y posibilidades en el amor.

La obra nos lleva a releer fragmentos de la «Crónica de Lucía Miranda» de Ruy Díaz de Guzmán, «La Cautiva» de Esteban Echeverría, «Amalia» de José Mármol, «Romance de un gaucho» de Benito Lynch, cartas de Sarmiento, historia de Camila O'Gorman y Vladislao, del

Tu nombre en mi boca. Historias argentinas de la pasión y el amor.
MARÍA MATILDE OLLIER y LEANDRO DE SAGASTIZÁBAL. Buenos Aires, editorial «Planeta», 1994, 239 páginas.



La casa y sus cosas. Españoles y criollos, largas historias de amores y desamores.

CARLOS MORENO. Colaboradores: Gabriela Mareque, León Restrepo y Cristina Colloca. Centro para la conservación del patrimonio urbano y rural, S.I.P., F.A.U., U.B.A. Instituto Argentino de Historia de la Arquitectura y del Urbanismo, Junta de Estudios Históricos de Cañuelas, Buenos Aires, Icomos, Comité Argentino, 1994.

"Tratado sobre el amor" de José Ingenieros y también algunas letras de tangos. Como complemento para el análisis, los autores toman varias perspectivas planteadas en "Fragmentos de un discurso amoroso" de Roland Barthes. En "Historia de la sexualidad" de Michel Foucault y "El arte de amar" de Erich Fromm entre otros, los cuales permiten abordar el tema del amor desde diversos ángulos teóricos. Este enfoque original dentro de la historia argentina llega a mostrarnos un Sarmiento distinto, al que nunca vimos. "¿Por qué Sarmiento?. Porque su mirada adusta, vigilante, ha sido sometida siempre a una sola y aburrida interpretación. Nunca nos enseñaron, nunca aprendimos a leer en aquel rostro duro las palabras de un padre, de un amante, de un amigo". Este Sarmiento es analizado a través de su correspondencia privada en la cual se trasluce todo y algo más aún de su temperamento. El trabajo aporta un material fundamental dentro de la historia de la vida íntima, del amor y los amores, tema originalmente encarado por los autores a través del análisis de obras literarias o la transcripción de historias conocidas desde otra perspectiva analítica.

como "continente de un contenido, la familia". La obra organizada en ocho partes, analiza en primer lugar los rasgos constitutivos de la vivienda española, desde las primeras construcciones fenicias y griegas, hasta los edificios del ilustrado siglo XVIII. Discrimina geografías y tradiciones culturales disímiles, mereciendo una atención particular la vivienda andaluza y los primeros aportes españoles a la arquitectura americana. Más tarde el autor, centra su estudio en el Río de la Plata y las primeras edificaciones europeas donde: "...un clima sin pautas extremas permitió adoptar los modelos de viviendas Mediterráneas". Luego enfoca su análisis en la ciudad de Santa Fe, incorporando también a la Buenos Aires de los siglos XVII, XVIII y XIX, discriminando entre viviendas rurales y urbanas.

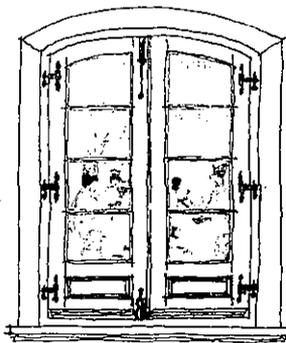
Un capítulo particularmente interesante es el que señala los cambios en la vivienda, en la que su significación y funcionalidad resultan más o menos perdurables, según los requerimientos de los hombres que las construyeron y habitaron. La vivienda social mereció otro estudio particular, fundado en las construcciones colectivas e inquilinatos desde el periodo colonial tardío hasta los años 30 de nuestro siglo. Los espacios de la vivienda, el último de los temas tratados, se inicia con un análisis de los intereses de las casas de la antigua España, pasando por el siglo XV castellano, como una introducción al tratamiento de los interiores en el Río de la Plata: disposición de los ambientes y mobiliario de viviendas urbanas y rurales, así como espacios particulares como zaguanes, patios, galerías, balcones, miradores, azoteas, cocinas y aspectos tan importantes como la iluminación, calefacción e higiene.

Particular atención merece el tratamiento de las fuentes utilizadas por el autor. Tiene gran valor y utilidad la inclusión de planos y fotografías, así como el tratamiento didáctico y ejemplificador de algunas construcciones consideradas, quizás, como síntesis de tradiciones. Sin embargo hay algunos aspectos sobre los que llamamos la atención. Se señala la gran importancia del análisis de ciertas fuentes, como las testamentarias. Sin embargo, se revela un tratamiento de segunda mano, mediatizado, tamizado por algunos de los autores de una bibliografía, no muy convenientemente citada y que priva a los lectores de recurrir a ella, en caso de tener intenciones de profundizar algunas cuestiones que Moreno presenta tan claramente y que desmerecen en parte una obra tan importante como la suya, inspirada en el elogiable propósito de rescatar la importancia de nuestro patrimonio arquitectónico.

PABLO COWEN

ESPAÑOLES Y CRIOLLOS,
LARGAS HISTORIAS DE AMORES Y DESAMORES
Carlos Moreno

EMIR REITANO



LA CASA Y SUS COSAS

3
BUENOS AIRES - 1994

Esta obra es la tercera parte de una investigación que el arquitecto Carlos Moreno comenzó en el año 1984, tendiente a analizar parte del patrimonio arquitectónico argentino. En su primer libro abordó las formas de asentamiento en la región y, más tarde, analizó las fechadas de algunos edificios y su relación con lo público y lo institucional en las poblaciones hispano criollas.

El autor, secretario del Consejo Internacional de Monumentos y Sitios (ICOMOS) y vocal de la Comisión Nacional de Museos, Monumentos y Lugares Históricos, se propuso comprender una variante determinante en la acción de poblar: la vivienda



EL PLACER DE LEER
comienza en **EL ATENEO**
Librerías

Centro: Florida 340
Palermo: Paseo Alcorta, local 2062
Belgrano: Vuelta de Obligado 2108 y Juramento
Barrio Norte: Callao 1380
Libro Fax: 325-6807

La FOTOHISTORIA

del mes



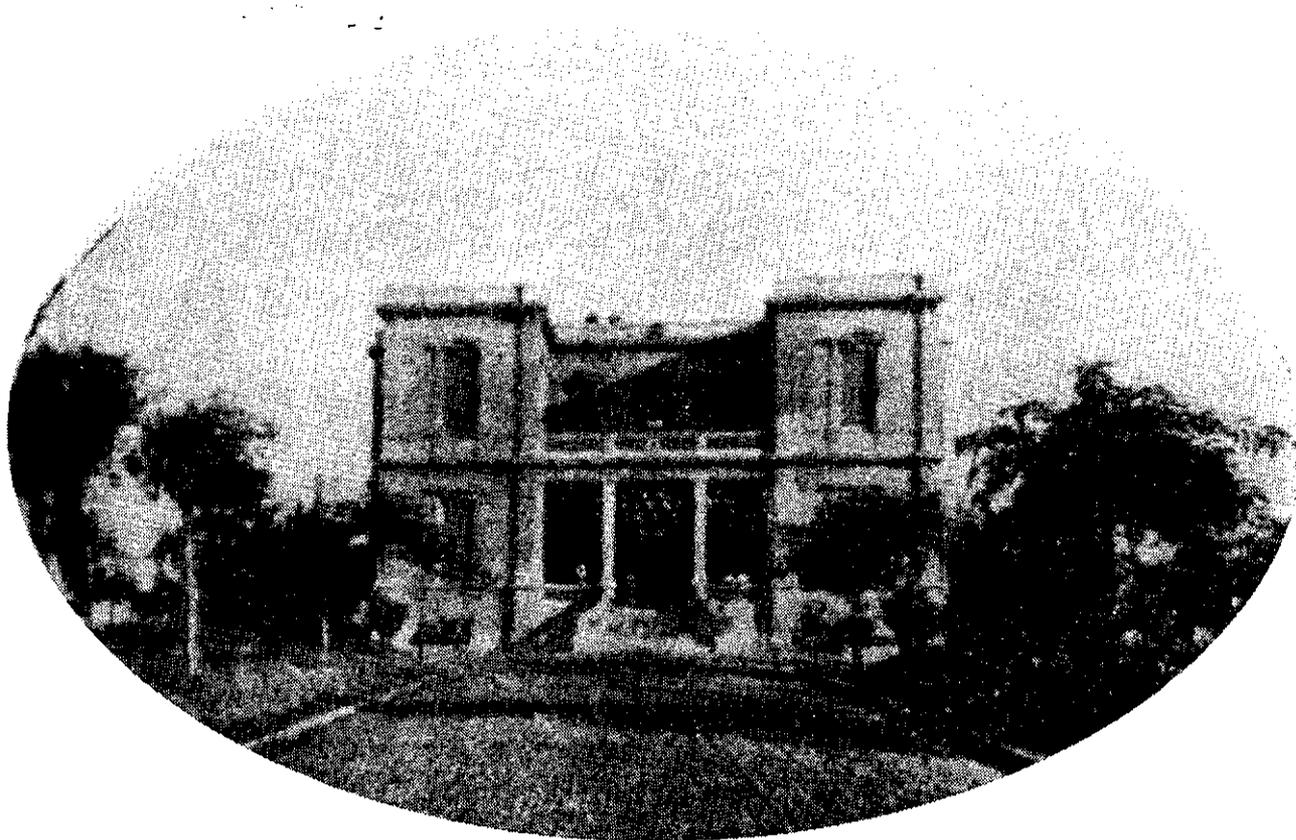
IDEA Y PRODUCCION
FELICITAS LUNA

Si hay un barrio porteño de añeja y abigarrada historia, ese es Monserrat. Desparraja sus manzanas en el sudeste hasta alcanzar el río. Antigua «zona de arrabales y deslindes», primitivo territorio de negros y mulatos, se fue españolizando a partir de 1860. El origen catalán de la santa patrona que dio nombre a su templo y, luego, al barrio, apenas pudo disimular el peso de los inmigrantes vascos en sus casas, hotelitos, tiendas y almacenes de ultramarinos. Que el sello de Monserrat lo pusieron los vascos españoles y sus vecinos vascos franceses, lo certifican los dos clubes que hoy mismo los siguen reuniendo. El Laurak Bat en la avenida Belgrano, frente a la

iglesia; el francés, en la calle Moreno. En esas manzanas, hace más de un siglo, abrieron sus tiendas, vendieron sus mercaderías mezclando «chapelas» con ponchos criollos, fajas con pilchas gauchas. Esta Tienda y Ropería Vascongada estaba situada en la esquina de Alsina y Buen Orden (hoy, Bernardo de Irigoyen). La foto es de 1882, y se publicó en el libro *Impresiones sobre la Argentina*, de Edmundo De Amicis, quien visitó Buenos Aires en abril de 1884. Estos pequeños negocios de telas y ropas fueron un eslabón situado entre las pulperías, los ramos generales y las grandes tiendas. (Pieza conservada en la fototeca del Museo Histórico Nacional.)

Federico Pórgola

EL AISLAMIENTO DE LOS ENFERMOS CONTAGIOSOS EN BUENOS AIRES



La ciencia y la tecnología —mancomunadas— crearon formas de profilaxis que lograron que la mayor parte de las enfermedades pestilenciales fueran erradicadas. La mismísima peste, junto con la fiebre amarilla, el cólera —con rebrotes endémicos—, el tifus y el paludismo, ya no constituyen epidemias. Tampoco las enfermedades infantiles —excepto en las zonas del planeta de grandes hambrunas o litigios bélicos— son el azote de antaño, y tanto la disentería infantil como la escarlatina y la difteria pueden ser controladas.

El enfoque del control epidemiológico se realizó en dos sentidos: defendiendo a la comunidad de la entrada de enfermedades esporádicas (epidemias) y al individuo de la afección endémica.

El aislamiento del enfermo contagioso

Una de las antiquísimas formas de evitar la entrada del mal es la llamada *cuarentena*. «Está muy claro que si un país está libre de una enfermedad —dicen Macfarlane Burnet y David White¹—, debe procurar por todos los medios evitar su entrada. Antiguamente una cuarentena significaba que los viajeros procedentes de una región infectada se les mantenía aislados en un recinto alejado con el fin de asegurarse de que, si alguno de ellos estaba en el período de incubación de una enfermedad, podría así tener tiempo para desarrollar los síntomas de ella. Si todos los viajeros permanecían sanos, se les libertaba, ya que en ese caso no representaban ningún peligro para la población.

«Este tratamiento se ha ido modificando poco a poco y con la virtual desaparición de los barcos de pasajeros, apenas se aplica hoy la cuarentena a algún caso aislado. En vez de ella, actualmente se insiste en que todos los viajeros procedentes de países donde haya viruela o fiebre amarilla deben poseer un certificado actualizado de vacunación contra el virus apropiado. La única rutina diferente es la que normalmente se practica con los pasajeros que llegan de una región que está en ese momento sometida de forma comprobada al brote importante de alguna enfermedad. Se entrega a cada persona una tarjeta en la que se le dan instrucciones de mostrarla a cualquier médico al que tenga que consultar durante un plazo de dos o tres semanas.»

Dos acotaciones a las palabras anteriores: la viruela ha pasado a ser una enfermedad erradicada del planeta y, en las últimas noticias sobre ella, se estaba en la disyuntiva de destruir los virus que quedaban en cultivo. En segundo lugar, cuando Armstrong, Collins y Aldrin regresaron del primer viaje a la Luna, se los sometió a una cuarentena durante la cual los médicos les efectuaron todo tipo de estudios.

El origen de la cuarentena se remonta a muchos siglos antes de la formulación de la teoría microbiana, y su comienzo puede referirse a una fecha exacta, hecho pocas veces posible en materia de ciencias de la salud. El 17 de enero de 1374 el vizconde Bernabo de Reggio, localidad cercana a Módena, promulgó un decreto cuya finalidad era evitar la

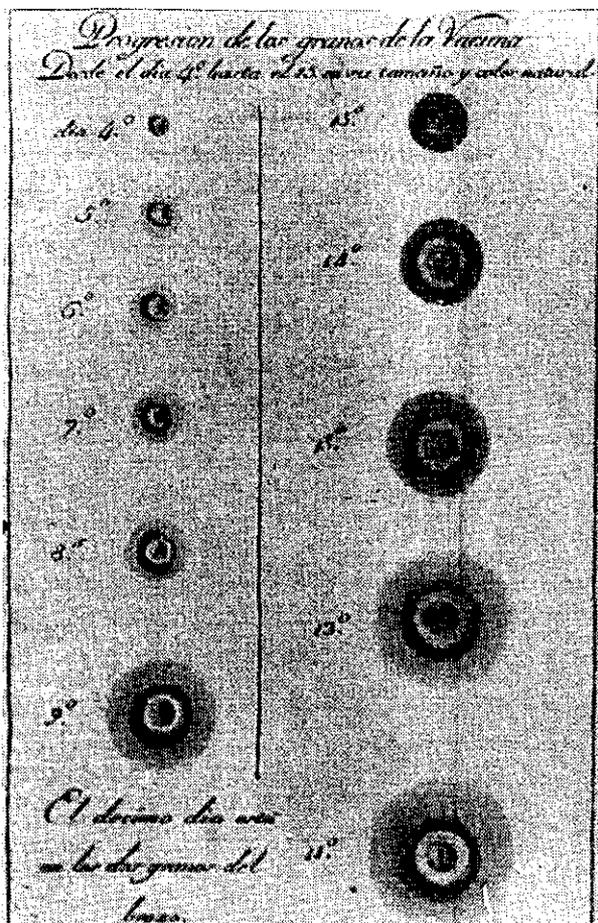
introducción y la diseminación de la peste que, imperfecto en su letra pero alentador en su espíritu, imponía un período de observación de 10 días, de donde no surgía la relación etimológica con la palabra *cuarentena*. Establecía que el enfermo de peste debía ser trasladado de la ciudad al campo, para sanar o morir. Se designaba un encargado de su atención sanitaria que no podía —bajo la amenaza de las más severas penas— delegar sus funciones y que debía permanecer incomunicado con el enfermo durante el mismo tiempo. Personal clerical se encargaba de la denuncia y del examen de los enfermos. No cumplir con estos requisitos que comprendían a todos los involucrados, causaba la pena de muerte o la confiscación de todos los bienes. Quien introdujera la peste estaba penado con esta última cláusula económica. El breve lapso de 10 días de aislamiento sería extendido —en 1377— por decreto del Concejo Municipal de Ragusa, ciudad de la costa dálmata, a 30 días. Casi una década después, en Marsella en 1383, y ante la sospecha de un brote pestífero, se establecieron los 40 días de aislamiento. Para otros autores como Lemow, ese plazo había sido señalado por primera vez en Venecia en 1127.

Se desconocía, como hemos dicho, la teoría de la fermentación y de la infección que formulara, a mediados del siglo XIX, Luis Pasteur y los medios de contagio pero, no obstante, se observaba que éste tenía lugar por la cercanía con el enfermo o sus ropas. En esa época se creía que eran las *miasmas* que producían las epidemias, generalmente atribuidas a tormentas, guerras, cataclismos o aguas estancadas movidas por el viento.

El uso cotidiano adoptaría la palabra *cuarentena* para significar el aislamiento del enfermo infeccioso y de aquél, en forma profiláctica, que hubiera estado en contacto con enfermedades que se consideraban transmisibles. Muchas de ellas, como en el caso del ergotismo, no lo eran, pero condenaban a enfermos y acompañantes a un destino común e injusto. Una definición académica de *cuarentena* es el espacio de tiempo durante el cual están detenidos, incomunicados y en observación en un lazareto los que se presumen que vienen de lugares infectos o sospechosos de algún mal contagioso.

La observación que habían hecho los hombres de ciencia, con sus precarios conocimientos, había sido atinada. Muchos siglos antes de las comprobaciones experimenta-

La primera casa de aislamiento de enfermos contagiosos fue construida por un médico de apellido Leinit en una quinta ubicada en las calles Paraguay y Azcuénaga. Fue utilizada como lazareto en las epidemias de 1869 y 1871.



Fases de los «granos de la vacuna», según una lámina que acompaña al prólogo de Balmis al tratado sobre vacunación de Moreau de la Sarthe de 1803.

Instrucciones para la vacunación del médico Miguel Gorman, editadas en Buenos Aires en 1805. Ese año la vacuna llegó al Río de la Plata. Recién descubierta, el rey de España se interesó por su difusión en América.

INSTRUCCIONES

PARA

LA INOCULACION VACUNA.

DE ORDEN

DEL EXMO. SEÑOR VIREY,

MARQUES DE SOBRE-MONTE.

DISPUESTA

POR EL DOCTOR D. MIGUEL GORMAN,

Proto-Médico de esta Capital.



BUENOS-AYRES.

En la Real Imprenta de Niños Expósitos.
Año de 1805.

les habían previsto la función de las casas de aislamiento. Los antecedentes de esta medida se remontan en el tiempo: en 736, San Othmar destinó alojamientos especiales cerca de la abadía de St. Gall; en 757, Pipino el Breve, y en 786, Carlomagno, promulgaron edictos para la atención de estos mismos enfermos en casos particulares; en el siglo VII el rey Rotaris —en Italia— internó a los leprosos en el Hospital San Lázaro de Roma. Las leproserías (denominación a todas luces poco acertada) pasaron a llamarse *lazaretti*. En castellano, felizmente, primó la acepción italiana y fueron los *lazaretos*.²

En defensa del individuo

Otra forma de evitar la propagación del mal pestilente aparecería en el siglo XVIII: la vacuna. Sus beneficios se desparramarían sobre el mundo entero pero, en especial, en las zonas del Nuevo Continente.

El encuentro entre dos culturas, la europea y la amerindia, generó crisis. Genocidio, esclavitud; introducción de un nuevo lenguaje escrito y de la religión cristiana; intercambio de especies vegetales y animales (maíz, papa, tomate, de América; vacunos, equinos, trigo, de Europa); hábitos o adicciones (tabaco, coca, de América; opio, de Europa) y, justamente de lo que nos queremos ocupar: reciprocidad de enfermedades infectocontagiosas (probablemente la sífilis, de América; la tuberculosis, la viruela, el sarampión, de Europa). Solamente nos detuvimos en ejemplos característicos.

La enorme barrera geográfica que comprendía los dos mayores océanos había permitido el desarrollo de especies animales y vegetales que, tal vez con un origen común, se habían diversificado. Con las enfermedades había ocurrido algo similar.

La historia de la conquista es ricamente gráfica. La viruela facilitó la conquista de México y desde allí se expandió, en oleadas sucesivas con la llegada de los extranjeros, al resto de América. Cuando Narváez, uno de los oficiales de Hernán Cortés, desembarcó en Cempoala, un negro que portaba la enfermedad se encargó de su introducción en el mundo azteca. Los españoles estaban inmunizados desde la niñez contra esta afección, no así los indígenas, en los que ocasionaba un alto grado de mortalidad. Las luchas

entre grupos rivales, las intrigas, las traiciones, la astucia de los que llegaban preparados para la conquista, hicieron el resto.

Aunque resulta difícil asegurarlo por la lejanía de los hechos históricos, algunos autores calculan que acabó con la vida de 3,5 millones de habitantes de estas regiones. No olvidemos agregarle los efectos sociales y psicológicos de tal catástrofe.

En nuestro país, la viruela también causó estragos. Buenos Aires tenía solamente un cuarto de siglo de vida cuando una expedición de 1.000 soldados, en tránsito para Chile y al mando de un capitán llamado Mosquera, pasó por el caserío. Al llegar, muchos soldados enfermaron de viruela y, aunque abandonaron rápidamente la ciudad, entre los nativos hubo 2.000 víctimas. Cuando los diversos grupos lingüísticos culturales indígenas se acercaban al conquistador eran blanco perfecto para las nuevas enfermedades importadas: viruela, sarampión, tabardillo. La resistencia inmunológica de los nativos era bajísima; casi siempre terminaban con la muerte.

En Buenos Aires, las epidemias se sucedieron a intervalos regulares y no debemos olvidar que, con tan escasa población, el intercambio comercial con el indígena no era desechado por el blanco. Las grandes distancias y las pequeñas agrupaciones humanas, no obstante, actuaban como una barrera de aislamiento contra la enfermedad infectocontagiosa. El comercio o la guerra los ponía frente a frente: la enfermedad aprovechaba.

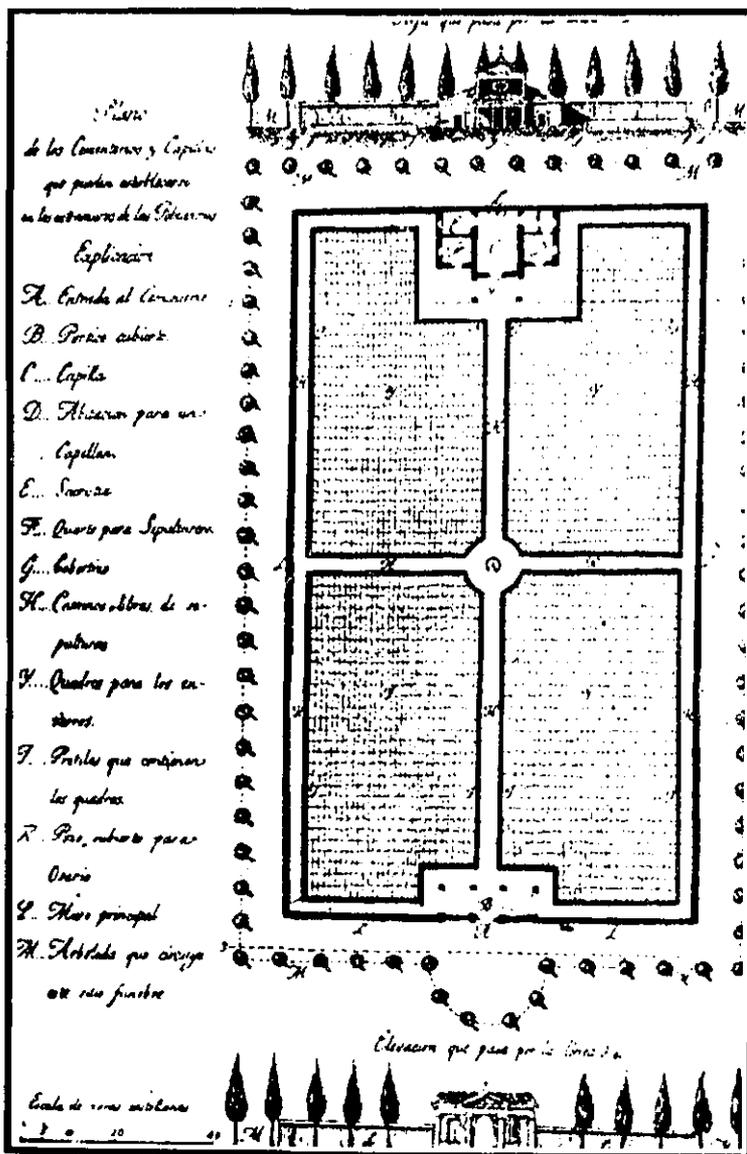
En 1778, los partidos de Salto, Pergamino, Puentezuelo, Arrecifes, Arroyo de Tala, Rincón de San Pedro, Baradero y el cuarto de San Nicolás de los Arroyos, sufrieron una gran epidemia de viruela. Una compañía militar informaba de la muerte de 186 hombres, «sin incluir mujeres, niños y forasteros», que parece que no correspondía contar. Para la plaga solamente restaba la oración o la variolización. En este último procedimiento se tomaba linfa de la pústula de un paciente, con un curso benigno de su enfermedad, y se la inoculaba a quien no la había padecido con el objetivo de producir una afección que se suponía debería ser leve. Esto no ocurría entre los indígenas donde siempre la viruela era violenta. Tal vez haya sido la enfermedad más contagiosa: se adquiría con sólo entrar en la habitación del paciente en periodo de estado.

En 1796, Eduardo Jenner inoculara a un niño con *cow-pox*, una enfermedad de los vacu-

nos (de ahí el nombre *vacuna*) que quedó protegido contra la viruela. Pocos años después, el rey de España «deseoso de introducir en América este preservativo tan beneficioso» —como dice Gregorio Funes—, prepara una expedición al mando de su médico de cámara don Francisco Balmis que, inoculando a varios niños durante la travesía, trae vivo a estas regiones australes el fluido vaccinal. Es el gesto altruista más importante de la corona española, habida cuenta de que se adelantó varios años a un hecho similar por parte de Inglaterra, donde se había efectuado el descubrimiento.³

La necesidad del antídoto para el mal era imperiosa. Hipólito Vieytes escribe en el *Semanario de Agricultura, Industria y Comercio* que «los Indios Pampas, esos hermanos nuestros, eran infelices víctimas de la epide-

Plano de un cementerio ajustado a las normas establecidas en Real Cédula del 24 de setiembre de 1798. Recién en 1905, ciento siete años después, se dictaron las primeras normas reglamentando la cremación.



mia carnífera, de que apenas escapa alguno cuando tuvo la desgracia de sorber este veneno contagioso», dando cuenta de la gravedad de sus efectos sobre los nativos.

La vacuna llegó primero a Montevideo, en la fragata *La Rosa del Río*, como constan en una noticia publicada en el mismo semanario que dirigía Vieytes. Ese mismo año (1805) parece descubrirse *cow-pox* en Baradero.

El traficante de esclavos Antonio Machado Carvalho, en la misma nave, y en los brazos de dos negros que traía para vender, la introdujo en Buenos Aires. Siempre se pensó que a este personaje no lo guiaba el sentido humanitario. Curiosa paradoja la de la enfermedad: entra en América portada por un hombre de raza negra y llega su curación en brazos de otros dos jóvenes de la misma raza. Una intrincada historia de desaparición de la vacuna y de las imperiosas solicitudes de las provincias reclamándolas al gobierno central, se suceden en el tiempo. Algunos hechos puntuales engrosarán el anecdotario. La Sociedad Real Jenneriana de Londres nombró miembro honorario de la misma a don Juan Manuel de Rosas por introducir la vacuna entre los indígenas del país; y en 1841, Francisco Javier Muñiz encuentra el *cow-pox* en vacunos de Luján, en la provincia de Buenos Aires. Remite su comunicación a Londres —a la Sociedad Jenneriana— de lo que llamó «la vacuna indígena».

Con la vacuna no terminaba la lucha: resultaba difícil convencer a un pueblo atrapado por los mitos y las supersticiones de los beneficios de esta medicina preventiva.

Buenos Aires en el siglo XIX

¿Cuáles eran las condiciones sociales e higiénicas de Buenos Aires en las postrimerías del siglo XX? Describiremos las características de un Buenos Aires que se animaba a ser pujante. El año 1880, por lo que decanta el pasado y por el futuro cambiante, marcará un hito en la ciudad de Buenos Aires, llamada a convertirse en el faro populoso más austral del mundo contemporáneo. Han quedado atrás la competitiva rivalidad con Montevideo y las luchas por la organización nacional. Buenos Aires asiste ahora a un fenómeno nuevo: la avalancha inmigratoria. Sectores de fuerza convergen sobre la homogénea sociedad patricia, que se desintegra en parte para dar lugar a que algunas fortunas pasen a laboriosas manos extranjeras, sin



apellido ilustre ni vínculos sociales. Se apoyan solamente en su esfuerzo cotidiano.

En 1887, un enorme porcentaje de los títulos de propiedad de las casas de Buenos Aires estaba en poder de los «gringos». Estos eran dueños de 18.500 propiedades (12.360 eran de italianos, que predominaban) y sólo 1.500 de argentinos.⁴

Es que ya en ese año, la proporción de habitantes de Buenos Aires estaba integrada por más de la mitad de extranjeros. No obstante, casi hasta la llegada del 80, la sociedad conservaba aún su patriarcal característica de Gran Aldea, cansina, con su tardo andar, con su remisa adaptación a todo esto nuevo que la iba infiltrando y que la llegaría a cambiar.

Aún era la ciudad de casas bajas pero de techos altos, encaladas, con anchas fachadas donde se hundían zaguanes que terminaban en los característicos patios porteños —corazón de la vivienda— de tipo romano, donde miraban impávidas las ventanas que partían desde abajo, muy cerca del suelo. Altas las aceras, mantenían su hidalguía por sobre la calle de tierra, puesto que, en esa época, sobre 3.983 cuadradas de la ciudad solamente existían 870 que eran céntricas, empedradas. Ese trabajo —con algunas cuadradas que fueron dejadas de lado, se completó una década después.⁵

El doctor Saturnino Seguroola aplicando una vacuna en el brazo de una niña sostenida por su madre. Otras tres mujeres parecen ofrecer obsequios de agradecimiento. El dibujo del siglo XIX es de Carlos H. Pellegrini.

A principios de ese mismo siglo ya había experimentado un cambio la edificación porteña: la casa colonial con techo de tejas a dos aguas había sido reemplazada por una casa un poco más baja, con azotea, confiriéndole a todo Buenos Aires el aspecto de una suave loma que quebraba levemente la monotonía de la pampa por un lado y el ancho río morado, por el otro.

Iba quedando atrás, lentamente, ese anacrónico pasado de Gran Aldea, exótica y lejana, de puerto incómodo, calles fangosas y mal alumbradas, de vascos lecheros, negros candomberos y finas tertulias en los salones de Riglos, Mendeville o Escalada, que dejaron en el recuerdo la Plaza de Toros y la Fonda de Francia.⁶

Ese Buenos Aires —más rural que ciudadano— no temía al progreso y era capaz, bajo el pensamiento noble pero soñador de los hombres que la regían, de acometer obras edilicias o transformaciones institucionales con visión de futuro, inspirados casi todos en el resplandor intelectual que llegaba de Europa.

Con respecto a la higiene que imperaba en la ciudad, Guillermo Rawson había trazado —hacia 1871— un panorama desalentador. Criticaba el uso de la basura —desechos de las casas, materias vegetales y animales— para rellenar y nivelar algunas calles, que



fermentaba, «escapaban por las capas porosas de la superficie, y que, mezclándose con el aire que iba a ser respirado por los habitantes, constituía una fuente inagotable de veneno para la atmósfera».

La teoría de las miasmas no había muerto en su totalidad y el contagio parecía siempre algo extraño.

Por otra parte, «tanto el agua para beber como para los diversos servicios domésticos, provenía de tres fuentes: la rica agua de lluvia conservada en aljibes o cisternas impermeables, y el resto de la población tomaba el agua de pozo y el agua del río, que se vendía por las calles y por lo general extraída de las costas del río de la Plata, más próximas a la ciudad, y ciertamente contaminadas por la población fluvial del puerto y por las materias animales líquidas procedentes de los mataderos establecidos en las riberas

En 1841 Francisco Javier Muñiz, experimentando con vacunos de Luján, produjo lo que llamó «la vacuna indígena», sobre la que informó a la Sociedad Real Jenneriana de Londres.

del Riachuelo».⁷ Excepto el agua del aljibe, el resto era de mala calidad.

«El sistema de letrinas era verdaderamente primitivo. Los receptáculos de las materias excrementicias eran pozos comunes profundizados casi siempre bajo el nivel de las aguas subterráneas.»

Otro foco importante de contaminación era la descarga de líquidos orgánicos en las aguas del Riachuelo que provenían de los saladeros establecidos en sus orillas: faenaban anualmente 500.000 vacunos y 2.000.000 de ovejas y yeguas.

Rawson infería que, como resultado de todas estas falencias y de muchas otras infracciones, se desencadenó —en 1871— una de las más mortíferas epidemias de fiebre amarilla «que halla diezmando a un pueblo civilizado en todo el siglo XIX». Ciento seis de cada mil habitantes de Buenos Aires, murieron en ese año.

Entonces, comenzó la lucha. Las autoridades llevaron a cabo las obras para la provisión de agua potable y desagües —de los más adelantados para la época—, pavimentos impermeables, policía sanitaria, etc. Es evidente que la presión económica hizo que no se pudiera manejar (como ocurre aún hoy) los desechos animales arrojados impunemente a las aguas del Riachuelo.

El aislamiento de los enfermos en Buenos Aires

¿Cómo surgió en nuestro país la primera casa de aislamiento? La ubicación austral de Buenos Aires no le permitía escapar a las pestilencias. Había sido conmovida por epidemias importantes.

La quinta de Leinit, una casa situada en las calles Paraguay y Azcuénaga, construida por un médico de ese apellido, que abrigaba pretensiones de hospital, había servido de lazareto durante las epidemias de cólera de 1869 y de fiebre amarilla —ya mencionada— en 1871. Este lugar recibió su espaldarazo en 1882 —durante una epidemia de viruela— por parte del vicepresidente de la Comisión Municipal, el doctor José María Ramos Mejía, quien la denominó Casa Municipal de Aislamiento.

El lazareto San Roque, que desde el comienzo de la epidemia de cólera se había destinado

a ese fin, reemplazaba —como hospital de enfermos de otras patologías no contagiosas— al insuficiente Hospital Buenos Aires, ex Clínicas. Por otra parte, mecanismo común en nuestro país donde nada se recicla y todo se «tira abajo», el Hospital General de Hombres estaba pronto para finalizar su período útil. Ciertamente, algo lo condenaba, era de gruesas paredes de adobe y ladrillo, sin instalaciones sanitarias, con salas oscuras que recibían toda la humedad del clima porteño, y había sido denostado permanentemente como causa de infecciones y putrefacción.

La Casa de Aislamiento no contaba con mejores ventajas: no tenía farmacia (utilizaba aquello que le proveía el Hospital Buenos Aires), el personal era escaso, sus solas 40 camas eran desbordadas por las epidemias y en algunas ocasiones su población de enfermos ascendía a 95. El hacinamiento era impresionante y, en mayo de 1883, se habilitaron dos carpas en el jardín, mientras que en agosto del mismo año se alquiló un galpón contiguo que había sido una antigua grasería. Los pacientes internados sufrían de infecciones sobreagregadas y su índice de mortalidad ascendía, tal como la morbimortalidad del vecindario adyacente que comenzaba a mostrar una inquietud lógica por los datos que recababa. El retraso de los nuevos conceptos sobre la infección (teoría microbiana) indigna, a la luz de la historia de la medicina. Ya en 1849, Sedillot había creado la palabra *microbio* y, para esa época, las teorías de Pasteur tenían aceptación unánime.

En el siglo *xvi*, aunque desconociendo su verdadera identidad, Fracastoro hablaba de contagio.

El 17 de noviembre de 1883, el flamante diario *La Nación* publicó una nota que da cuenta de protagonistas y hechos trascendentes: «Como lo anunciamos ayer en última hora existe en esta ciudad un enfermo de fiebre amarilla. Es un fogonero del vapor español *Solís*, llamado Vergara. El *Solís* llegó a nuestro puerto el 1º del corriente procedente de Marsella, habiendo hecho escala en el puerto de Río de Janeiro el 18 de octubre. Ayer a las 7.30 p.m. el Presidente del Departamento Nacional de Higiene, Dr. Pedro A. Pardo, recibió la visita del Dr. J. Carlé, médico Director del Hospital Español, quien le comunicó que existía en el referido hospital un enfermo sospechoso entrado por la tarde y procedente del vapor *Solís*. Informado, el Intendente Municipal hizo reconocer al enfermo por la Asistencia Pública, a cuyo



El doctor José Penna, además de un hombre que dedicó su vida a mejorar la salud del pueblo, fue un erudito en enfermedades infecto-contagiosas. Fue el primer titular de la cátedra de Clínica Epidemiológica.

Director Dr. José María Ramos Mejía, le ordenó lo internara a seis u ocho leguas de la ciudad y de la costa. Se colocaron guardias de vigilante en las puertas del Hospital Español, impidiéndose la entrada y salida del establecimiento, trasladándose ayer a las 12.30 al enfermo a un terreno del Sr. Aldao, llamado Los Olivos, situado a espaldas de la quinta de Casares y próximo a los hornos del Sr. Francisco Marditich. El enfermo, acompañado del Dr. Penna, salió del hospital en una ambulancia en la cual iban la cama y los objetos usados por Vergara durante la enfermedad. En el paraje indicado, el comisario Fernández había hecho armar dos carpas de 4 por 2,5 varas, en una de las cuales fue colocado el enfermo, instalándose en la otra el Dr. Penna. Ese doctor Penna era el mismísimo doctor José Penna^{8,9} que fue —al decir de Alois Bachamann— «uno de los apóstoles que, por su prédica y acción, derramó infinitos beneficios para la salud de su pueblo».

Para comprender mejor a este espíritu benefactor, dotado de una vocación médica excepcional, y de una dureza de carácter incomparable, debemos remontarnos a su progenitor. Cuando casi diariamente se trae a colación «el desarraigo argentino», una suerte de lacra que hunde sus raíces en la sociedad, se hace menester mencionar al arraigo argentino, con todas sus contrariedades y todas sus canonjías —aunque éstas no sean más que espirituales—, con sus frustraciones y su prometedor futuro. Cómo

crece, cómo se agranda ese arraigo, cuando quien lo detenta es un extranjero. Juan Penna, padre de José, nació en Milán en 1830. A los 22 años arribó a nuestro país y se alistó como sargento primero en el batallón Legión Valiente, a las órdenes de su compatriota el coronel Olivieri, actuando en el sitio de Buenos Aires. En 1855 fue dado de baja como teniente segundo en la Legión Agrícola que marchó a Bahía Blanca para la fundación del fuerte Nueva Roma, combatiendo contra los indios para afianzar las fronteras. Intervino en la expedición a las Salinas Grandes, y se batió en el combate de Pigüé y en el de San Nicolás de los Arroyos a bordo del vapor de guerra *Guardia Nacional*. Luego se enroló para defender a su país adoptivo en la Guerra del Paraguay e intervino en casi todos los combates, donde vio morir a sus camaradas o por la metralla o por las pestilencias. En 1878, a las órdenes de Emilio Mitre, fue a sofocar la rebelión de la provincia de Corrientes y luego dos insurrecciones del caudillo López Jordán en Entre Ríos. Además fue instructor de artillería en el Colegio Militar e inspector del Arsenal de Guerra.

El Hospital Francisco Javier Muñiz

El cuadro que pintó la crónica periodística de *La Nación* fue un preanuncio de lo que ocurriría un año después. Al finalizar 1884, desembarcaron en Buenos Aires —provenientes de Río de Janeiro— varios enfermos de fiebre amarilla. Los habitantes tenían todavía presente el estrago que éste había causado trece años antes. Cundió el pánico. Pero otra vez surgió el esforzado trabajador heroico y Penna se aisló con los pestosos estableciendo —por primera vez en el país— la cremación de los que fallecieron. Desde otro punto de vista, el administrativo daría el puntapié inicial para una obra que lo perdería: el hospital para infecciosos.

José Penna, con sus vivencias, avizora el problema e intuye la solución. En la *Memo-ria/1885 de la casa de Aislamiento* aboga por lo perentorio de fundar un nuevo hospital destinado a ese fin. Un año antes, el intendente Torcuato de Alvear había adquirido un terreno delimitado por las calles Entre Ríos, Matheu, Camino Alsina y Patagones, donde comenzaron a construirse

dos grandes galpones de madera con techos de tejas, ubicados paralelamente, separados entre sí por 15 metros de distancia, y luego otro cuadrado de 16 metros de lado. El predio era, aunque no para la época, de grandes dimensiones: 5 manzanas.¹⁰

Los dos pabellones contiguos fueron divididos y, con la construcción de uno más aprovechando una armazón de hierro que provenía de un puesto de flores del mercado viejo situado en Alsina y Perú, se conformaron 5 salas. La tercera de ellas —mencionada anteriormente— hacia las veces de administración y de cocina.

Todo era precario: no existían calles adoquinadas, ni farmacia, ni morgue, ni lavadero... Hasta las viejas estructuras metálicas tenían utilidad.

Terminaba 1886 cuando se le agregó una estación sanitaria con una estufa de desinfección, tan necesaria para la índole de las dolencias que se atendían. Ese mismo año, otra epidemia de cólera obligó a construir 4 o 5 salas más, siempre de madera. La nueva Casa de Aislamiento había recibido otra prueba de fuego y había salido airosa. En este momento nació en nuestro país la reglamentación de la cremación obligatoria para todo cadáver no reclamado y la facultativa cuando fuera solicitado. El horno crematorio funcionó en ese lugar hasta 1905.

Fracasadas las tentativas del intendente Antonio Crespo para fundar otro hospital para aislamiento de los pacientes infecciosos y para lo cual había adquirido el terreno donde en la actualidad se levanta el Hospital Tornú, el director de la Asistencia Pública, José Ayerza nombró en 1893 una comisión que debería proyectar el nuevo hospital. Ya no se pensaba en una nueva fundación ni en un traslado, sino —atinadamente— en mejorar el lugar donde la casa de aislamiento se encontraba situada. La comisión estaba for-

En 1882 la quinta Leinit, primer lazareto de Buenos Aires, pasó a denominarse Casa Municipal de Aislamiento. Tenía pocas camas y personal. En 1886 se construye un amplio hospital que, desde 1930, lleva el nombre de Muñiz.



mada por los ingenieros Clerici y Juan Cagnoni y los médicos Manuel Podestá, José Penna y el mismo Ayerza. Los planos fueron presentados por José Penna, erudito en el tema de las enfermedades infectocontagiosas, y aprobados por el entonces intendente Federico Pinedo.

La idea primigenia fue la de levantar tres hospitales aislados entre sí, con una comunicación por medio de galerías incompletas, con sus servicios accesorios individuales. Esto dio lugar a una sección de 18 pabellones, otra de 5 y una última de 14. El proyecto inicial había cobrado un enorme desarrollo con agregados importantes.

Arboles y rejas servían de rigurosos cancerberos para evitar el paso —aun de médicos y enfermeros— entre los distintos complejos hospitalarios. Se jactaba Penna de que se había dispuesto de un bosque de árboles pequeños rodeados de árboles grandes puesto que esta curiosa disposición servía para acompañar una especie de aislamiento natural, hoy diríamos ecológico.

Hallándose la obra en plena ejecución, se adquirieron dos terrenos que tenían su frente sobre la avenida Amancio Alcorta, que darían lugar a los pabellones Roberano y Santa Ana (luego salas 22 y 23), destinados a los enfermos tuberculosos. Este hospital contaba con la inusual cantidad de 300 camas destinadas al tratamiento de estos últimos.

El 30 de junio de 1900 se creó la Cátedra de Clínica Epidemiológica, cuyo primer profesor a cargo fue el mismo José Penna, y el 20 de setiembre de 1901, por su propia iniciativa, la Escuela Interna para la atención de niños atacados por enfermedades infecciosas.¹¹

En 1930, bajo el impulso del dinámico Carlos M. Pico, el Hospital Francisco Javier Muñiz —nueva denominación de la Casa de Aislamiento— es remozado en su totalidad, creando nuevas dependencias que estaba necesitando. Por esta casa de la calle Uspallata 2272 pasaron, entre muchos otros y nombrando solamente algunos de los desaparecidos, Francisco D'Stéfano, Raúl Vaccarezza, Daniel Tan, Carlos Videla, Hernán González, Atilio Rizzuto, Francisco Inda, José Peroncini, León Charosky, Roberto Paso, José Semprún, Isaac Natin, Juan Bonorino Cuenca, Octavio Pico Estrada, Carlos Fonso Gandolfo, Carlos González Cambaceres... Queda una enorme deuda de gratitud para los médicos que perdieron su vida ante el contagio recibido durante la atención de estos enfermos.

Una última palabra sobre quien da nombre al hospital. Sarmiento¹² dice que «Muñiz tenía todas las intuiciones de las ideas que empiezan a agitar el mundo moderno. Practica la medicina y la cirugía por profesión; pero en la Universidad introduce y enseña las clases de obstetricia y las de patología infantil, mostrando al inaugurarlas el sentimiento del más alto respeto por la mujer, que ha principiado ya en otros países a reclamar la igualdad civil de los sexos, y a poco obtendrá el sufragio político. Muñiz prelude en ese camino. En el ejército introduce la alimentación vegetal y reclama los hospitales ambulantes, que son la última orden del día de los ejércitos modernos. En las ciencias naturales sigue las huellas de Darwin, continuando su obra y preparando materiales para el trabajo de clasificación que hará con más tecnicismo Burmeister, que lo reconoce uno de los estudiantes serios de la paleontología pampeana, desde aquellos tiempos.»

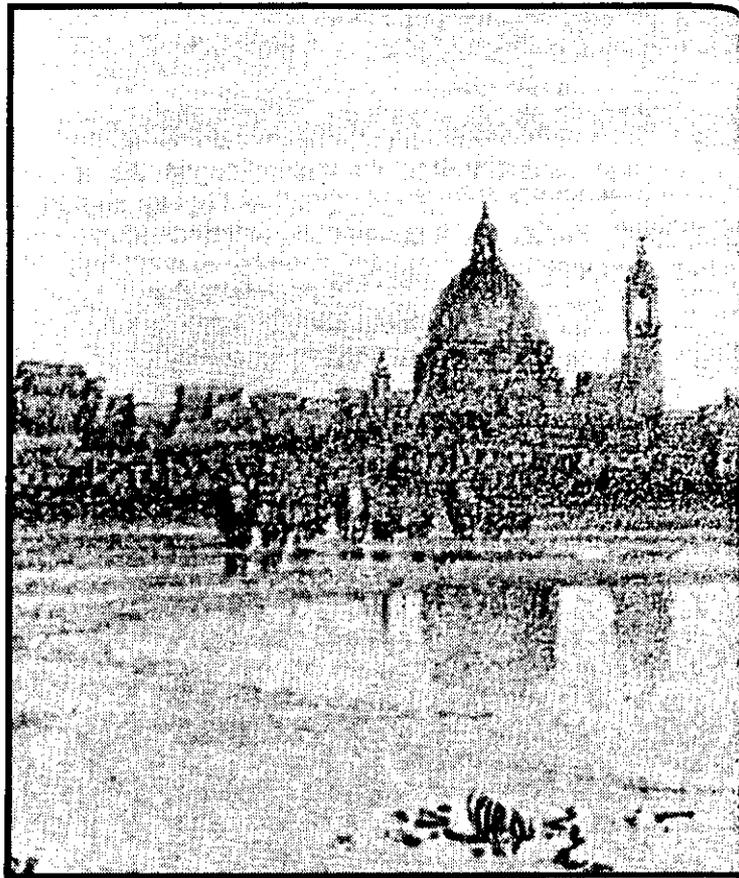
La labor de nuestros médicos se había iniciado con paso firme.¹³

BIBLIOGRAFIA

1. Sir MACFARLANE BURNET y WHITE D., *Historia natural de la enfermedad infecciosa*, Madrid, Alianza, 1982.
2. PÉRGOLA F. y OKNER O.H., *Historia de la medicina*, Buenos Aires, Edimed, 1983.
3. MOLINARI, J.L., *Introducción de la vacuna en Buenos Aires*, Azul, 1930.
4. GIMÉNEZ PASTOR, A., «Los primeros tiempos de la gran ciudad», *La Nación*, 2 de julio de 1940.
5. *Idem*, «Los últimos días de la Gran Aldea», *La Nación*, 19 de mayo de 1940.
6. PÉRGOLA, F., «Buenos Aires y el Hospital de Clínicas», *La Nación*, 21 de octubre de 1979.
7. MARTÍNEZ, A.B., «La ciudad de Buenos Aires en el primer centenario», *La Nación*, 25 de mayo de 1910.
8. PÉRGOLA, F., «José Penna», *Capítulo Médico* número 11, 1988.
9. LOUDET, O., «Sobre el heroísmo en medicina», *La Prensa*, 10 de junio de 1979.
10. PÉRGOLA, F., «El Hospital Francisco Javier Muñiz», *Capítulo Médico* número 6, 1987.
11. GONZÁLEZ CAMBACERES, C., «Historia del Hospital Francisco Javier Muñiz», *Actas del Primer Congreso Hispanoamericano de Historia de la Medicina*, Asociación Médica Argentina, pp. 435-441, Buenos Aires, diciembre de 1980.
12. SARMIENTO, D.F., *Vida y escritos del coronel Francisco J. Muñiz*, Buenos Aires, Ed. Félix Lajouane, 1895.
13. BUZZI, A. y PÉRGOLA, F., *Clásicos argentinos de medicina y cirugía*, Buenos Aires, López Ed., 1993.

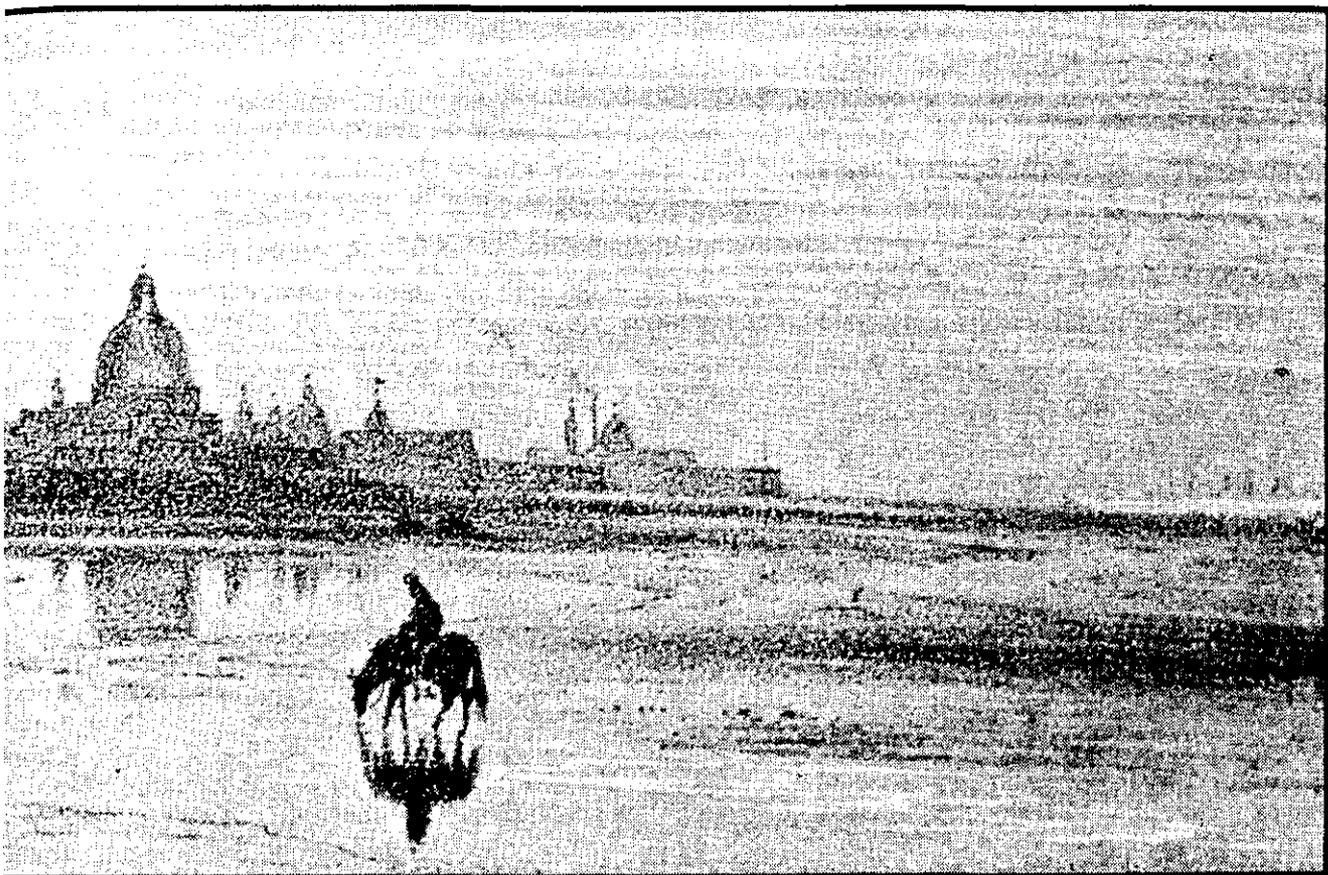
Antonio Elio Brailovsky

BUENOS AIRES, CIUDAD INUNDABLE



En la iconografía tradicional de Buenos Aires, desde la aguada de Brambila a Emeric Essex Vidal, la ciudad se contempla desde la perspectiva del río. Dicha ubicación puede resultar útil también para un análisis que, a partir de la historia, rastree la relación entre la sociedad porteña y el medio natural. Todo indica que en los tiempos fundadores y en la época virreinal, sabían reconocerse los límites que el medio natural, en este caso el río, imponen a la actividad humana, y que hoy tienden a desconocerse con las consecuencias visibles cada vez que una fuerte lluvia inunda las calles de la capital argentina.

En la litografía de Robert Elwes, publicada en Londres en 1854, las torres de las iglesias se reflejan en las aguas del Plata.



LAS INUNDACIONES EN LA EPOCA COLONIAL

Hablar de inundaciones urbanas nos lleva a pensar la ciudad de un modo particular. Nos preguntamos qué significa, cómo se originó, qué consecuencias tiene ese profundo desajuste con la naturaleza que llevó a edificar en zonas inundables. ¿Especulación? ¿Ignorancia? ¿Soberbia tecnológica? ¿O todo eso junto, en medio de un largo y complejo proceso de ocupación del espacio urbano?

Durante el periodo colonial existe una especificidad en la política urbana y la relación con la naturaleza, reflejada en las Leyes de Indias y las actitudes de las autoridades. El escaso desarrollo de la tecnología impide grandes intervenciones sobre el

medio natural. Al mismo tiempo, esa situación posibilita una mirada ingenua sobre los mecanismos de la naturaleza, que permite respetarlos y convivir con ella.

¿Fundó Mendoza en un lugar inundable?

La fundación de ciudades en América seguía normas precisas, fijadas por las Leyes de Indias, las que, como veremos más adelante, establecían restricciones para la edificación en terrenos inundables.

Estas normas se cumplieron estrictamente durante la fundación de Juan de Garay,

como lo demuestran los planos de los que disponemos. No parece haber ocurrido lo mismo con la fundación de Pedro de Mendoza. Si nuestra lectura de los testimonios es correcta, Mendoza parece haber inaugurado la práctica de construir sin tener en cuenta las limitaciones del medio natural. La primitiva Buenos Aires se fundó junto al Riachuelo, en un lugar que durante mucho tiempo estuvo sujeto a discusión, dado que no poseemos ningún plano confiable del sitio. (Dejamos de lado las hipótesis que la ubican en sitios como lo que hoy es Escobar, por considerarlas poco fundamentadas.)

Por ejemplo, para Paul Groussac, el lugar elegido por Mendoza era la costa misma del Riachuelo, junto a la Vuelta de Rocha.¹

Y Juan José Nágera le contesta con un detallado estudio geológico en el que demuestra lo absurdo que hubiera sido construir una ciudad en un lugar que se inundaba,² en un enfoque que necesita salvar a toda costa la racionalidad de nuestro primer fundador, como si no fuera posible imaginar un error urbanístico en ese personaje histórico.

Este autor elige la parte superior del Parque Lezama o la zona próxima al mismo. «En esta parte de la meseta —dice—, el suelo ofrecía grandes ventajas para vivaquear y construir una ciudad. ¡Nada de lagunas, lagunajos y pantanos, como en el bajo Riachuelo!»

Naves de la expedición de Pedro de Mendoza ancladas en el Riachuelo. El cuadro de la artista Leonie Matthis incluye algunas lanchas y personas sobre la angosta playa.

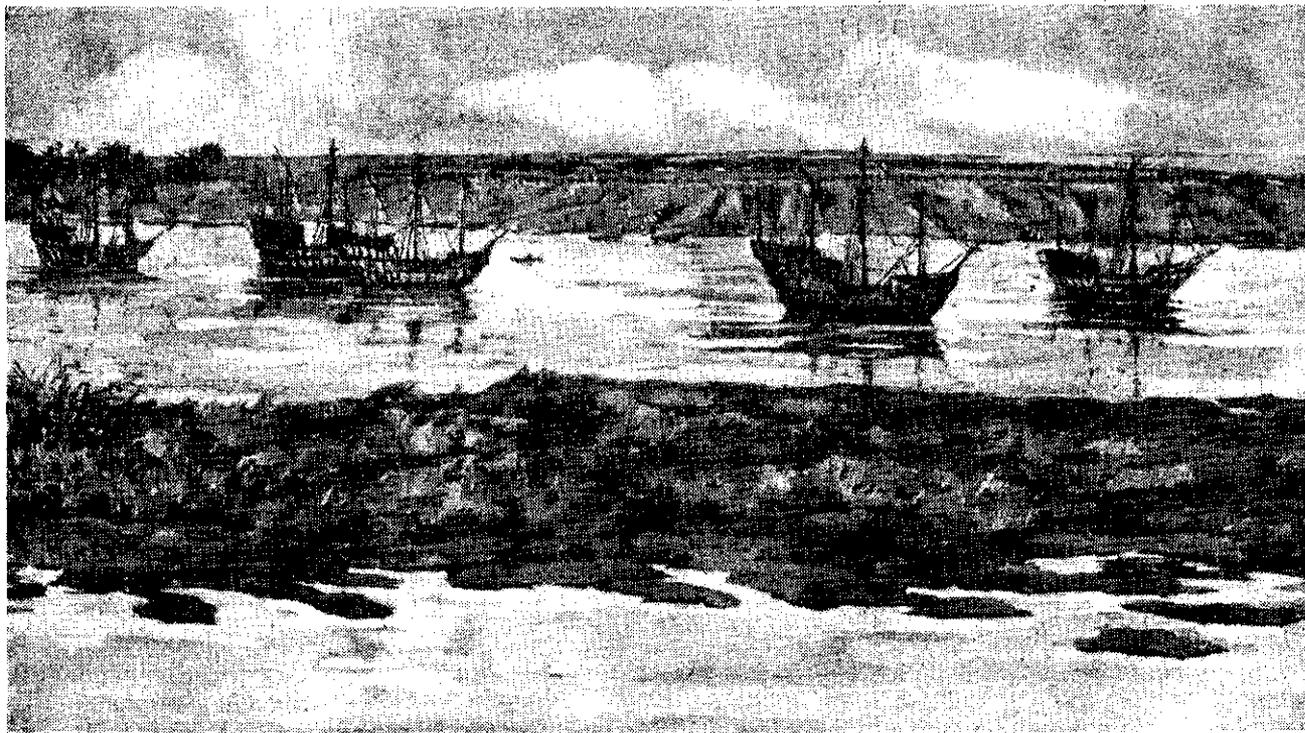
Lo curioso es que una afirmación tan contundente se fundamenta en unos antojadizos dibujos que acompañan la edición de la obra de Ulrico Schmidl, cronista de la expedición, y que fueron realizados mucho tiempo después por un dibujante que no vino al Río de la Plata y que se guió por testimonios orales.

Con el mismo criterio, en la historia oficial de la ciudad se señala que «todo el valle del Matanza, en general, era —y sigue siéndolo en su parte superior— inundable y anegadizo».³

Note que están diciendo que la parte inferior del valle del Matanza-Riachuelo, es decir, la Boca, ya no era inundable en el momento en que se escribió esa historia; es decir, en 1936. Nos preguntamos con qué facetas del imaginario social se corresponde esta afirmación y los motivos que, de buena fe, nos llevan a negar una y otra vez lo evidente.

Pero volvamos a la descripción del ambiente en el momento de fundarse Buenos Aires: «En las épocas más secas estaba cubierto de lagunas y lagunajos —dicen—, los cuales daban albergue a una abundante fauna. Tratábase de una región baja e insalubre, cubierta de juncuales, que sólo servía para el pastoreo en las partes más altas, o sea en las que se inundaban con menor frecuencia, al pie de las barrancas.

«En las proximidades de la Vuelta de Rocha, las inundaciones eran casi continuas. El estudio de la frecuencia de las altamares ha



demostrado que las aguas sobrepasaban el nivel de 1,50 metros que en esa zona debían tener las orillas sobre el cero del Riachuelo, un día sí y un día no, lo cual la convertía en un lugar por completo inundable.

«Además, los vientos que soplaban con gran fuerza sobre esa zona, especialmente las llamadas sudestadas, la cubrían totalmente de agua durante semanas enteras, con lo cual se descartan todas las posibilidades de que don Pedro de Mendoza haya podido fundar una población en esos bañados y extensos pantanos.»

En realidad, todos los argumentos apuntan a decir que ninguna persona sensata fundaría una ciudad en lo que hoy es la Boca, pero se ofrecen pruebas sustanciales de que haya sido así. Más bien tenemos indicios de lo contrario, tanto en lo que hace a la localización de la ciudad como en la sensatez de Pedro de Mendoza.⁴

Sabemos de por lo menos una inundación importante ocurrida durante la gestión de Mendoza, que afectó el área edificada. En la primavera de 1536, se destruyó completamente una iglesia recién construida, ya que «se la llevó la corriente del río», según afirman los mismos autores que descartan que Mendoza haya fundado la ciudad en los bañados del Riachuelo.⁵

Esto equivale a decir que esa iglesia fue construida en la parte baja de la barranca del río de la Plata, quizás por haberse creído que ya no era una barranca activa, y por no haber reconocido la vegetación característica de las aguas anegables. Es decir, que pensaron que el río no llegaría hasta el borde de la misma, como efectivamente sucedía en esa época. Este hecho es uno más entre muchos de los que demuestran la irresponsabilidad de Mendoza, la misma que lo llevó a dejar morir de hambre a muchos de los integrantes de la expedición mejor equipada que llegara a estas tierras. De toda esta historia, nos interesa destacar la mirada de nuestros contemporáneos. Del mismo modo que Zabala y Gandía afirman que la Boca ya no se inunda, tampoco pueden creer que Mendoza haya fundado la ciudad en un lugar inundable y descartan por completo esa hipótesis.

Al mismo tiempo, con la mayor honestidad intelectual ofrecen una prueba contundente en contrario, al decir que la primera iglesia quedó completamente destruida por la creciente. ¿Acaso la inundación hubiera podido afectarla si Mendoza la hubiera construido en el alto? ¿En cuántas circunstan-

cias estaremos nosotros haciendo lo mismo, es decir, dejando de ver los fenómenos naturales que tenemos delante de los ojos?

La relación de la ciudad con los bajos en la época colonial

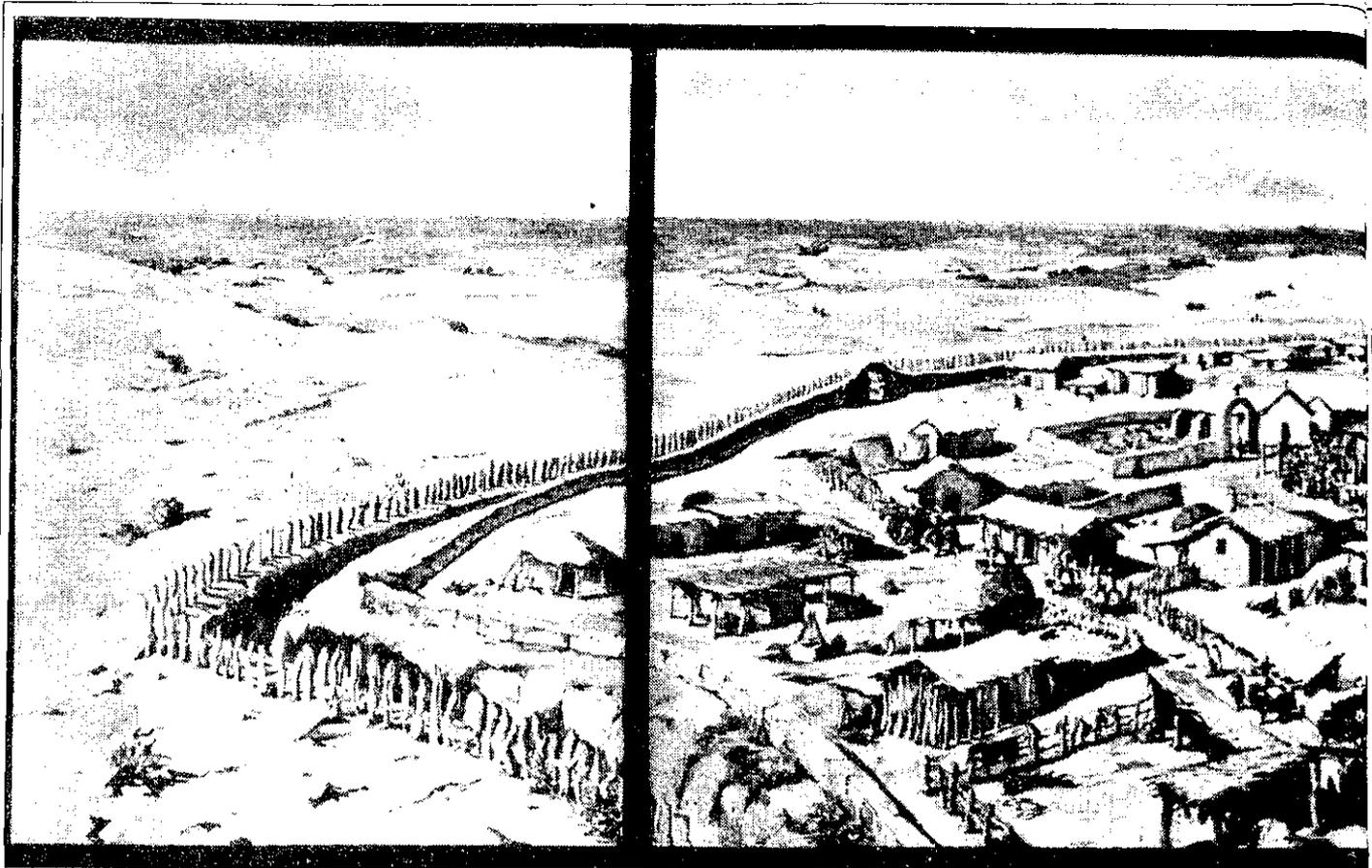
Garay funda Buenos Aires por segunda vez, ahora cumpliendo con todos los requisitos legales y ambientales de la época.

Ordenaban las Leyes de Indias: «No elijan sitios para poblar en lugares muy altos, por la molestia de los vientos y la dificultad de servicio y acarreto, ni en lugares muy bajos, porque suelen ser enfermos». ⁶ Y agregaban: «Que el terreno y cercanía sea abundante y sano. Que no tengan cerca lagunas ni pantanos, en que se crían animales venenosos, ni haya corrupción de aires ni de aguas.» ⁷ Eduardo Madero cuenta al respecto que «Garay, con los principales hombres que le acompañaban, elegiría el terreno donde iba a plantear la ciudad. Con él venían tres de los compañeros de don Pedro de Mendoza, que le harían ver los inconvenientes de poblar en los terrenos bajos; y entonces eligió la relativamente alta meseta que da entre las barrancas que dan frente al río de la Plata, por el sur a los bañados del Riachuelo y por el oeste se prolonga hacia el interior». ⁸ En forma coherente con esto, Garay delimita el ejido urbano a partir del borde superior de la barranca, es decir, dejando afuera las aguas inundables.

Garay no lo dice explícitamente —quizás por considerarlo obvio, y además porque los planos lo muestran con claridad— pero su sucesor Hernandarias de Saavedra aclara, para evitar litigios, que las tierras repartidas en Buenos Aires tienen «por frente la barranca de la costa de la Mar», es decir, la barranca del río de la Plata. ⁹

Decir que el límite es la barranca y no el río, equivale a decir que es la parte superior de esa barranca. El bajo será de uso común, lo que es una forma clara de prohibir la edificación en la franja inundable. Las Leyes de Indias establecían taxativamente la necesidad de determinar áreas de reserva en todas las ciudades a fundar, para tierras de utilización colectiva: aguadas, bosques maderables, tierras de pastoreo.

Esto era coherente con la legislación medieval castellana de la época de Alfonso el



Sabio. Y es que las formas de propiedad medievales eran diferentes de las actuales. Desde la sanción de nuestro Código Civil, sólo existe entre nosotros la propiedad privada o la del Estado.

Pero durante la Edad Media existieron varias formas intermedias de propiedad común, especialmente en diversos recursos naturales. Las Partidas de Alfonso el Sabio distinguían con precisión diversas clases de bienes comunes:

- Los bienes comunes a hombres y animales (como el aire).
- Los bienes comunes a todos los hombres (como las costas de los ríos).
- Los bienes comunes a los habitantes de una ciudad o región (como aguadas, tierras de pastoreo o bosques para la extracción de leña). En el caso particular de Buenos Aires, parecía un criterio adecuado dejar para uso colectivo las tierras inundables, que no tenían otra utilidad.

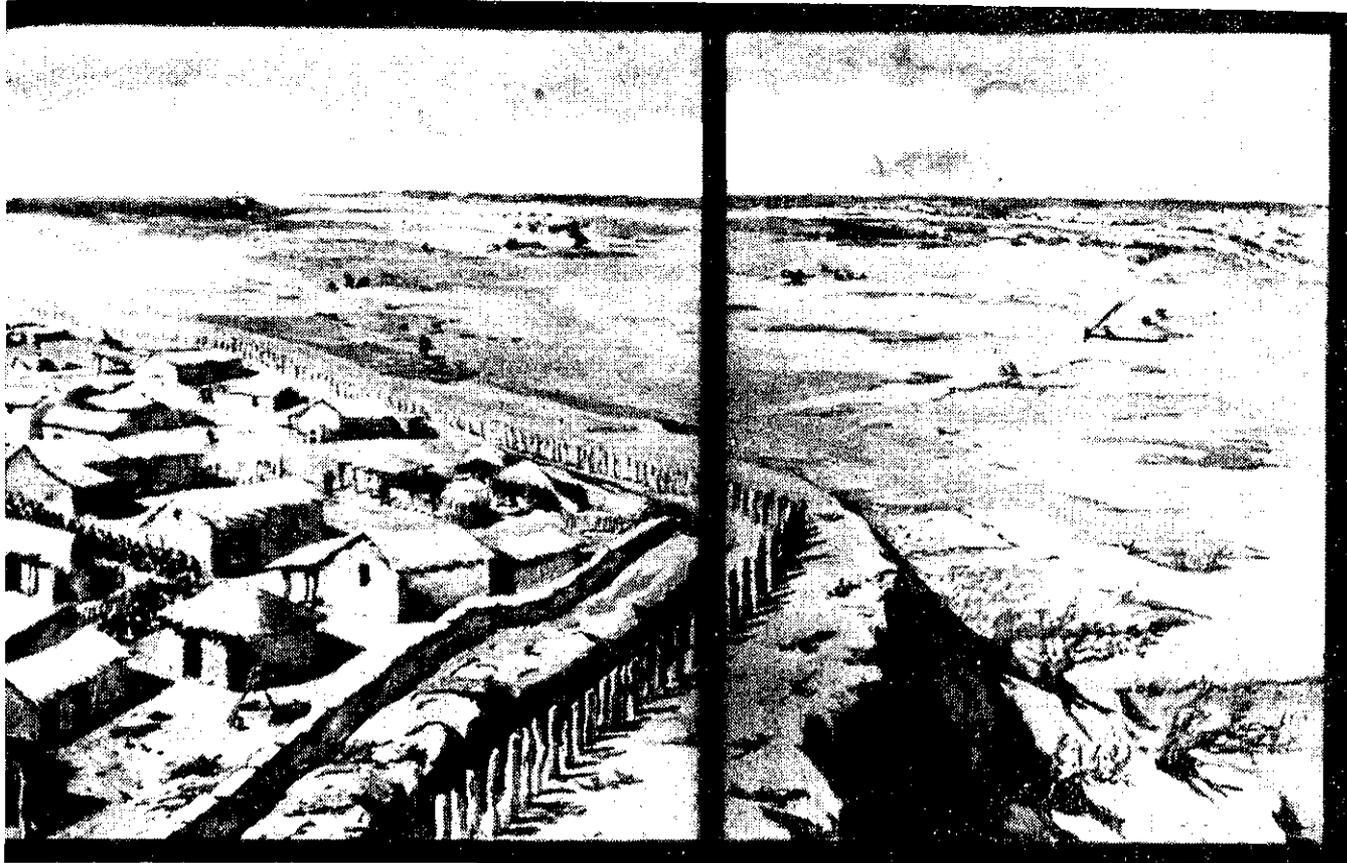
Por eso, desde Garay en adelante, las chacras comenzaban a medirse desde lo alto de la barranca. El bañado que se extendía frente a ellas no pertenecía a ningún particular, sino que era del rey. Es decir, que era «realengo», igual que el ganado salvaje o cimarrón que se producía en esas llanuras.

La aldea porteña, una modesta aglomeración de ranchos, está rodeada por una empalizada que no podría protegerla ni del ataque de los indios ni del riesgo de las inundaciones.

«No sólo era realengo el bañado que se extendía por 7 kilómetros desde Recoleta hasta Vicente López. También lo eran los bañados de los ríos, garantizándose el acceso a ellos en épocas de sequía pues se destinaban al pastoreo común». ¹⁰ En ellos se podían pescar libremente bagres, surubies y dorados para el abastecimiento de la ciudad, no solamente en el río sino también en las lagunas que se formaban en el lugar.

De acuerdo con la ley, en el bañado no podían establecerse poblaciones. Sin embargo, en muchos casos, los dueños de los terrenos del alto fueron ocupando los bajos que estaban en el borde de sus propiedades. Desde el bajo de la Recoleta hasta Belgrano se fueron levantando cercos o construyendo zanjas que delimitaban parcelas para huertas, pero se trataba de meros ocupantes de hecho, que no tenían dominio sobre el suelo.

Esta concepción fue variando, y los terrenos bajos fueron entregados en propiedad, principalmente para un uso agrícola, durante los siglos subsiguientes. Esta zona pasó a ser el área de chacras que producían los alimentos para uso diario de la ciudad, así como también su zona de pesca. Tengamos



en cuenta que los bañados del bajo eran, en algunas zonas, bastante extensos: un poco menos de media legua, es decir, dos kilómetros en lo que hoy llamamos el Bajo Belgrano.¹¹

El plano de Manuel Ozores de 1608 muestra claramente la barranca que delimita el bañado del Riachuelo, diferenciándola del área urbana.

Un siglo más tarde, Domingo Petrarca levanta un mapa de la desembocadura del Riachuelo, en el que explica: «La guardia del Riachuelo está situada en un paraje expuesto a todas las crecientes del río, porque está situada en un terreno muy bajo». El mapa indica las líneas de bajamar y pleamar, el borde de la barranca y los cursos de algunos arroyos que desembocan en el Riachuelo y otros en el río de la Plata. Se trataba de un pequeño fuerte, ubicado en la proximidad de la Boca del Riachuelo. Cuando se discutieron sus posibilidades para la defensa de la ciudad, se argumentó que la propia geografía del lugar era la mejor aliada ante posibles invasores, ya que esos bañados «en lloviendo son intratables de poderse mantener en ellos».¹²

También se ven algunas áreas de cultivo en los terrenos del bañado, a los que se califica

como «área anegadiza».¹³ Durante la época colonial se establecieron chacras en el bajo del Riachuelo, aprovechando la distancia que existe entre la barranca y el curso del agua.

Los registros disponibles muestran que las inundaciones urbanas no son un problema significativo durante la época colonial. Estas crecidas afectan a una parte reducida de la población, definida como marginada o que vive fuera de la ciudad de Buenos Aires. En 1713, el plano de agrimensor Bermúdez muestra una serie de casas y otras construcciones efectuadas en el bajo.¹⁴ El límite de la barranca es lo suficientemente nítido como para que podamos suponer que nadie tenía dudas sobre cuáles eran las zonas inundables, ni existía ambigüedad social acerca de ellas.

Con este criterio, el síndico del Cabildo denuncia la ocupación y el establecimiento de huertas en el Bajo de la Recoleta, y pide «se prohíban las referidas poblaciones en los citados bañados de este río».¹⁵

Del mismo modo, en 1781, Domingo Belgrano Pérez presenta una nota al Cabildo en la que formula una serie de consideraciones sobre la política ambiental y urbana, y pide, entre otras cosas, desalojar las

viviendas ubicadas en áreas inundables. «Se intime —dice— a cuantos se hallan poblados en las riberas y bajos del río desalojen dichos terrenos con la posible anticipación.»¹⁶

Es decir, que se trata de una ocupación realizada por sectores marginales a la vida urbana. Era el lugar donde se alojaban los esclavos fugados: «Estos negros se diseminaron por la ciudad. Y llegaron también a los pajonales del Riachuelo, donde se los hallará —aunque rústicamente asentados— en las primeras décadas del mil ochocientos. Acaso fueron los más antiguos moradores del lugar. Durante el Virreynato se atrevieron a penetrar en esa gran zona desconocida, mal vista, peor renombrada, enmarañada e inundable.»¹⁷ Probablemente también se refirieran a los gauderios, a quienes también se llamaba *gauchos*.

Por su parte, las barracas del Riachuelo son las primeras construcciones de las que tenemos noticia que estaban adaptadas al carácter inundable de la zona. Allí se hacía el acopio de cueros para exportación y era necesario preservarlos de las condiciones climáticas. Aunque las mercancías más importantes que se depositaban en las barracas eran cueros humanos, ya que era el punto donde hacían la cuarentena los esclavos introducidos al Río de la Plata.

Para construir las, «se ponían piedras y maderas sobre el suelo, para que las aguas corrieran debajo, encima se ponían cuatro cueros doblados por el medio y por arriba iban pilas de hasta 300 y 500 cueros. Una vez terminada la pila, se cubrían con cueros abiertos y fuertemente atados para protegerlos del viento y de la lluvia.»¹⁸

Un plano anónimo de 1782 muestra cuatro niveles diferentes en el terreno urbano y su periferia:

- El alto de la meseta, en que está construida la ciudad.
- Un escalón inferior, en el que se ubican algunas de las chacras de la ribera norte y que, hacia el sur, está definido por los bañados del Riachuelo (donde también hay algunas chacras).
- Un tercer nivel, por debajo del anterior, que parece ser la playa del Riachuelo y la del río de la Plata y
- Un cuarto nivel, el de los bancos de arena que pueden dificultar la navegación costera.¹⁹

Los bordes de cada uno de los niveles aparecen sombreados, como marcar con mayor claridad esa diferencia. Lo que nos

importa destacar aquí es la precisa delimitación en las funciones urbanas y formas de uso del suelo para cada uno de los niveles del terreno, característica de esta época. Si alguien hubiera tenido alguna duda, la propia naturaleza se hubiera encargado de aclarársela. Durante la inundación de 1804, un bergantín fue transportado sobre los juncales y encalló al pie de la barranca, en un sitio que hoy está a 16 cuadras de distancia del río.²⁰

La colmatación del Riachuelo y la génesis antrópica de futuras inundaciones: los fenómenos de colmatación

Ni siquiera en este periodo, la inundación es un fenómeno exclusivamente natural, debido a las alteraciones que provoca la actividad humana sobre el medio. A lo largo de la época colonial, el Riachuelo va taponándose a sí mismo, al aumentar la cantidad de los sedimentos que arrastra, lo que afecta necesariamente la forma de su valle de inundación.

Este fenómeno geológico es, por supuesto, acelerado por la deforestación de sus márgenes y por el uso ganadero intensivo de la cuenca del Matanza-Riachuelo. Para levantar una ciudad, hace falta madera. Para hacerla funcionar, alimentar y calentar a su población, para carpintería y para leña, fue necesario arrasar con todos los árboles existentes en varias leguas a la redonda.

Fueron inútiles las previsiones efectuadas ya desde 1590 por el Cabildo para evitar que desaparecieran los pocos «algarrobos» que había «en el éjido de esta ciudad, hacia el Riachuelo de los Navíos».

Lo mismo ocurrió con la prohibición de cortar los sauces del Riachuelo, emitida por el mismo Cabildo y rápidamente olvidada.²¹ La plantación de durazneros en el Delta sirvió de paliativo, pero no evitó la deforestación del Riachuelo.

Hay una acuarela de Pellegrini, fechada en 1830, pero que muestra un fenómeno que venía dándose desde antes. Se llama «El Puente de Barracas en Buenos Aires». Se ven el puente y algunas construcciones, con la costa completamente pelada, salvo algún



álamo del otro lado del Riachuelo y un solitario ágave junto a la costa. Algunas reses beben en la orilla y este conjunto nos muestra los elementos que quizás hayan influido en forma decisiva para la rápida colmatación de la boca del Riachuelo y el consiguiente cambio en sus condiciones ambientales.

El primer elemento es, claro está, la deforestación de las márgenes.

Los árboles fijaban el suelo con sus raíces. La misma función cumplían los pastos y pajonales en el resto de la cuenca. Eliminados los sauces y ceibos, desnudada la tierra, al retirarse cada sudestada se llevaba el suelo de la orilla. La actividad urbana misma significaba también una gran remoción de partículas de suelo.

Como la zona de inundación era muy extensa y la fuerza de las tormentas mucho mayor que la de hoy (recuérdese que ahora hay edificios que aminoran la velocidad del viento), el resultado es que las aguas desbordadas tenían una gran arrastre.

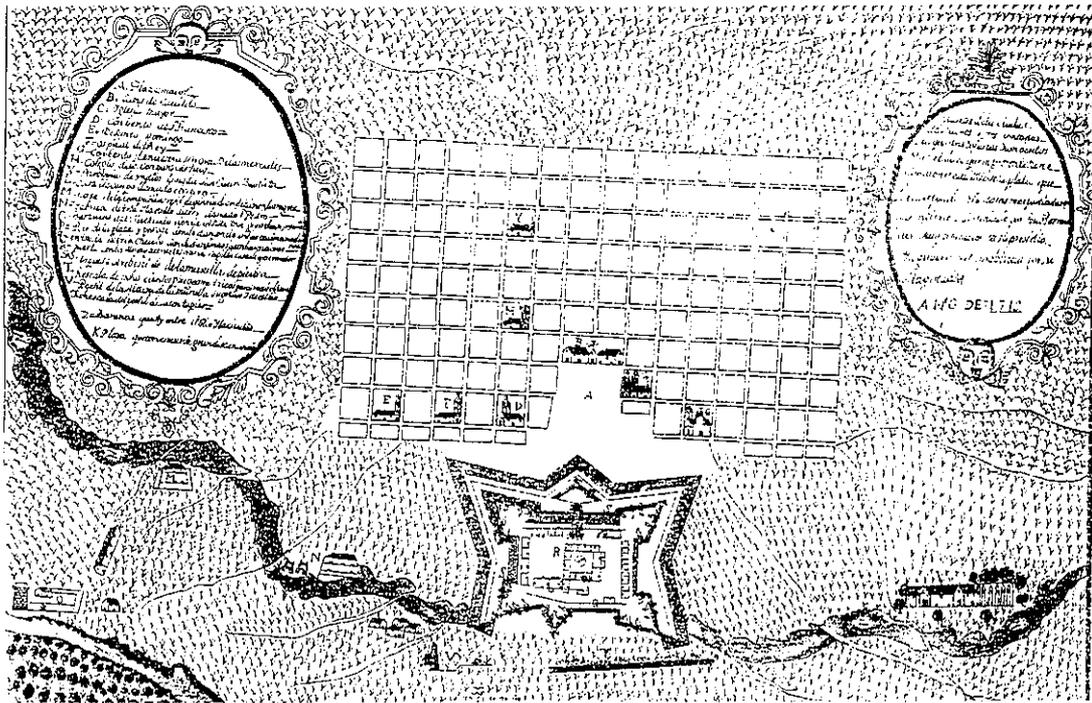
A ello se agrega el segundo elemento, que es la utilización del Riachuelo como aguada para el ganado. Las pezuñas de los animales removían el suelo y lo pulverizaban, lo

Los «prácticos» venidos con Juan de Garay dirigen el trazado de la población con sogas. Siguieron puntualmente las normas que imponían las Leyes de Indias.

que hacía más fácil su arrastre por las lluvias. Todo esto aumentó la cantidad de tierra que el Riachuelo llevaba en suspensión. Si el Riachuelo hubiera desembocado con mucha fuerza en el río de la Plata, quizás esa tierra se hubiera ido un poco más lejos. Pero como el Riachuelo tiene muy poca pendiente en su desembocadura —y en esa época desembocaba en forma mucho más abierta que en la actualidad— sus aguas llegan al Plata con mucha lentitud. Aquí las afectan las mareas del estuario y los vientos, especialmente las sudestadas, que muchas veces las hacen volver atrás. Este movimiento favorece la decantación de la tierra en suspensión, que cae hacia el fondo y allí se queda, taponando la entrada del Riachuelo.

Pero los bajos próximos a la desembocadura de los ríos actúan como reguladores naturales de sus crecidas. La colmatación de la desembocadura del Riachuelo corrió hacia atrás su área de inundación.

No encontramos, sin embargo, registros de época en los que se prescribiese el carácter antrópico —es decir, ambiental— del fenómeno, sino que se lo entendía como de origen exclusivamente natural.



El mapa de Joseph Bermúdez (1703) muestra, además del Fuerte y de la cuadrícula urbana, los bañados, terrenos realengos donde se habían construido numerosas casas.

tualmente Tigre). La versión está basada en el informe del entonces comandante del puerto.

«Sucedió que el 4 de junio de 1805 comenzaron, como tantas veces, a crecer las aguas. Después parecía que el peligro no era inminente; pero el día 6 por la mañana arreció la sudestada y en consecuencia subió la marea, alcanzando proporciones como no se recordaban otras iguales.

«Las zigzagueantes costas fueron desapareciendo rápidamente y las arboledas que marginaban el río, apenas emergían en medio de un inmenso lago. Las casas aledañas, como se comprende, sufrieron de inmediato la embestida del huracanado oleaje, y como la mayoría de ellas era de precaria construcción, su ruina fue completa. Luego nada se salvó del temporal en todo el poblado.

«A mediodía, el nivel del agua dentro de las habitaciones alcanzaba a un metro y medio. Se oían los clamores de las gentes pidiendo socorro desde los techos de los ranchos, donde se buscaron inútilmente su refugio, pues la furia de la corriente los derrumbaba, arrastrando algunos hasta la cañada de Escobar, a dos leguas y media de distancia. «Las casas de "pared francesa", construidas de barro, quedaron en esqueleto, e



Panorama que ofrecía Buenos Aires el 21 de noviembre de 1990 en la zona de Palermo, cuyos terrenos anegadizos eran famosos desde la época colonial.

incluso las pocas que había de material, seriamente dañadas. Los habitantes ante la magnitud de la marea, huyeron; unos hasta las barrancas (hoy San Fernando) en penosa travesía; muchos fueron a la iglesia a guarecerse del temporal y a doblar sus rodillas, elevando a Dios sus temblorosas plegarias. El edificio del templo se hallaba a una relativa altura; pero asimismo los desventurados habitantes de la zona afectada debieron usar canoas para llegar a las escalinatas por las cuales se subía al coro, único lugar donde no alcanzaba el agua. «Boyaban los bancos y confesionarios, y el oleaje batía contra los altares. Aquel santo

refugio resultó chico y hasta peligroso. En cualquier momento podía producirse un fatal derrumbe.

«El día 7 amainó el viento. Fue dado entonces contemplar la magnitud de la tragedia. No quedaba ni un solo rancho y faltaban también muchas casas; las construcciones que habían soportado en pie la avenida, estaban seriamente deterioradas.»²⁹

Por su parte, el virrey Sobremonte decide trasladar la población a un lugar menos expuesto. Para ello, funda el pueblo de San Fernando e inmediatamente ordena excavar un canal que sirva de puerto y que además ayude a proteger el nuevo asentamiento de las inundaciones. Esto permite ver dos actitudes sociales contrapuestas ante el fenómeno, características del momento de transición, representado por el cambio de una a otra fase de desarrollo de nuestra sociedad. Para buena parte de la población, la actitud ante el desastre estaba en pedir a Dios un milagro, aun corriendo el riesgo del derrumbe de la iglesia inundada. Para el virrey, un hombre con la cabeza puesta en el siglo XIX, lo importante eran las soluciones prácticas: cambiar el pueblo de lugar e iniciar la ilusión de que las obras públicas pueden evitar los ciclos de la naturaleza.

Lo que nos interesa destacar es que en el período colonial no hay confusiones ni sorpresas. Toda la sociedad sabe cuáles son los terrenos inundables, que no tienen aptitud urbana y a nadie se le ocurriría darles un destino diferente. Todavía falta mucho tiempo para que la sociedad porteña desprecie los límites dados por el medio natural.

Los porteños no admiten los límites que impone la naturaleza. El propietario de este vehículo, como tantos otros, pagará las consecuencias de la imprevisión.



NOTAS

1. GROUSSAC, PAUL, *Mendoza y Garay*, Buenos Aires, 1916.
2. NÁGERA, JUAN JOSÉ, *Puntas de Santa María del Buen Aire. Lugar de la Fundación de don Pedro de Mendoza*, Buenos Aires, 1936.
3. ZABALA, RÓMULO y GANDÍA, ENRIQUE DE, *Historia de la ciudad de Buenos Aires*, tomo I: 1536-1718, Buenos Aires, Municipalidad de la Ciudad de Buenos Aires, Sec. de Cultura, 1980 (1ª edición: 1936).
4. Porque Pedro de Mendoza no era una persona sensata. Se había contagiado una sífilis durante el saqueo de Roma y se encontraba en la etapa final de esta enfermedad, es decir, en la locura. Cometió tal cúmulo de errores que bien puede pensarse que haya intentado fundar una ciudad sobre el barro flojo de la orilla.
5. ZABALA y GANDÍA, *op. cit.*
6. *Recopilación de Leyes de los Reinos de las Indias*, lib. IV, tit. 7, ley 1 de 1523, Madrid, 1841.
7. *Ibidem*, ley III.
8. MADERO, EDUARDO, *Historia del Puerto de Buenos Aires*, Buenos Aires, 1912.
9. HERNANDARIAS DE SAAVEDRA, *cit. en Compilación de referencias documentales*, Dirección de Geodesia, Catastro y Mapa de la Provincia de Buenos Aires, La Plata, 1933.
10. CASELLA DE CALDERÓN, ELISA, «El Parque Tres de Febrero», en *Buenos Aires nos Cuenta* número 20, octubre de 1991.
11. *Idem*, «Belgrano, la ciudad yuxtapuesta», en *Buenos Aires nos Cuenta* número 6, julio de 1993.
12. *Cit. en*: BUCICH, ANTONIO J., *La Boca del Riachuelo en la historia*, Buenos Aires, Asociación Amigos de la Escuela-Museo de Bellas Artes de la Boca, 1971.
13. Mapas en: DIFIERI, HORACIO y colaboradores, *Atlas de la ciudad de Buenos Aires*, Municipalidad de la Ciudad de Buenos Aires, Secretaría de Cultura, 1980.
14. Plano del agrimensur BERMÚDEZ, Buenos Aires, 1713, *cit. en: Compilación de referencias documentales...*, *op. cit.*
15. Archivo General de la Nación, *Acuerdos del extinguido Cabildo de Buenos Aires*, tomo VI, serie 3ª.
16. Facultad de Filosofía y Letras: *Documentos para la historia Argentina*, Buenos Aires, 1918, tomo IX: *Administración edilicia de la ciudad de Buenos Aires*, expediente sobre Policía, nota de DOMINGO BELGRANO PÉREZ.
17. BUCICH, *op. cit.*
18. BRAILOVSKY, ANTONIO ELIO, *El Riachuelo*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1982.
19. *En: Atlas...*, *op. cit.*
20. CASELLA DE CALDERÓN, ELISA, «Bajo Belgrano», en *Buenos Aires nos Cuenta* número 11, marzo de 1990.
21. BRAILOVSKY, A. E., *El Riachuelo*, *op. cit.*
22. LA FUENTE MACHAIN, RICARDO DE, *Buenos Aires en el siglo XVIII*, Municipalidad de la Ciudad de Buenos Aires, 1980.
23. *Cit. en Atlas...*, *op. cit.*
24. ZABALA y GANDÍA, *op. cit.*
25. UDAONDO, ENRIQUE, *Reseña histórica del partido de Las Conchas*, La Plata, Archivo Histórico de la Provincia de Buenos Aires, 1942.
26. CASELLA DE CALDERÓN, E., «Bajo Belgrano», *op. cit.*
27. Facultad de Filosofía y Letras, *Documentos...*, *op. cit.*
28. Cabildo de Buenos Aires, bando del 21-5-1772, en *Documentos para la historia...*, *op. cit.*
29. *De La fundación de San Fernando*, *cit. en*: BETAHIAN, FLAVIA LORENA; FRAU, PAULINA; MARTÍNEZ, ANDREA PAOLA, y PÉREZ AMOROSO, MARÍA MICAELA, *Inundaciones en el municipio de San Fernando*, Buenos Aires, cátedra de Sociedad Estado del CBC de la Universidad de Buenos Aires, 1994, inédito.

Notistoria

Curso de ENCUADERNACION en el Museo Mitre

La Asociación Amigos del Museo Mitre organizó una serie de actividades relacionadas con el libro. Las mismas comenzarán el 14 de marzo con la apertura de un curso de introducción la encuadernación y concluirá en noviembre con aspectos específicos de esta misma actividad. La coordinación del taller estará a cargo de Susana Meden. Las clases introductorias se dictarán en el auditorio del Museo, calle San Martín 336 de Capital Federal, los martes 14, 21 y 28 de marzo en el horario de 19 a 20.30 horas. Es requisito para asistir a las clases de los tres niveles, a dictarse a partir de abril próximo, haber realizado el curso introductorio. Los interesados en inscribirse y obtener mayores informes pueden dirigirse al Museo Mitre en la dirección antes indicada o llamar a los teléfonos (01) 394-8240 o 394-7659.

SARMIENTO Y SU TIEMPO, TEMA DE UN SEMINARIO

El Museo Histórico Sarmiento anunció la realización del cuarto seminario sobre «Sarmiento y su tiempo». El mismo se realizará los días 14 y 15 de setiembre próximo en la sede de dicho museo, calle Cuba 2079 de Capital Federal. Están invitados a participar del seminario a investigadores cuyos aportes contribuyan a una mejor interpretación de la temática sarmientina. En calidad de oyentes están invitados licenciados, profesores y alumnos del último año de las carreras de historia. Los investigadores deberán presentar un trabajo original referido al temario. Estos textos no podrán superar los quince folios tamaño oficio, mecanografiadas a doble espacio, con un total de 28 líneas por página.

El temario del seminario será abordado en cuatro comisiones. En la primera tratarán aspectos de la relación de Sarmiento con la generación de 1837 y las ideas de los hombres del interior de esa época. La segunda se abocará al mismo enfoque pero tomando como marco de referencia la generación de la Organización Nacional y la etapa de la afirmación

constitucional. La tercera analizará la acción y el pensamiento de Sarmiento y sus conexiones con la Generación de 1880 y la Argentina de esa misma década. Por último, la cuarta considerará los aportes presentados sobre Sarmiento, las ciencias, las letras y las artes.

TRABAJOS EN LA FOTOTECA DEL MUSEO HISTÓRICO NACIONAL

Desde enero de 1994 un grupo de voluntarias se encuentra trabajando en el salvataje del material fotográfico que posee el Museo Histórico Nacional. Las tareas cuentan con el asesoramiento técnico de Hugo Gez, de la Fundación Antorchas, y el apoyo económico de la Asociación de Amigos del mismo museo. Al cabo de un año de trabajo se logró limpiar y acondicionar más de 4.000 piezas fotográficas, algunas de las cuales tienen gran valor histórico. Integran el grupo de voluntarias, Olga Areán, Gabriela de Antueno, Belén Laburu y Felicitas Luna. A cargo de ellas estuvo el diseño de una ficha técnica en la que se pueden consignar fecha, descripción técnica y observaciones referidas a cada una de las piezas. Todos estos datos están siendo computarizados para facilitar su consulta.

En esta fototeca se encuentran materiales valiosos y curiosos como una foto de Benito Mussolini dedicada a un importante personaje porteño; vistas de Mar del Plata a principios de siglo o de ciudades del interior de la misma época; de presidentes argentinos y de visitantes extranjeros, de negros que combatieron en la guerra con el Paraguay, entre otros.

El rescate del material está siendo posible gracias al decidido apoyo de los directores del museo y la jefe del departamento de documentación, María Rosa Espinoza. Esta experiencia de trabajo voluntario gratuito y de servicio a una institución puede ser una buena solución para museos que carecen de personal y presupuesto que permitan realizar tareas de conservación y mantenimiento del patrimonio histórico a ellos confiados.

APOYO: UNA ASOCIACIÓN QUE TRABAJA POR LA CONSERVACIÓN DEL PATRIMONIO AMERICANO

«Apoyo», Asociación para la Conservación del Patrimonio Cultural de las Américas, es una agrupación voluntaria de profesionales constituida para cooperar en tareas relacionadas a la conservación del patrimonio cultural latinoamericano. Sus objetivos son el establecimiento y cultivo de relaciones permanentes entre profesionales de la conservación y preservación, cuyo centro de interés sean los países de América Latina.

La promoción de la difusión y adopción de los criterios profesionales de excelencia que tengan vigencia en nuestros países y la recolección de información sobre estos temas, figuran entre los propósitos de esta asociación. La entidad sostiene una publicación semestral, «Apoyo». La revista se produce y edita en Washington y se paga con donaciones y las cuotas de los afiliados. Amparo de Torres y Ann Seibert sus coeditores de la misma y reciben el apoyo de grupos de voluntarios de varios países quienes aportan información actualizada sobre las novedades en la materia.

La meta de este boletín de «Apoyo» es la creación de una red y un foro de intercambio de información. Desde 1992, la Organización de Estados Americanos (OEA) colabora con la distribución del boletín. Algunas empresas dedicadas a la fabricación de productos que se utilizan en las tareas de conservación, colaboran en su mantenimiento.

Todos los interesados en el tema que deseen relacionarse con «Apoyo» y recibir este boletín, que incluye una amplia información sobre becas y cursos en el mundo, pueden dirigirse por carta a Amparo de Torres, P.O. Box 76932, Washington D.C. 20013. USA.

ENCUENTRO DE HISTORIADORES DE ARGENTINA Y CHILE EN MENDOZA

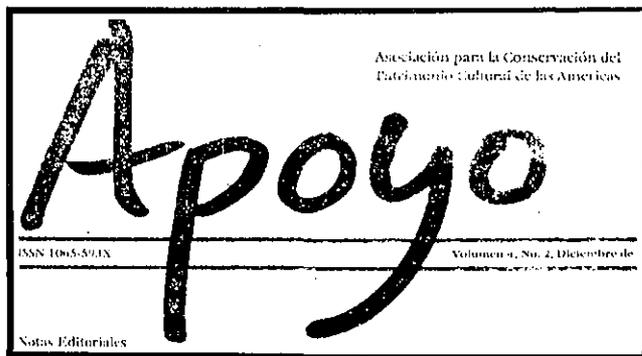
Nuestro amigo y colaborador Pablo Lacoste nos informa que entre el 9 y 10 de noviembre próximo Mendoza será sede del Primer encuentro

de historiadores argentinos y chilenos que servirá de base para la puesta en marcha de una asociación binacional de historiadores. El encuentro se desarrollará en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad Nacional de Cuyo.

«Este encuentro surgió de una autoconvocatoria de historiadores argentinos y chilenos que aspiran a encontrar puntos de coincidencia, fomentar el intercambio académico y contribuir al enriquecimiento de sus aportes al conocimiento científico», dice Lacoste. Entre los más entusiastas impulsores de esta iniciativa están los argentinos Eduardo Sagüer, Carlos Mayo. Han comprometido su participación Edmundo Heredia y Delia Otero. Participan del lado chileno los historiadores Eduardo Devés, Sergio Vergara, Luz María Méndez, Guillermo Bravo Acevedo, Javier Pinedo, César Ross, José Miguel Pozzo y Patricia Arancibia. En Mendoza han comprometido su apoyo Andrés Roig, historiador de las ideas y Carlos Finocchio, decano de la Facultad de Ciencias Políticas. En próximos números daremos más información sobre este encuentro del que podrán participar profesores y estudiantes de todo el país.

RESPUESTAS SOBRE HISTORIA POR TV CON CIEN MIL DOLARES PARA QUIENES SEPAN MAS

Después de varios años de ausencia, vuelven a la televisión argentina los certámenes de preguntas y respuestas sobre temas culturales, deportivos y de interés general. Con ellos se reabre un espacio para los estudiosos de la historia argentina y universal. Los promotores de este nuevo ciclo han puesto en nuestras manos una especial invitación a participar a los numerosos lectores de *Todo es Historia*. Este nuevo ciclo comenzará a emitirse a comienzos del próximo mes de abril por Canal 13 y será conducido por Pancho Ibañez. Los participantes que hayan contestado correctamente las preguntas planteadas durante ocho programas consecutivos serán premiados con 100.000 dólares. Actuarán como jurados académicos y especialistas en historia. Los interesados en tener más información o los que decidan inscribirse para participar deberán comunicarse con Martín Teitelbaum, Yvonne Braun o Dori Arias a los teléfonos 375-4020, 4021 ó 4022 de Capital Federal y dirigirse por carta a Montevideo 160, tercer piso, código postal 1019 de Capital Federal.



Hace cincuenta años 1945

1

«FELIPE! el popular personaje, creado por el gran actor cómico *Luis Sandrini* SE PRESENTA HOY y todos los lunes y jueves alas 21 por LR1 RADIO EL MUNDO y la Red Azul y Blanca de Emisoras Argentinas (...). Libretos de MIGUEL CORONATO PAZ. Es uno de los programas extraordinarios de COCINERO. ¡El aceite verdadero!» (*La Prensa*).

2

«El dentífrico que ilumina la sonrisa, KOLYNS PRESENTA: LA MÁS ORIGINAL AUDICIÓN. Media hora cómico-musical con libretos y dirección de Miguel A. Mcaños, UNIENDO NOVEDOSAMENTE A FELICIANO BRUNELLI, SU ORQUESTA característica y los Reyes de la Risa *Buono Striano*, en una distinta e hilarante modalidad de LR3 RADIO BELGRANO y la primera cadena argentina de *broadcastings*. ESCÚCHELOS ESTA NOCHE A LAS 21 HORAS Y TODOS LOS MARTES Y VIERNES DE 21 A 21.30 HS.» (*La Prensa*).

8

Finaliza en Chapultepec la Conferencia Interamericana sobre Problemas de la Guerra y de la Paz, que había iniciado sus sesiones el 21 de febrero, de la que Argentina había quedado excluida por su posición frente al Eje.

- En rueda de periodistas el secretario de estado norteamericano, Edward Stettinius, declara que en forma unánime las veinte repúblicas americanas representadas en la conferencia de Chapultepec han hecho un llamamiento a la Nación Argentina para que nos acompañe en nuestra labor común contra los agresores, y para que dé a su política un rumbo tal que se ponga en condiciones de firmar la Declaración de las Naciones Unidas y adherirse al acta final de esta conferencia.

Es nuestro común deseo que la Argentina vuelva a ocupar su lugar tradicional en la familia de naciones americanas y se restablezca en plenitud la solidaridad de este hemisferio.

9

Las unidades de los EE.UU. que han cruzado el Rin a través del puente del Remagen, retienen la margen occidental de dicho río. Es la primera vez, desde la época de Napoleón, que el Rin es atravesado por tropas enemigas.

10

En horas de la madrugada más de 300 superfortalezas volantes norteamericanas someten a Tokio al más recio ataque de los llevados hasta el momento en la guerra del Pacífico.

11

El imperio de Annam (Indochina) proclama su independencia, desconoce el acuerdo con Francia y declara su solidaridad con el Japón.

- Un representante de la empresa de aeronavegación Pan American World Airways informa en Buenos Aires los planes de expansión de los servicios de la aerolínea durante la posguerra. Para ellos se usarán grandes aviones, los Douglas de cuatro motores, con capacidad de 100 pasajeros y una velocidad de crucero de 300 millas por hora, que al concluir la guerra estarán disponibles para uso civil. El precio del pasaje entre Nueva York y Buenos Aires sería aproximadamente de 190 dólares, casi un tercio de la tarifa de preguerra.

- *La Prensa* informa que el diario de Montevideo *La Mañana* ha publicado una entrevista al vicepresidente Perón y reproduce parte de ella, referida al tránsito hacia la democracia. El diálogo es el que sigue:

* Coronel: se habla de su inminente candidatura, lanzada desde un partido político.

* - No es verdad. El Estatuto Militar me prohíbe ser candidato de ningún partido (...).

* - Sin embargo, coronel, el país vive momentos de inquietud, porque se dice que se realizan reuniones parciales en su nombre para conseguir adeptos a una fórmula encabezada por usted.

* Desmíentelo terminantemente. No hablan en mi nombre. Si alguien por afecto, con buena fe, se ha tomado esa tarca, es sin mi anuencia. Yo no soy un militar a quien no le llegan las prohibiciones del Estatuto. Estoy dentro de ellas. Si algún día me tocara ir a la Presidencia de la República, no sería jamás "atado de pies y manos" por compromisos y trapisondas.»

En la misma entrevista al responder la pregunta «¿cómo podría ser candidato?», Perón manifestó: «(...) no hay hombre que pueda escapar a su

destino. Yo no podría sustraerme de ser candidato si alguien me lo pidiera. Pero (...) no sería jamás a costa de un fraude o de un acomodo. Y desde aquí no usaría yo mi fuerza para imponerlo ni me acomodaría a ningún partido político para conseguirlo.»

12

Más de 300 superfortalezas volantes norteamericanas atacan la ciudad industrial de Nagoya en Japón.

16

Después de una lucha de veintiséis días cesa toda resistencia japonesa en la isla de Iwo Jima.

18

Fuerzas aeronavales norteamericanas hacen una incursión en las aguas metropolitanas del Japón, atacando a naves de guerra en las bases de Kobe y de Kure.

- Berlín es atacada en pleno día por 1.300 aviones *Liberator* y fortalezas volantes, escoltados por 700 cazas *Mustang*.

20

Las fuerzas imperiales británicas se apoderan de Mandalay en Birmania.

21

Se informa al periodismo sobre la iniciación de la campaña de difusión pública del cambio de mano en el tránsito de la izquierda a la derecha en todo el territorio de la República Argentina, medida dispuesta por el Poder Ejecutivo que entrará en vigor el 10 de junio próximo

23

Una poderosa fuerza aeronaval norteamericana ataca las islas Okinawa.

24

La Prensa anuncia: «El acontecimiento artístico del año! PEPE ARIAS presenta JERÓNIMO Y SU ALMOHADA. Obra escrita especialmente por el insigne escritor ENRIQUE LARRETA. Inauguración de la temporada MARTES 27 DE MARZO. Dirección LUIS MOTTURA. Teatro ASTRAL.»

27

La Prensa anuncia: «Temporada 1945. Compañía de Comedia LUIS ARATA. Dirección: A. Cunill Cabanellas. EL AVARO. Comedia de MOLIÈRE. (...) Presentación MAÑANA a las 22 hs. Teatro BUENOS AIRES.»

- El Poder Ejecutivo Nacional, cediendo a la presión internacional puesta de manifiesto en México, define su política exterior, mediante su adhesión al Acta final de la Conferencia Interamericana sobre Problemas de la Guerra y de la Paz suscripta en Chapultepec por veinte naciones americanas. En consecuencia declara el estado de guerra contra Japón y Alemania. Los considerandos del decreto respectivo señalan:

«Que el Japón agredió a los Estados Unidos en Pearl Harbor (...);

«Que no quedan descartadas nuevas agresiones de parte del Japón contra algunas de las naciones americanas;

«Que países vecinos y amigos se encuentran ahora en estado de beligerancia con el Imperio del Japón, lo que los expone a un posible ataque de este último;

«Que ante esta situación y los nuevos hechos producidos, el gobierno de la Nación, consecuente con su tradición de solidaridad americana, se propone, una vez más, unificar su política con la común de los demás estados del continente, para ocupar el puesto que le corresponda a fin de compartir las responsabilidades que puedan sobrevenir (...).»

28

El gobierno nacional dispone varias medidas, como consecuencia de la declaración de guerra a Japón y a Alemania. Entre ellas cabe citar la intervención de las empresas vinculadas con capitales alemanes y japoneses y el bloqueo de sus cuentas bancarias. Se interna además a los diplomáticos japoneses que se encuentran en el país. Con respecto a los 900 ex tripulantes del acorazado alemán *Graf Spee*, hundido en aguas del río de la Plata, que gozaban hasta el momento de la declaración de guerra por parte de Argentina, de la calidad de internados, pasan a ser considerados como prisioneros de guerra.

- Los ejércitos rusos dirigidos por Rokossovsky entran en el puerto de Gaynia, sobre el Báltico.

29

Buques y aviones japoneses llevan un poderoso contraataque a las naves norteamericanas que se encuentran en las aguas cercanas a Okinawa.

- Los ejércitos del mariscal Tolbukhin cruzan la frontera austriaca, a 80 kilómetros al sur de Viena.

30

El II ejército de Rusia Blanca, a las órdenes de Rokossovsky, conquista el puerto de Danzig, luego de recia lucha, apoderándose de un gran botín de guerra.

31

Mediante un decreto, el gobierno provisional polaco de Dublin declara incorporada la ciudad libre de Danzig.

- Se reúne en Washington el Consejo Directivo de la Unión Panamericana para tratar la comunicación argentina de suscribir el acta de la Conferencia de Chapultepec. Por unanimidad es aprobada la actitud argentina.

ANA ZIGÓN



Lectores Amigos

COMPRENDER A GARDEL

Señor director:

Me interesó mucho la nota «¿Dónde nació Gardel?». La evaluo como un buen trabajo de investigación, serio y convincente, pero debo llamar la atención sobre un aspecto importante. Dice el autor, Gerardo Bra, con cierta ironía, que la explicación de fechas coincidentes podría ser la bilocación. Y es justamente una explicación real, pese a la intención peyorativa de la frase. Se ignora que Carlos Gardel fue un avatar. Y de ahí parte el magnetismo que continúa después de su paso a otro plano cósmico. Hasta ahora nadie alcanzó a comprender esta verdad.

Las explicaciones dadas han sido superficiales. Nadie alcanzó a comprender quién fue Gardel en toda su dimensión, espiritual y humana, porque en vez de oírse la opinión de expertos se oyó la de sociólogos o simples escritores de temas populares.

Saluda al director atentamente

OMAR F. CORTÍNEZ

«LA PORTEÑA», ORIGEN Y RECORRIDO DE LA PRIMERA LOCOMOTORA ARGENTINA

Señor director:

Me dirijo a usted a los efectos de solicitarle quiera tener a bien disponer la publicación de algunas aclaraciones, referidas a la muy buena reseña publicada en la edición número 300 del mes de enero del corriente año, bajo el título «Redescubriendo Buenos Aires» con la firma del señor Horacio Spinetto.

Manifiesta el autor, en relación con la jornada inaugural de nuestro sistema ferroviario, que «A la una de la tarde partió el primer tren. La Porteña, veterana locomotora adquirida en Inglaterra y que había intervenido en la guerra de Crimea encabezaba la formación.»

Al respecto debo señalar que la legendaria locomotora no participó de la mencionada contienda bélica. La Railway Foundry construyó las dos primeras unidades tractivas de nuestros ferrocarriles a mediados de 1856 (junio), según órdenes de trabajo números 570 y 571, las que fueron numeradas 1 y 2 y denominadas «La Porteña» y «La Argentina» respectivamente. Ambas locomotoras arribaron al país en el vapor «Borland» el 25 de diciembre de 1856.

Cirilo T. Land en su artículo «La Porteña» publicado en el *The Bulletin*, vol. xxv número 1 (julio 1979) editado por el Consejo de la Comunidad Británica en la República Argentina, comenta: «Generalmente se presupuso que la primera locomotora "La Porteña" del antiguo y primer ferrocarril Oeste, participó de la guerra de Crimea (1853-1856) y a través de los años se tejió un romántico mito al respecto. Esto se ha repetido muchas veces, incluyéndose por "La Prensa" y el Boletín del Consejo de la Comunidad y aceptado como una verdad, posiblemente por su conexión sentimental.

«Había, por supuesto —sigue diciendo Land— una base para esta leyenda en razón de que hubo la intención de hacer un ferrocarril en la Crimea. En realidad, se mandaron allí dos locomotoras con fines de rescate, pero no para la futura línea contemplada allí. Esto, obviamente confundió el tema y la ligazón emocional con nuestra primera locomotora y las acciones de arrojo, sacrificio y abnegación en la Crimea, hizo lo sobrante.»

Más adelante, al autor menciona el recorrido expresado que después de la Estación Once de Septiembre «continuaba por la actual Rivadavia y se detenía en las estaciones Caballito y San José de Flores».

Sobre el particular, debe señalarse que el ferrocarril nunca transitó por la actual Rivadavia, haciéndolo paralelamente a dicha arteria, tal como hoy, aproximadamente a una distancia de 250 metros hacia el norte. Asimismo, antes de Caballito, a la altura de «Camino Límite» de la ciudad (Medrano)

se hallaba emplazada la estación Almagro, que con sus instalaciones de madera se asemejaba más a un apeadero que a una estación, la que funcionó hasta el año 1887 en que fue clausurada.

Finalmente dice, «El servicio llegó a Morón en 1859 (...)» omitiendo que, previamente, en 1858, fue punta de riel la estación «San Martín», luego «Lavalle» y actualmente «Ramos Mejía», en tanto a Trenque Lauquén, el ferrocarril arribó en 1890 y no en 1876 como expresa el autor.

Sin otro particular, hago propicia la oportunidad para agradecerle la existencia de la revista *Todo es Historia*, publicación que desde antaño leo mensualmente y sobre la cual no creo necesario abundar en elogios.

CARLOS A. GONZÁLEZ
Jefe Museo Nacional y Centro de Estudios
Históricos Ferroviarios. Ferrocarriles
Argentinos.

LOS HOLMBERG

Señor director:

En el excelente artículo de Diego del Pino sobre la quinta de los Holmberg (número 330, enero 1995) falta la mención de que Sarmiento vivió allí en los días posteriores a Caseros, según relata en su *Campaña en el Ejército Grande*. Dice que «por las tardes iba a Palermo y las gentes que solicitaban ver al General (*Urquiza*), después preguntaban por mí y aun el mismo General, no era raro que se reuniesen en torno mío un grupo igual de gentes que las que rodeaban al General. Así que noté esto dejé de asistir a Palermo en las horas de concurrencia y pedí a Olembart su quinta para establecer mis reales.» Más adelante dice que «la familia de los Ortegas, como parientes, fue a visitarme a mi escondite de Olembart.» (*Campaña en el Ejército Grande Aliado de Sud América, el Fondo de Cultura Económica, México-Bs.As., 1958, pp. 215 y 216.*) Tulio Halperin Donghi autor del prólogo y nota de esta edición apunta: «Olembert: ortografía extravagante del apellido de Holmberg. Eduardo Kalitz, barón de Holmberg (1778-1853) (...). Tenía una gran quinta al norte de la ciudad de Buenos Aires, donde cultivaba especies raras. Su hijo Eduardo se expatrió a Chile, y allí colaboró con Sarmiento en la creación de la Quinta Normal de Agricultura (ap. cit. p. 215).»

ALEJANDRO J. PADILLA

OBRAS DE MOLINA CAMPO

Señor Director:

Acabo de leer la amenísima nota del señor Delfor Reynaldo Scandizzo publicada en el número 331 de *Todo es Historia* referente a la vida y obra del pintor y tantas otras cosas don Florencio Molina

Campos; realmente me agradó muchísimo su forma de encararla.

Entre tantos recuerdos que el señor Scandizzo nos narra puedo agregar otro quizá no muy conocido y que trata de mi asombro cuando en la casa de una estrella del cine de Hollywood —que fuera varias veces campeona mundial y olímpica de patinaje sobre hielo— allá por 1946, tuve la alegría de admirar dos trabajos del pintor Molina Campos.

En aquel entonces yo fui corresponsal de cine de varias publicaciones de Argentina y como mi amistad con Sonja Henie era fluida por correspondencia, llevé a California un bien impreso e ilustrado *Martín Fierro* en forma de obsequio. Imagine usted mi sorpresa al notar que entre su colección de cuadros y objetos de arte aparte de sus trofeos deportivos pude ver esos dos trabajos de Molina Campos.

Sonja Henie murió en 1969 en un vuelo París-Oslo, víctima de la leucemia y a veces me pregunto si aquellos dos trabajos de Molina Campos no formarán parte de la colección de obras internacionales que pueden verse en la fundación y centro de arte que lleva su nombre y que se encuentra a pocos kilómetros de Oslo. Recuerdo haber hablado de ello con la señora María Elvira Ponce de Aguirre, esposa del artista en su caserón y museo de la ciudad de Moreno años ha y luego continuar una amena y simpática conversación en el Circulo Criollo El Rodeo de Moreno donde varios invitados —entre ellos museólogos— fuimos agasajados con una cena criolla de lo más exquisita.

HÉCTOR OSCAR GRANARA

HISTORIA RANQUELINA

La presente es de felicitación por el artículo aparecido en el último número de la revista, y que refiere a la Historia y Medios.

Me ha parecido un artículo fenomenal, que pone con claridad y en la médula el problema de la historia de la sociedad argentina.

Ya anteriormente, Félix Luna, en su alocución con motivo de su incorporación a la Academia Nacional de la Historia, referenció la necesidad de darle a la historia un sentido de difusión masiva y popular.

Como elemento contributivo al problema tan bien enfocado por usted, le refiero que la provincia de Santa Fe, ha sido pionera en establecer ya hace varios años en la curricula de la educación primaria, el conocimiento de la historia regional. Este movimiento, adoptado por numerosas provincias, ha comenzado a despertar, por lo menos en el interior del país, una gran atracción de los jóvenes por la historia lugareña, que rápidamente se enanca con la historia nacional.

Igualmente ya lleva cuatro años de existencia la Agrupación de Historiadores del Sur de Córdoba y Suroeste de Santa Fe, celebrándose todos los años los respectivos congresos, con trabajos altamente calificados.

También, como hecho positivo, se ha celebrado en los días 28 y 29 de octubre del año pasado, la Segunda Jornada Nacional de Historia Rangelina, en Santa Rosa, La Pampa. La primera de ellas fue hace dos años, en la ciudad de Río Cuarto, por iniciativa del profesor Carlos Mayol Laferrere, debiendo celebrarse la próxima en la ciudad de Venado Tuerto.

Como conclusión, entiendo que la historia en general subyace como una necesidad del espíritu colectivo. Y en el interior del país, a través de la recreación de la historia regional, encontramos hechos altamente destacados. Tal vez no sean suficientes, pero se inscriben en las cosas a ponderar.

ROBERTO E. LANDABURU

AROMATERAPIA



Una nueva manera de sentirse naturalmente bien.

Hipócrates, el Padre de la Medicina, lo dijo:
"El camino para mantenerse saludable es tomar
diariamente un baño aromático y un masaje
con esencias".

Un concepto que Marta Harff rescata, y resume
en un sistema único: la Aromaterapia, método
extraordinariamente placentero de promover la
belleza y el bienestar mediante los diversos
usos de los llamados Aceites Esenciales.

Marta Harff
BELLEZA NATURAL

PERU 1646 (1141) Bs. As. Tel.: 27-0027/28/29 - Fax: 304-2273

ACEITE	EFFECTO GENERAL	APLICACIONES	MODO DE USO	ARMONIZA CON:
LAVANDA	Suavizante relajante	Irritaciones de la piel picaduras de insectos inflamaciones y quemaduras. Dolores musculares, ansiedad, insomnio, irritabilidad.	Baños Masajes Simmering Cosmética Sauna	Todos especialmente: romero bergamota naranja.
EUCALIPTUS	Antiséptico Desodorante Descongestivo de las vías respiratorias Tonificante	Dolores musculares- Resfrios-Catarros Neuralgias	Baños Masajes Sauna Inhalaciones Simmering	Lavanda Pino
MENTA	Estimulante Descongestivo Antiséptico	Descongestivo de la piel-Fatiga- Depresión-Resfrios- Catarro.	Masajes Compresas Inhalaciones Simmering	Romero Lavanda
SANDALO	Estimulante Hidratante	Piel seca o desidratada o irritada depresión-Fatiga	Simmering Masajes Compresas	Ciprés Neroli

Venta únicamente en locales propios y franquiciados. (Consulte la sección Escaparate).



®



SENSACIONAL

POR FUERA. POR DENTRO.

1- Cueros Nobucks tratados con aceites especiales para una terminación impecable. Tiras multiajustables con Velcro o hebillas. 2- Plantilla de cuero suave y anatómica moldeada a la mediasuela. 3- Sistema ECCO de Fibra Confortable bajo plantilla. 4-Entresuela de corcho natural y poliuretano. 5-Suela de poliuretano liviana, flexible y resistente con absorción de impactos en talón.

ECCO COSMO.
Para quienes aman vivir naturalmente.
La nueva sandalia que combina el diseño con las ventajas de la más alta tecnología.
Cómoda y fresca moda europea.
Para el hombre: fuerza expresiva en armonía.
Para la mujer: elegancia, suavidad y estilo.
SENSACIONAL: Una palabra que se siente y que define el mayor confort del mundo. Por fuera. Por dentro.



Hecho con orgullo en Argentina.

ECCO®

Cosmo

TERRA CONCEPT